EL PINTOR DE CRACOVIA

Una de las memorias más increíbles que nos ha deparado el Holocausto

Joseph Bau

EL PINTOR DE CRACOVIA

Joseph Bau

Traducción de Antonio Luis Golmar Gallego

DE BOOKS
EXCLUSIVAMENTE DIGITAL

Título original: *Dear God, Have You Ever Gone Hungry?*
Traducción: Antonio Luis Golmar Gallego
1.ª edición: mayo, 2016

© 2016 by Joseph Bau
© Ediciones B, S. A., 2016
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-262-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla
Créditos

Dedicatoria
Dedicatoria
Dedicatoria
Fotografía
Comentario
Prólogo
La casa que fue
Un milagro de Hanuka
El secreto
Persianas negras
Una oda al pan
El patíbulo
Muro de la desesperación
Plaszow
La despedida
Un reencuentro portentoso
Hambre intensa
El mundo guardó silencio
El dispensario
Hamsin, una ola de calor
Monumentos
El juicio en Viena
El anhelo
El pasaporte de Tzilah Bau

Dedico este libro a mi amada esposa Rebecca, en agradecimiento por estos 53 hermosos años que hemos pasado juntos.

J. BAU

En recuerdo de mi amada esposa, Rebecca, fallecida el 28 de abril de 1997. Convivimos cincuenta y tres años, en lo bueno y en lo malo. Sólo gracias a ella he sido capaz de escribir e ilustrar éste y otros libros. Cuando celebramos nuestras bodas de oro, en los periódicos y en la televisión nos describieron como la pareja más romántica de la Tierra. Nos habíamos casado a escondidas en el campo de concentración de Plaszow, pero a aquellas alturas casi todo el mundo lo sabía y nos encomiaba por ello. Celebramos la boda el Día de San Valentín por casualidad, porque en el campo no éramos conscientes de que fuera el día internacional del amor.

Este libro también está dedicado a la memoria de:

Mi madre, Tzilah Bau,
asesinada en Bergen-Belsen en 1945

Mi padre, Abraham Bau,
asesinado en el campo de concentración de Plaszow en 1943

Mi hermano Iziu (Ignacio) Bau,
asesinado en el gueto de Cracovia en 1943

Los seis millones de judíos que perecieron con ellos

Oskar Schindler
—sin quien este libro nunca habría llegado a escribirse—,
fallecido en Frankfurt en 1974

A69084
A2354

No soy responsable de lo aquí expuesto.
Lo copié todo directamente de la vida.

PRÓLOGO

En pleno verano de 1939 fui con mi madre al mercado para comprar fruta. Tras examinar con detenimiento casi todos los puestos, mamá se paró ante uno del que se encargaba una mujer bastante corpulenta y le preguntó:

—¿Cuánto quiere por estas manzanas?

A pesar de su generosa constitución, la mujer pidió un precio liviano:

—Veinte *groszy*[1] el kilo.

Puesto que era costumbre de los vendedores inflar los precios con el fin de tener margen para el regateo, mamá supuso que debía seguir el ritual.

—¿Y no aceptaría quince por esas sobras? —preguntó.

La gorda se levantó del montón de sacos, alzó sus rollizas manos hacia el cielo nuboso y rogó:

—¡Oh, Dios que estás en los cielos, haz caer una lluvia de fuego sobre esta gentuza! Atemorizados, corrimos a casa con las bolsas de la compra vacías. Unas cuantas semanas más tarde comenzó la guerra y las bombas empezaron a caer sobre Cracovia. Cuando mi madre estaba muerta de miedo, yo le preguntaba con mal disimulada ironía: «Bueno, mamá, ¿merecía la pena causar esta catástrofe por cinco *groszy*?»

1 Moneda fraccionaria usada en varios países europeos de habla germana y eslavos. (N. del T.)

LA CASA QUE FUE

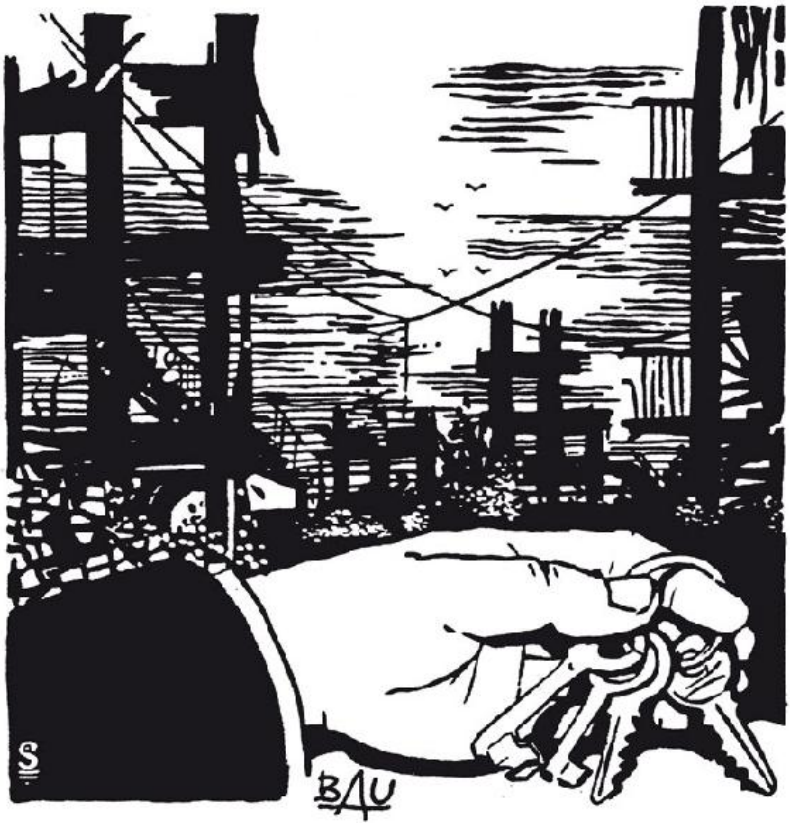
Una vez hubo una casa,
y cada habitante de esa casa vivía en un mundo particular
en el que los secretos y los recuerdos colgaban de paredes con papel pintado.

Hasta que los forasteros llegaron para destruir ese mundo.
Arrancaron el tejado y, sin anestesia,
echaron abajo los muros, ladrillo a ladrillo.

Las puertas quedaron boquiabiertas de confusión,
cegaron las ventanas mientras dormían,
la electricidad murió en una maraña de cables de cobre,
las paredes se derrumbaron y los techos se hundieron,
las esquinas se desvanecieron y las calles quedaron sembradas
de reliquias que no tenían precio y de almas de maltratadas
y de montones de objetos cargados de recuerdos.

La gente, hurgando entre los escombros en busca de mundos pasados
extendía los brazos con impotencia y pesar:
«¿Dónde están nuestros tesoros?»
Los hombres lloraban y las mujeres, con sus pequeños agarrados a las faldas,
escarbaban en los montones con las uñas para recuperar algún resto precioso.

Las casas cercanas contemplaban con indiferencia
que una de las suyas era barrida del mapa.
Los vecinos escudriñaban los textos de los sabios
en busca de algún sentido a la destrucción del edificio,
con la esperanza de que su sacrificio los mantuviera a salvo.
Y ni un solo hombre trató de intervenir
por temor a arriesgar su privilegio...
Hasta que los forasteros se pusieron manos a la obra en su portal.


S
BAU

Ocurrió en la Cracovia ocupada, unos dos años después del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes, después de privar a los judíos del amparo de las leyes, procedieron a la Solución Final de su completa aniquilación. Se impuso el toque de queda entre las nueve de la noche y las seis de la mañana. Se prohibió a los judíos ir en tren y en tranvía y se les ordenó usar un brazalete con la estrella de David azul sobre fondo blanco. Los niños fueron expulsados de las escuelas y cada judío tenía que llevar un *Kennkarte*, una tarjeta de identidad amarilla expedida por la policía.

Sin embargo, a algunos les negaron la tarjeta, por lo que podían ser deportados de inmediato a bordo de los infames «transportes». Mi hermano Marcel y yo pertenecíamos a este grupo. Gracias a algunos enchufes y una gran suma de dinero, nuestro padre se las arregló para conseguir unas tarjetas falsas expedidas por el Consejo Regional de Olsha, una aldea de las afueras de la ciudad. Los documentos pasarían una inspección superficial, pero si se descubría que eran falsos nos aplicarían el castigo corriente: una bala en la cabeza.

Tras una búsqueda desesperada de refugio en la aldea, nos dejaron, por un precio mensual exorbitante, usar el sofá en casa de un deshollinador cristiano, pero sólo entre las nueve de la noche y las ocho de la mañana. Durante el día nos veíamos forzados a

merodear por los callejones y caminos poco frecuentados de Olsha.

Los lugareños nos miraban con una mezcla de miedo y franca hostilidad. Su temor se debía al peligro que corrían sus vidas si los encontraban ayudando a judíos o cooperando con ellos. Por otra parte, la proximidad de una base aérea militar hacía que desconfiasen de todos los forasteros sin excepción. Nadie se molestaba en preguntarnos quiénes éramos ni dónde vivíamos, pero a cada paso que dábamos éramos conscientes de que la gente no nos quitaba el ojo de encima.

Fue un invierno extraño. A veces un viento helado cubría el suelo de aguanieve; otros días se tragaba nuestro desdichado mundo un frío vendaval siberiano que amontonaba nieve y gruesas capas de duro hielo. Envidiábamos a los afortunados que estaban a salvo en sus hogares.

Sin lugar donde cobijarnos hasta la noche, Marcel y yo teníamos que permanecer en la calle. Calados hasta los huesos y tiritando de frío, renqueábamos por la nieve y cojeábamos sobre el brillante hielo hasta que nos parecía que incluso el cerebro se nos congelaba. Para mantener el ánimo, charlábamos sobre los placeres de la vida antes de la guerra. Intentábamos bromear e incluso nos las arreglábamos para reírnos un poco. Sin embargo, la cruda realidad no tardaba en imponerse y convertía nuestras bromas en chistes macabros, demasiado horripilantes.

Por las tardes nos entreteníamos detrás de un quiosco, frente a la última parada del tranvía, aguardando la llegada de nuestro hermano menor, Iziu, de diez años, que nos traía un bote de sopa y un resumen de las últimas noticias. Como no tenía demasiado aspecto de judío no llamaba la atención entre los viajeros. Sin embargo, un control de identidad repentino o la denuncia de algún pasajero suspicaz podría haberle costado la vida fácilmente.

Después de tres meses de aguantar el frío en la calle, un día, Iziu llegó con su habitual tarro de sopa y algunas noticias preocupantes: se ordenaba que todos los judíos se mudaran al gueto. Nuestros padres nos pedían que fuéramos a casa para ayudar a empaquetar lo que quedaba de sus pertenencias.

Transgrediendo las leyes raciales y el toque de queda, esa noche nos quitamos los brazaletes con la estrella de David y montamos en un tranvía. Marcel se sentó en la primera fila, detrás del conductor, y yo elegí la última, cerca de la salida. De esa forma, al menos uno de nosotros podría saltar en caso de una trampa de los nazis. Normalmente el trayecto a la ciudad no duraba más de media hora, pero aquella noche el tiempo parecía

haberse detenido, y el tranvía, como si estuviera compinchado con nuestros perseguidores, avanzaba a paso de tortuga. Intenté mirar por la ventana, pero todo lo que pude ver fue el reflejo de otros pasajeros y el interior del vagón.

Tras mi fachada de calma, tenía el corazón en la garganta, y sólo el sonido de las ruedas sobre los raíles era más fuerte que el bombeo de la sangre por mis venas.

¡Cómo anhelábamos ver a mamá, a papá, a Iziu, nuestro piso! En casa nos dieron la bienvenida como a grandes héroes —no con medallas, sino con una avalancha de besos—. Por primera vez en tres meses disfrutamos del lujo de una comida casera y del éxtasis de un baño caliente.

Tras dos años de saqueo y confiscación alemanes, había bien poco que empaquetar. Aun así, preparar nuestra casa, tan llena de recuerdos, para la mudanza, nos llevó la noche entera. Papá se libró de buena parte de la desagradable tarea, puesto que salió antes del amanecer para buscar un medio de transporte. ¡Si hubiese podido al menos encontrar una forma de trasladar al gueto la adorada comodidad de nuestra juventud! Iba a ser una temporada lucrativa para los que poseían algún medio de transporte. Convirtieron la desgracia de los judíos en beneficios, y no hubo ni precio demasiado alto ni condiciones injustas.

Esa noche bajamos nuestras queridas pertenencias y las metimos en un carro tirado por un triste y huesudo jamelgo que usaban normalmente para transportar abono a los campos. Dimos un rápido adiós al piso y, sin las alabanzas apropiadas, papá entregó la llave al portero. ¡Así fue nuestra partida! Unas pocas palabras, unas cuantas lágrimas, otra mirada a las ventanas del tercer piso y unos últimos besos, quién sabía si quizá definitivamente los últimos. Una larga y triste noche nos esperaba, sin la posibilidad de una mañana mejor...

Mamá, papá e Iziu iban detrás del carro chirriante y maloliente como el cortejo fúnebre de nuestras reliquias en su traslado al gueto de Cracovia. Discretamente, Marcel y yo nos quitamos otra vez los brazaletes y volvimos a tomar el tranvía. No hubo novedad en el trayecto de vuelta, aunque tan pronto como bajamos nos pusimos de nuevo los brazaletes por temor al inminente toque de queda, y salimos corriendo hacia el escaso alivio del sofá alquilado, al menos hasta la mañana.

Justo entonces, un judío, completamente empapado, salió de la oscuridad. Sin pararse nos avisó de que un agente de las SS estaba apostado en el puente que había más adelante y se dedicaba a

arrojar a las profundas aguas del río a cualquier judío que quisiera cruzar. Sin querer saber detalles, cambiamos apresuradamente de dirección y echamos a correr. De repente nos dimos cuenta de que no teníamos adónde ir. El piso de Cracovia ya no era nuestro; estaba cerrado y la llave en manos de un portero al que nunca le habían gustado los judíos. Nuestra familia estaba en esos momentos en el gueto, donde era imposible entrar a esa hora de la noche, sobre todo sin la documentación apropiada. Nos encontrábamos en una calle desconocida a punto de sonar el toque de queda.

En vez de poder llegar a la anhelada seguridad de nuestro sofá de alquiler nos vimos obligados a quitarnos los brazaletes una vez más y afrontar las consecuencias. Necesitábamos desesperadamente una ruta alternativa al pueblo. A fin de evitar sospechas, caminábamos despacio. Sin embargo, cuando entramos en la primera calle completamente a oscuras nos desorientamos enseguida.

Una cosa era segura: no podíamos arriesgarnos a pedir ayuda a nadie. Teníamos que encontrar otro puente, si lo había, y mantenernos alejados de la base aérea.

Para que nos tomaran por vecinos del lugar, decidimos actuar como un par de borrachos, tambaleándonos y gritándonos maldiciones y obscenidades. Marcel caminaba delante, y yo iba detrás. La oscuridad total, nuestra completa desorientación y el temor a toparnos con antisemitas hicieron que nos expresáramos de la forma más soez y desagradable.

—A ver si te mueres, cochino hijo de puta, pero antes dame el dinero que me debes —le gritaba.

—Que te jodan, tarado cabrón. Cierra la boca antes de que te aplaste la cabeza —contestaba Marcel.

Esto es sólo una mala traducción del polaco, una lengua bendecida con improperios rusos casi imposibles de traducir al español.

De repente, y sin previo aviso, nos vimos frente a una banda de matones que blandían palos y porras. El que parecía su cabecilla me iluminó la cara, que tenía todavía contraída por la mueca que acompañaba mis improperios, con una linterna. Completamente satisfecho, gritó a la pandilla:

—Mirad, chicos, éstos no pueden ser sucios judíos; son como nosotros. ¡Que se vayan! ¡Había funcionado! Aliviados, seguimos a trompicones y soltando tacos, bendiciendo nuestro amplio

conocimiento de palabrotas.

Fatigosamente, continuamos moviendo nuestras cansadas piernas sin saber adónde nos conducirían. Sólo por el crujido de la paja y el chapoteo del barro bajo nuestros pies sabíamos que habíamos dejado la calle principal y estábamos en el campo. Oíamos los sonidos del río cercano, cuyas riberas acariciaba la corriente. Parecía muy próximo y a la vez completamente fuera de nuestro alcance en la noche sin estrellas.

Dispuesto a saltar en busca de seguridad al menor atisbo de peligro, continué avanzando, colocando con cautela un pie detrás del otro para tantear el terreno. Marcel me seguía a duras penas, soltando tacos a voz en grito y temblando de miedo.

—Cochino río... ¡Tú, hijo de puta, ojalá te seques y la palmes de sed! ¡Ojalá los putos peces se te beban hasta la última gota! Poco después oímos el ruido de máquinas y las voces apagadas de los obreros en los talleres. A través de la bruma, nos dimos cuenta de que estábamos cerca de la base aérea, que hervía de actividad. De pronto vimos a lo lejos una luz débil que trataba de quebrar la oscuridad.

Como un marinero en la cofa de su barco, comencé a gritar:

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista! Poco nos importaba lo que hubiese detrás de la luz parpadeante. Nuestro único objetivo era poner fin a aquella terrible situación, salir del oscuro vientre de la ballena que parecía haberse tragado el mundo. Usando nuestras últimas fuerzas, avanzamos hacia el destello.

—¡Mira, hay un par de velas! —exclamé—. Si no me equivoco, ésta es la primera noche de Hanuka. Tal vez hayamos llegado a un hogar judío.

Con los ecos de un pasado distante resonando en mis oídos, comencé a tararear el canto *Maoz Tsur Yeshuati*, una melodía olvidada hacía mucho tiempo y que, sin embargo, proporcionaba una chispa de esperanza a dos jóvenes al borde de la desesperación.

Llegamos a una verja y dimos la vuelta despacio a la casa. ¡Maravilla de maravillas!, estábamos en la casa del deshollinador que nos alquilaba el sofá. Un hombre alto con bigote abrió la puerta, sorprendido por nuestra tardanza y nuestro aspecto embarrado. Nos dijo:

—Ha habido un apagón en el pueblo esta noche. Id a la cocina y usad una de las velas encendidas.

Hasta el día de hoy soy incapaz de explicar cómo nos las

compusimos para llegar a aquella casa en una noche tan lúgubre y cómo conseguimos cruzar el río y la base aérea sin darnos cuenta. Después de la guerra regresé al lugar muchas veces, tratando de descubrir la ruta que nos había llevado hacia las dos velas encendidas, pero mis esfuerzos fueron en vano. Es un misterio que sólo puede ser considerado nuestro particular milagro de Hanuka.

EL SECRETO

Como una mancha de aceite en un mar de leche,
las calles se derriten lentamente.
Las farolas, envueltas en un halo de bruma,
se iluminan entre sí con un resplandor amarillo
y dispersan rayos perdidos sobre la acera.
Las casas, confusas, abren sus ventanas y se apartan.
Los paseantes miran asombrados.

Camino
sin tocar la zona hostil.
Camino,
pero... silencio,
que está prohibido hablar,
porque él está en cada pasillo,
vestido con su uniforme negro noche,
escondido en cada esquina,
al acecho en cada portal, como una emboscada.
En un instante, mi sombra podría desplomarse sobre un muro,
pero camino,
con el corazón apretado por el nudo de la corbata.
Camino
sin la estrella de David en la manga.
Si al menos pudiera borrar de mi rostro
el miedo de animal acosado,
o caminar en línea recta con mis pies como de goma,
o evitar que los gendarmes perciban mi olor
como el rastro de una presa imprudente.

Mientras estuvimos confinados en los muros del gueto, intentamos mantener una apariencia de normalidad, cada uno ocupándose de los quehaceres de su profesión y comportándose según sus hábitos arraigados, aunque en aquel ambiente de asesinato y violencia hizo falta buscar nuevos horizontes. Por ejemplo, a los abogados, jueces y administradores se les prohibió practicar su profesión. Los nuevos amos no tenían necesidad de expertos en leyes y jurisprudencia. Rabinos, maestros, profesores universitarios y todo aquel relacionado con actividades culturales y educativas fueron acosados y perseguidos. Nadie se atrevía a admitir la más mínima relación con tales círculos. Las comadronas y los circuncidadores quedaron obsoletos, puesto que al parecer los bebés consideraron prudente esperar a que acabase aquel período de locura para venir al mundo. En cualquier caso, en el gueto no se veía una sola mujer embarazada.

El régimen de terror ofrecía a los profesionales trabajos despreciables y denigrantes, como por ejemplo el de *Kapo* —el policía judío que blandía el látigo e insultaba vilmente a su propia gente—, el de informador pagado y el de traidor que ayudaba a los opresores con la vana esperanza de salvar su propio pellejo.

Los hombres cultos y respetados, privados de su dignidad, se aferraban al título que guardaban entre los papeles de la familia, con la esperanza de que algún día recuperara validez. Para recordarle su pasada gloria, yo me dirigía al empleado de la papelería diciéndole: «Señor profesor, ¿me puede dar un cuaderno de hojas rayadas?» O le decía al sucio y sudoroso repartidor de combustible:

«Un cubo de carbón, por favor, señor abogado.» Mi madre, acreditada diseñadora de modas, tenía una sombrerería en la ciudad que daba trabajo a cinco empleadas. Gracias a su oficio le fue concedido un permiso temporal para sobrevivir. Más tarde le confirieron el honor de compartir la miseria con el resto de los habitantes del gueto, a pesar de lo cual le dieron un salvoconducto para que pudiera salir y regentar su negocio. Antes de que nos obligaran a mudarnos, su sombrerería estaba a una parada de tranvía o a diez minutos a pie de casa. Pero cuando los alemanes sellaron los muros del gueto para proteger la raza aria de las epidemias y otros caprichos de la naturaleza surgidos de la miseria, la distancia entre nosotros y la tienda fue de cuatro kilómetros, así que para llegar a ella mi madre necesitaba que la llevaran en coche. ¿Por qué motivo? Pues porque los que llevaban el brazalete con la estrella de David no podían usar el tranvía.

En una jornada negra en los anales de nuestra familia, una guardiana de propiedades confiscadas se apropió de las llaves de la tienda y de la licencia de mamá, y una esvástica reemplazó la estrella de David en el escaparate. Fue así como mi madre dejó de ser una «cruel capitalista internacional que chupa la sangre de sus esclavos» para convertirse en una trabajadora sin paga y prescindible de su propia tienda. Además de perder su pequeño salario, fue privada de todos los privilegios, incluso el transporte en coche. A fin de no perder por completo su negocio y el contacto con el mundo exterior, se levantaba al amanecer y caminaba los cuatro kilómetros hasta su lugar de trabajo. Esto le permitía

obtener provisiones para satisfacer nuestro apetito insaciable. Por la noche recorría penosamente los cuatro kilómetros de vuelta al gueto, muerta de cansancio y con su escasa ración de comida. En días de lluvia llegaba calada hasta los huesos y, en invierno, el frío la dejaba hecha un carámbano. Completamente humillada, con lágrimas a veces rodando por su rostro agónico, mamá se empeñaba tozudamente en conservar un rayo de esperanza, sostenido únicamente por el recuerdo de los días felices de un pasado no tan distante. Pero en otro día negro para nuestra familia, le arrebataron el pase y la enviaron a trabajos forzados en el almacén de antiguas propiedades judías.

Mi padre era un padre, sin más adjetivos. Lo amábamos y respetábamos sin reservas por lo que era. Como tenía mala salud, consiguió que constara en su *Kennkarte* que estaba exento de los «transportes». Con orgullo irónico nos enseñaba la carta del médico y comentaba: «Gracias a Dios, me estoy muriendo.» Mis dos hermanos, Marcel e Iziu, se convirtieron en estudiantes jubilados. Según Hitler, ellos y otros jóvenes judíos habían nacido sólo para el trabajo forzado, que no precisaba ninguna formación. Al principio, se alegraron de librarse de los madrugones, de la esperanza de tener un día de fiesta porque el maestro se había puesto enfermo y de las regañinas paternas por las malas notas. Al cabo de poco, sin embargo, la pereza se esfumó, sobre todo cuando los alemanes les hicieron barrer las calles antes de asignarlos a un duro trabajo en la construcción. Entonces comenzaron a sentir una repentina y vana nostalgia del colegio y el estudio.

El carácter previsor de nuestros padres los había llevado a dar a cada hijo un oficio, y yo había aprendido el de delineante. Si bien no tenía título, era lo suficientemente bueno como para ganar un poco de dinero, aunque fuera una miseria. El destino había dispuesto que esta habilidad me salvara más adelante de una muerte cierta. Sin embargo, mi profesión no figuraba en ningún documento, ya que ni a Marcel ni a mí se nos reconoció la «ciudadanía» en el gueto. No teníamos *Kennkarten,* como tampoco *protekzia* (enchufe) ni dinero para sobornar a los agentes que expedían aquellos pasaportes al infierno, que conferían a su portador el noble título de «judío» y lo obligaban a llevar un brazalete con la estrella de David. Los indocumentados pertenecíamos a la clase más baja y despreciable en los países controlados por el imperio alemán.

Según la Sagrada Biblia nazi, el *Mein Kampf*, los judíos éramos

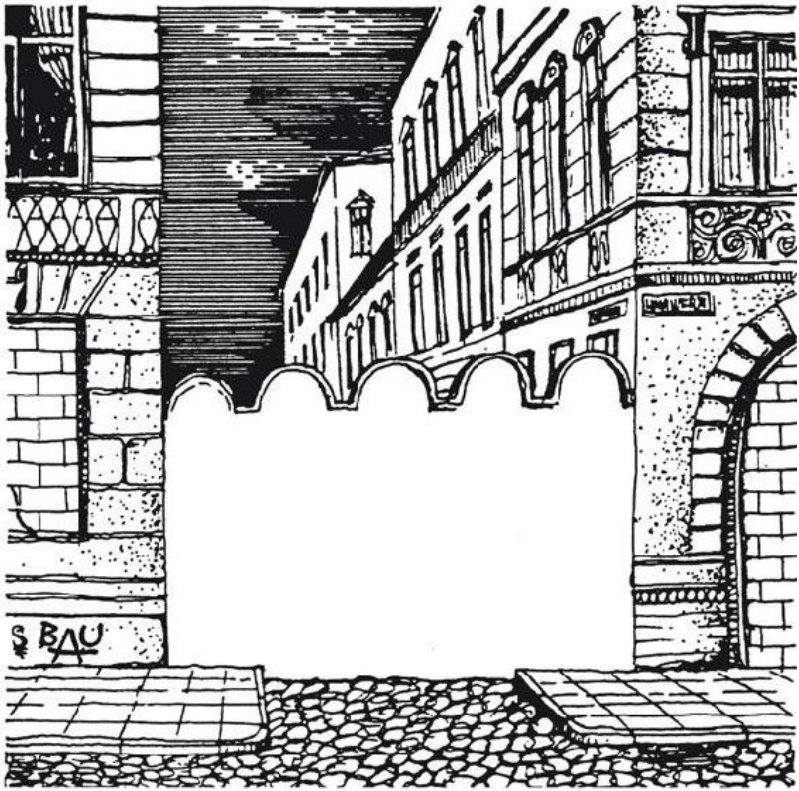
criaturas infrahumanas sin ningún derecho civil. No obstante, la presencia judía tenía que ser tenida en cuenta como un hecho administrativo obvio, excepto en el caso de aquellos que, como nosotros, no existíamos oficialmente. Puesto que nuestro nombre no figuraba en ninguna lista, si éramos capturados durante las «acciones» diurnas o nocturnas seríamos deportados de inmediato a un lugar desconocido. En aquel entonces, las abundantes historias sobre las instalaciones especiales para el genocidio y la incineración todavía eran consideradas meros rumores.

En lenguaje llano, mi hermano y yo habíamos ingresado en el gueto de forma ilegal y vivíamos allí sin el permiso de las SS ni del jefe local de policía. No teníamos cartilla de racionamiento expedida por el municipio de Cracovia ni permiso de residencia del *Judenrat*, el Consejo de la Comunidad Judía. Esto nos convertía en parásitos que tenían que vivir de los pocos derechos de nuestros padres y del pequeño Iziu. Dadas las circunstancias, todos juntos ocupábamos una habitación pequeña y lúgubre sin electricidad, agua corriente ni aseo. El cuarto estaba situado en un lúgubre cuchitril, en el número uno de Plac Zgody, la plaza de la Paz en español. ¡Menuda ironía! Unos días después de que mamá nos colara en el gueto, salí a la calle a evaluar nuestra triste nueva

realidad.

Me di cuenta de que los alemanes habían copiado de la Edad Media, con minuciosidad, no sólo el uso del término «gueto», sino también la forma en que las pobres criaturas destinadas a vivir en él debían ser confinadas. Era obvio que las empalizadas medievales habían inspirado a los constructores de los recintos modernos, que habían erigido un alto muro fortificado para esconder a los ojos del mundo las atrocidades cometidas contra los judíos y los delitos contra sus propiedades.

Un baluarte formidable con muros de ladrillo unidos entre sí por el odio, el gueto había sido diseñado para acoger a la población judía en unas condiciones de hacinamiento increíbles. Cada vivienda albergaba varias familias, cada una con unos cuantos muebles y todo un surtido de preocupaciones y problemas. Había una sola cocina para todas ellas, de modo que tenían que usarla por turnos. Siempre había una cola de personas impacientes, algunas incapaces de aguantarse, esperando en la puerta del aseo. Las ventanas de la planta baja de las casas que daban a los muros exteriores del gueto estaban tapiadas y la luz no entraba en ellas. Los principales accesos al gueto también estaban cerrados, de modo que cualquier visitante extraoficial tenía que encontrar tortuosos medios de acceso a través de pasajes que los ingenieros de la ciudad no habían previsto.



A veces era necesario atravesar patios sucios y atiborrados de muebles tirados y pasar por escaleras abandonadas y corredores entre casas adosadas. Nadie pedía permiso para entrar y nadie se quejaba. En días soleados, los nombres de las calles y los números de los portales se podían leer con dificultad, por la tarde era peor y, por la noche, prácticamente imposible. El Consejo no se ocupaba de la comodidad de los habitantes y era incapaz de proporcionar servicios sanitarios, placas de calle legibles y una iluminación mínima. Cada «inquilino» obraba según sus necesidades y deseos y, justificadamente, desobedecía a las autoridades.

Hice lo que pude para adaptarme a aquellas crueles circunstancias. Traté de encontrar a alguien con influencia entre los residentes que conocía, pero todos mis amigos y conocidos me miraban con indiferencia. Por su expresión veía que lo sentían, pero mi cara no les resultaba familiar y mi voz no les sonaba. Mis antiguos compañeros de clase sufrían algún tipo de amnesia: recordaban algo, pero brumoso o procedente de una encarnación anterior. Sí, alguien parecido a mí había estado en su clase, pero

hacía mucho tiempo... aunque apenas dos años antes hacíamos travesuras juntos.

Incluso mis novias rechazaban la intimidad de nuestra juventud, ya que el romanticismo había cedido paso a asuntos más importantes. Los empleados de las oficinas de la comunidad actuaban como alemanes puros y ventilaban su enfado sobre mí antes de darme con la puerta en las narices. La primera vez que me fijé en esos renegados fue por su disfraz de monstruo —el bonito uniforme de la policía judía—. Se llamaban a sí mismos el Servicio de Orden *(Ordnung Dienst)* ¡A la porra su orden! Intenté adaptarme a aquel mundo surrealista, pero no tuve éxito.

Tras una búsqueda fútil de trabajo temporal y un esfuerzo humillante para obtener una *Kennkarte* que me permitiera unirme a los otros olvidados de Dios, decidí independizarme y colgué un cartel, «ARTES GRÁFICAS APLICADAS», en la ventana de nuestro cuarto. Mucha gente quedó perpleja por estas palabras mágicas, mientras que los más cultos no entendieron la relación entre el cartel y su ubicación. ¿Tenía alguien en medio de aquel torbellino necesidad alguna de artes gráficas aplicadas? Y de ser así, ¿con qué propósito en ese camino de ida al matadero? Ni siquiera yo tenía una respuesta.

Bueno, comencé a dibujar tarjetas para ponerlas en las puertas de los pisos a fin de disuadir a las policías alemana y judía de entrar, o al menos de disminuir el daño que harían si entraban. ¿Tendrían mis carteles poderes mágicos? La idea era escribir, en una tarjeta blanca del tamaño de una postal, el nombre del inquilino entre dos franjas rojas. En la mitad de la segunda línea y en letra pequeña, ponía «Empleado por:» seguido del nombre del puesto de trabajo en negrita. Salvo los ilegales como nosotros, todos los judíos del gueto trabajaban para el Tercer Reich, que los explotaba, a través de oficinas de empleo, en instituciones públicas como el ejército o la policía, o en la empresa de cualquiera que estuviera dispuesto a pagar por sus servicios y contribuir a las arcas del poderoso Estado alemán. Normalmente, los judíos no ocupaban puestos de mando, ni siquiera auxiliares. Se les asignaban las labores más duras, que no precisaban especialización, y sus patronos tenían derecho a exigir a sus trabajadores marcados como *Jude* el esfuerzo máximo durante el máximo tiempo. Incluso podían golpear y, literalmente, hacer pedazos a cualquiera que realizase mal o que aparentemente rehusara una tarea, sin tener que denunciarlo ni que justificar el castigo.

Los pobres esclavos desamparados se deslomaban en trabajos imposibles en condiciones inhumanas. Su paga era una lata de sopa aguada y la ilusión de que su contribución al esfuerzo bélico del Reich podría reducir su sentencia de muerte a cadena perpetua —esto es, prisión hasta el fin de la guerra—. La gente incluso pagaba sobornos a los oficiales y a los *Machers* para obtener trabajo en una empresa influyente por las supuestas ventajas salvíficas.

Por tanto, mis clientes encargaban un cartel con su nombre enmarcado en rojo sobre el nombre del santo patrón con la esperanza de que la mención de la empresa en caracteres góticos, sagrados para los nazis, los protegiera de alguna forma a ellos y a su familia. Al final, mi invento se reveló inservible. Ni siquiera los dueños de los mejores carteles se libraban de las balas durante las «acciones».

Un día tuve un cliente raro. En vez de un cartel oficial para la puerta, encargó un cartel grande para anunciar cortinas apagaluces. Le pedí detalles para poder dibujar una ilustración para el cartel promocional de su invento revolucionario. Su idea era simple pero muy útil: sustituir las mantas y pantallas de cartón y papel que la gente usaba para cubrir las ventanas y evitar que los pilotos rusos y británicos bombardeasen el gueto. El mecanismo era una cortina de papel negro que podía ser bajada y subida a voluntad.

—Así es como funciona —comenzó a explicar, tomando dos lápices y una hoja de papel negro—. Primero pegas este papel a un palo redondo de madera con tachuelas y lo enrollas así. Después unes el otro extremo a un listón con tres pequeñas poleas adosadas, aquí, aquí y aquí. Después pasas una cuerda por las poleas, así. Los extremos de la cuerda se atan. —Enrolló y desenrolló el papel negro unas cuantas veces—. ¿Ves? Sencillo pero ingenioso. Cualquiera puede manejarla e incluso hacerse una.

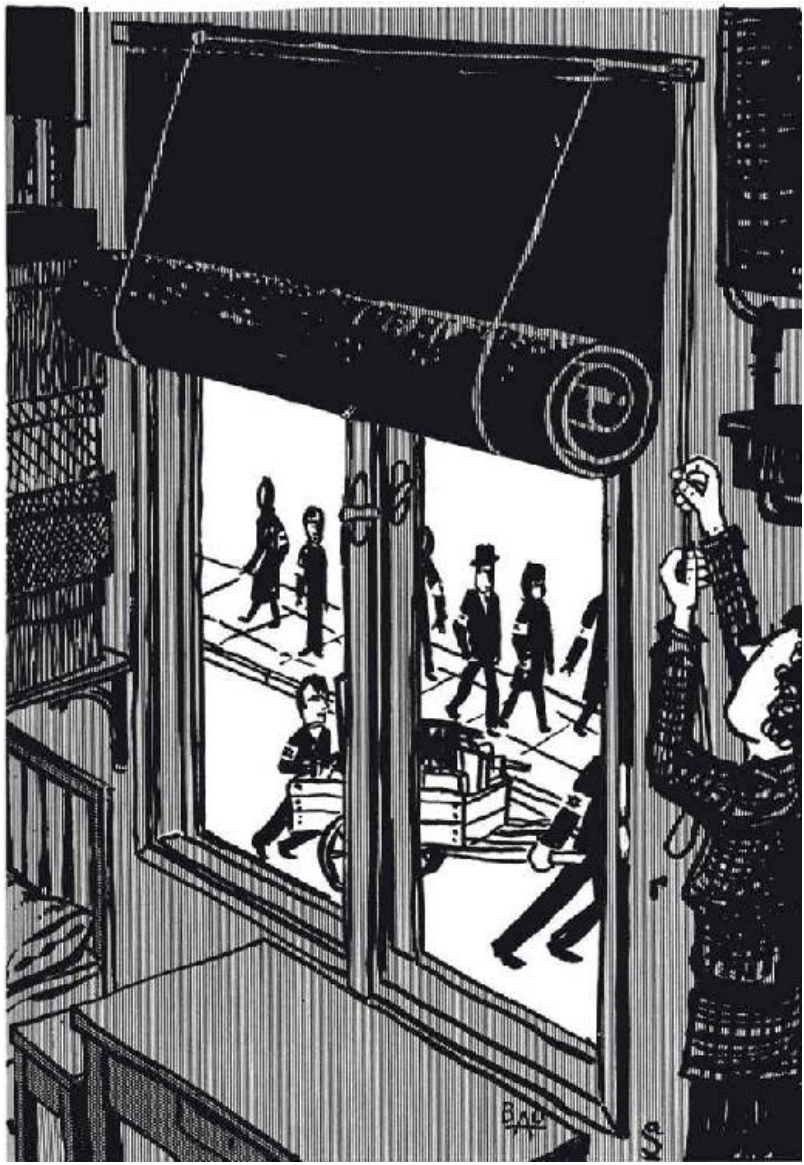
Mientras yo dibujaba el cartel, Marcel me observaba con ojos de experto, murmurando para sí. Entonces exclamó sonriente:

—Es una idea fantástica. Es justo lo que estaba buscando. Fácil de fabricar, precisa muy pocos materiales y nos brinda la oportunidad de ganar una fortuna. Por favor quita la tinta y los pinceles de la mesa, vamos a empezar a hacer nuestras propias cortinas para apagones. Recuerda que nuestros padres necesitan ayuda. Haz otro cartel y sustituiremos el de las artes gráficas. En pocos días la gente estará haciendo cola para encargarlas. —Tras reflexionar un momento, añadió—: Simplemente hay que ponerle

un nombre más atractivo. Pantalla... persiana... No, ya lo tengo: rodillo apagaluces... porque dentro de poco el dinero entrará rodando y nos haremos ricos.

Estaba tan seguro de que Marcel bromeaba que no me molesté en aleccionarlo sobre honradez, ética y derechos de patentes. En vez de eso, me puse a trabajar concienzudamente, deleitándome en la posibilidad de escapatoria de nuestra amarga realidad. Diseñé unas letras bonitas y dibujé una ventana normal pero graciosa. Antes de pegar el dibujo al cartel, le añadí una botella con una flor azul en el alféizar. Contemplando orgulloso mi trabajo, se me olvidaron la guerra y nuestra lucha por sobrevivir. Por un momento el tiempo se detuvo y la gente adquirió un aspecto de normalidad en aquel ambiente anómalo.

Terminada mi obra de arte, la enrollé con cuidado y fui a entregarla a mi cliente especial. No tuve que ir lejos, porque las distancias en el gueto eran bastante cortas. De hecho, todos éramos vecinos cercanos. El inventor de la cortina apagaluces vivía en un sótano húmedo y saturado por su familia, formada por varios niños, unos pocos adultos y algunos viejos. Sus condiciones de vida eran aún peores que las nuestras.



Le gustó mi cartel y, sin tomarse el tiempo de admirar mi arte y la calidad del trabajo, salió corriendo y lo colgó en la fachada. Nadie me ofreció nada, pues la hospitalidad había abandonado el gueto hacía mucho. En realidad, no había nada que ofrecer. Mi cliente tampoco me preguntó qué me debía; simplemente, prometió pagarme cuando hubiese vendido la primera persiana.

Caminé la corta distancia de vuelta a casa muy despacio, tratando de evaluar la situación. Después de todo, las cosas pintaban bien. Tenía mi mesa de dibujo, mi trabajo era interesante y teníamos una ventana por la que entraban luz y aire. Las cosas

podrían haber sido mucho peores. En mi ensoñación, mi pequeño cuarto se convirtió en un apartamento elegante y espacioso.

Esa ilusión fue bruscamente destruida tan pronto como entré en casa. Tuve que salir y mirar el cartel de nuevo para asegurarme de que no había entrado en la del vecino por error. Mi «estudio» estaba irreconocible. El tablero, que estaba inclinado para poder dibujar, había sido colocado en posición horizontal, y mis instrumentos de trabajo, las tintas, las plumas, los pinceles y la cartulina blanca habían sido sustituidos por un par de alicates oxidados. Mi aura artística había dado paso a un olor acre a cola de carpintero y a un ruido ensordecedor. Marcel estaba sentado en mi silla, tratando de hacer una persiana más sencilla, más barata y más eficaz. Blandiendo una cuchilla, cortaba el papel negro con tanta furia que de mi preciosa mesa de dibujo se levantaban virutas. Pagué mi enfado con la pobre puerta de la habitación, cerrándola de golpe con toda mi fuerza.

Marcel ignoró mi enojo. Sin apartar la vista de su trabajo, me preguntó burlón:

—¿Les ha gustado el cartel?

Yo respondí, dócil:

—Les ha gustado mucho.

Él siguió, tan sarcástico como yo solía ser.

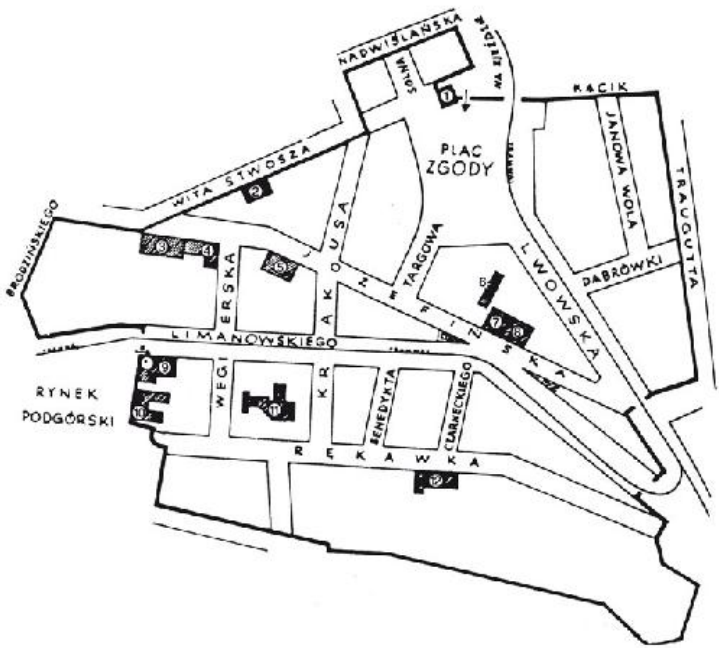
—¡Ah, sí! Como siempre... terminé, entregué y no cobré, ¿verdad?

Al cabo de unos cuantos días, mi precioso cartel fue reemplazado por uno burdo diseñado por Marcel, pero tuve que admitir que el texto llamaba más la atención. Proclamaba: «ENROLLABLE: EL NUEVO INVENTO APROBADO POR LOS EXPERTOS. UNA PERSIANA AUTOMÁTICA A PRECIO DE SALDO. DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS.» Cumpliendo las predicciones de Marcel, la gente comenzó a hacer cola ante nuestra casa, ansiosa de hacer sus encargos.

Como ayudante del fabricante, me afané celosamente para producir persianas. Marcel se encargaba de la parte administrativa: anotaba los encargos, adquiría los materiales y, lo más importante, cobraba el dinero. El éxito se le subió a la cabeza, y se creyó un astuto hombre de negocios, gestor de una plantilla de un solo trabajador.

De alguna forma nos procuramos un permiso para comprar una bobina de papel negro de buena calidad, pero cuando la conseguimos decidimos que sería una pena cortarla. Así que, en

vez de eso, Marcel la vendió en el mercado negro y obtuvo en su lugar una bobina de papel barato. En poco tiempo y a pesar de mis reservas, sustituimos las poleas por alcayatas o simples clavos que doblábamos hasta que tenían la forma deseada una vez clavados en la madera. En lugar de cuerda usábamos cordel de paquete, que era mucho más barato, aunque no tan fuerte. Marcel se deshizo de los palos redondos y compró listones, y el papel negro que tan fácilmente se enrollaba fue sustituido por hojas lisas brillantes, que nos satisfacían tanto a mí como a los compradores, pero que desgraciadamente se desintegraban con el uso.



EL GUETO DE CRACOVIA
LEYENDA

1. SEDE DE LA POLICÍA ALEMANA
2. CASA DE BAÑOS
3. OFICINA DE EMPLEO
4. HOSPITAL
5. OFICINA DE LA J.U.S. (OFICINA DE AUTOASISTENCIA JUDÍA)
6. PRISIÓN
7. SEDE DE LA POLICÍA JUDÍA
8. ORFANATO
9. OFICINA DEL CONSEJO DE LA COMUNIDAD JUDÍA
10. FÁBRICA MADRITSCH
11. FÁBRICA OPTIMA
12. HOSPITAL DE AISLAMIENTO

Al final, el jefe me ordenó que, cuando instalase las persianas,

me olvidase del escoplo y el yeso. Si encima de la ventana había cemento, debía usar clavos, que normalmente se caían o se deformaban. A veces el rollo estaba sostenido por apenas un par de clavos que de alguna forma se las habían arreglado para penetrar en el cemento.

Confié mis inquietudes a mis padres:

—Todo esto podría tener un final trágico si alguien se chiva a la policía alemana o judía. Si alguien se queja de haber pagado un montón de dinero por unas cortinas que se le han caído sobre la cabeza al primer intento de usarlas, les vendría de perlas a los policías. Les encantaría saber de estafadores judíos dedicados a fabricar productos de seguridad defectuosos y sin licencia. Más todavía, si nos pidieran nuestras inexistentes tarjetas de identidad sería tan divertido que nos partiríamos de risa.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó mamá sin convicción, tratando de calmarme—. Al menos ahora tenemos suficiente pan, y a menudo incluso patatas. ¿Qué podríamos hacer en estos tiempos?

Papá intentó apoyarla.

—La guerra terminará pronto, incluso antes de que las cortinas se deterioren. Entonces acabarán en el cubo de la basura.

Su profecía se cumplió sólo a medias: la guerra continuó durante tres años más, pero las cortinas dejaron de usarse pronto, cuando los alemanes nos sacaron del gueto y nos metieron en el campo de concentración de Plaszow.

Pero no debo anticiparme a los hechos. Todavía pasarían muchas cosas en el gueto judío amurallado. Una de ellas sería de gran importancia: el encargado de la fábrica Madritsch de uniformes militares nos hizo un gran pedido de persianas negras para todas las ventanas de su edificio de tres plantas, un total de 86 unidades. Este pedido, que no debía tomarse a la ligera, iba a aportarnos un montón en dinero, experiencia y prestigio.

Marcel trajo a casa las buenas noticias con un saco de casi dos kilos de patatas para que la familia pudiera celebrarlo. Las sacó una a una y las pusimos sobre la mesa con teatralidad.

—En honor de nuestro éxito inesperado, en honor de este acontecimiento histórico, debemos organizar una fiesta, un ágape.

Después, sobre las patatas rancias y llenas de tierra, puso una cebolla arrugada y negruzca de la que salía un brote verde pálido. A cada lado de la pirámide, que empezaba a despertarnos el apetito, colocó, con un gesto dramático, un auténtico huevo,

aunque de aspecto sospechoso, y exclamó:

—Esta noche comeremos tortas de patata. Vamos a darle a mamá una bonita sorpresa.

Tras mi día de trabajo, durante el cual había instalado cuatro persianas «automáticas» en otras tantas ventanas, ahí estaba Marcel vestido de chef, con una bolsa de papel en la cabeza y una camisa sucia y húmeda atada a la cintura por las mangas. Blandía un gran cucharón, y su ayudante, Iziu, de la misma guisa, estaba de pie a su lado. El suelo estaba lleno de mondaduras de patata, y un espeso humo les irritaba los ojos. Mis dos hermanos removían una pasta espesa en un cuenco. La primera y espectacular torta ya se estaba friendo en una sartén llena de aceite.

—¿Puedo probar? —pregunté, y sin esperar respuesta, ataqué la delicia con un par de tenedores.

Mientras me llenaba la boca de masa caliente y dorada, volví a los tiempos de antes de la guerra y, tal vez debido a la intensa sensación de quemazón, o tal vez por el hambre, grité:

— *¡Delishiosha, delishiosha!* —¿Estás loco, comiendo comida cruda? —gritó Marcel mientras intentaba quitarme la golosina pringosa de la boca.

Pero me las arreglé para tragar de todas formas. Mi estómago recibió el bocado como si fuera una pieza de ámbar incandescente. Me agaché y saqué una gran olla del montón de platos que había bajo la mesa y anuncié:

—Me voy por sopa. ¡Esta noche tendremos un banquete digno de un rey! Fui a tientas por la calle oscura, apenas consciente de las figuras similares que se movían a lo largo de la acera destrozada. Una noche triste ocultaba la desesperación y el hacinamiento de las manzanas del gueto. Las ventanas cegadas escondían de la vista a la desgraciada gente condenada al sacrificio y que, a pesar de todo, creía en la llegada del Mesías, esperada en un futuro próximo.

Se decía que los sabios que sabían interpretar los misterios de los textos judíos y que podían leer las estrellas se habían enterado por los libros sagrados de que un gran milagro se produciría ese año. Según esos libros, el final de la guerra era inminente. Todo tipo de rumores sobre aquello circulaban entre los expertos y eran captados con ilusión por los oídos más receptivos. Uno era que un *tzadik*, un hombre santo, vivía en el gueto y estaba día y noche de pie sobre el tejado con un par de binoculares, buscando una señal del cielo para soplar el *shofar*, el instrumento que anunciaba la

llegada del Mesías. Otro rumor era que los trabajadores de la fábrica de hierro habían moldeado por casualidad un grifo con la forma de la estrella de David. Éste era un signo seguro de que el Salvador pronto echaría abajo los muros del gueto y ofrecería una gran hogaza de pan a cada uno de los hambrientos que rezaban por una sola rebanada rancia. Se decía que la emisora de radio clandestina *La Voz de América* prometía que pronto se abriría un segundo frente y que las fuerzas aliadas aniquilarían a los nazis y a sus colaboradores de un solo y contundente golpe. Pronto, tal vez esa misma noche, se oiría un *shofar* proclamando desde el cielo el comienzo de nuestra redención, el fin de la guerra y el mensaje de que Dios había cedido y revocado su decisión de destruir a su pueblo elegido.

Respirando pesadamente, con el corazón en la garganta, miré las pálidas estrellas y agucé el oído para no perderme el más ligero sonido. Sin embargo, todo lo que pude oír en la oscuridad impenetrable fue el eco del silbido de una locomotora. Alguien abrió una ventana por encima de mí y una luz amarilla brilló. Aparentemente, era otro desesperado que, como yo, tenía la esperanza irracional de escuchar el toque sagrado. Al percatarse de su error, el ocupante cerró la ventana frustrado y se retiró tras unas conocidas persianas negras.

Guiado por la memoria, crucé patios, a tientas y con cautela, en medio de una oscuridad casi total. Seguí deslizándome por brechas fortuitas, vallas, muros, saltándome las escaleras de las casas que bloqueaban el paso. Por fin, habiendo llegado a mi destino, me situé el último de una larga fila de personas cansadas y hambrientas armadas con toda clase de recipientes, que pasaban el rato adivinando el tipo de sopa del día. Este juego de adivinanzas era un ejercicio de futilidad. El olor acre a remolacha, normalmente empleada para alimentar ganado, decía con claridad el tipo de sopa que repartían. Era la misma que habíamos tomado el día antes, hacía dos y hacía un mes. A menos que el alemán encargado recibiera la orden de liquidar el gueto, estaríamos tomando la misma sopa al cabo de dos meses.

Llené mi bote y volví a casa más optimista. De nuevo recorrí los senderos desiertos, tratando de evitar los obstáculos y abriéndome camino a través de agujeros en muros y vallas, atravesando patios sucios y evitando los repletos de muebles abandonados. No había luces ni alumbrado. Metiendo el dedo en la única comida legal que recibíamos, comencé a imaginar cómo estarían las tortas de Marcel complementadas con la sopa de forraje de remolacha. Sin duda mamá traería incluso más manjares para nuestro banquete. Mientras introducía otra vez el dedo en el líquido tibio, de pronto perdí pie y me caí de bruces en la acera. Se me escapó una maldición mientras la boca se me llenaba de barro y remolacha. ¡Tenía que pasarme aquello justo cuando estaba en la puerta de casa, cuando me esperaba una deliciosa comida, y sobre todo las tortas! Lleno de barro y de restos de sopa, entré en el cuarto con una sonrisa pueril que denotaba que mis buenas intenciones se habían visto frustradas. Papá, Marcel e Iziu

saltaron a darme la bienvenida. Sus exclamaciones entremezcladas confirmaron su preocupación principal:

—¿Te las has arreglado para traer la sopa, al menos?

—me preguntaron mientras inspeccionaban mi estado.

—¿Qué queréis decir? —repliqué enojado—. ¿No veis que he sufrido un accidente terrible? ¿Qué pasa con vosotros? —añadí con agresividad quitándome los trozos de remolacha de la solapa de mi chaqueta.

Entonces me enteré de la tragicomedia completa. Las tortas estaban hechas un asco. Salían tan bien que Marcel había querido preparar más añadiendo agua y harina a la masa. Cocinando en la oscuridad, había tomado una bolsa similar a la de la harina y había vaciado su contenido —jabón en polvo— en el cuenco. En el caos posterior, la primera tanda de tortas sin jabón se había carbonizado.

—Bueno, seguro que mamá nos traerá algo para comer —dije esperanzado, pero ni siquiera esa esperanza pudo cambiar nuestro triste humor.

Intenté alegrarlos con las predicciones optimistas que había oído, pero una repentina sospecha me iba invadiendo. ¿Qué pasaría si mamá llegaba con las manos vacías porque el guarda de la verja sospechaba del paquete que la supuestamente peligrosa judía intentaba colar en el gueto para los enemigos del Reich?

Frustrado, mandé de una patada el cubo de carbón al rincón de detrás del armario ropero y coloqué en su lugar el puchero de sopa que normalmente estaba bajo la mesa. Después pedí a papá que vertiera un poquito de agua del hervidor para quitarme de las manos y la cara la evidencia de mi aventura abortada. En ese momento llegó mamá con una bolsa de comida. A la débil luz de la vela, enseguida presintió que algo serio había pasado; la atmósfera de la habitación estaba muy cargada, incluso sin electricidad.

Antes de que lo entendiera todo, tuvo que escuchar un torrente de explicaciones y las historias de las desventuras. Tomó aire y libró su hombro de la pesada carga de la comida. Como siempre, la descargó sobre el cubo de carbón. Pero claro, el puchero ocupaba su lugar. Nuestros gritos de horror no pudieron ahogar la ola de agua sucia. Ese accidente puso fin a la cena de celebración que estábamos esperando para esa noche.

—¡Diablos, alguien nos ha echado mal de ojo! Nada sale bien esta noche —exclamó Marcel mirándome.

—Esperemos al menos que el trato que nos proponíamos celebrar salga mejor —dije con un matiz de patética esperanza.

Nos fuimos a dormir con el estómago vacío y, a la mañana siguiente, nos levantamos temprano con la misma sensación de vacío.

Dejar el gueto a una hora inapropiada no era precisamente pan comido. Nos embarcábamos en una atrevida aventura para obtener una nueva bobina de papel negro.

Tras caminar hasta cierta distancia de nuestro cuarto, Marcel se acordó de decirme que, en vez de dinero para un anticipo, sólo podía mostrar una carta. Interrumpí su confesión preguntando por la naturaleza de esa preciada carta, y me explicó:

—Es de la secretaria de la fábrica a la oficina de distribución de papel, solicitando autorización para comprar la bobina que precisan.

A fin de entender la situación con claridad, le pregunté:

—¿Piensas que este trozo de papel higiénico nos va a ayudar a comenzar a trabajar?

—Ni siquiera has visto la carta, y nunca has llevado a cabo un gran proyecto como éste —me gritó Marcel sacándose del bolsillo un sobre forrado de grueso cartón.

Tras limpiarse los dedos en el abrigo, extrajo rápida pero delicadamente un papel doblado y me lo dio a leer.

—Ten cuidado de no mancharlo ni arrugarlo, por Dios.

Entendí las instrucciones de uso, pero leer el mensaje era demasiado para mis habilidades.

—Bueno, ¿admites que la carta es impresionante? —me preguntó exigente.

Mis ojos se toparon de entrada con el símbolo orgulloso de la poderosa Alemania, un águila que aferraba una esvástica en sus garras, con las alas extendidas como si quisiera abarcar el mundo. Intenté encontrarle sentido al texto —lleno de las habituales palabras pomposas de los nazis— pero con escaso éxito. El documento terminaba con un « *Heil Hitler*» .

—¿Qué te parece la carta? ¿Acaso no vale un montón de dinero? Y te la tomas a broma —dijo Marcel mientras yo le devolvía el documento con expresión divertida—. No me extraña que sólo consigas encargos con la moraleja de siempre, «terminé, entregué y no cobré». —Despectivo, intentó imitar mi voz mientras separaba los pies y se metía las manos en los bolsillos de los pantalones—. Dentro de unos días hablaremos un nuevo

lenguaje: «Terminamos, entregamos y nos pagaron un montón de dinero.» Ya verás.

Con el respaldo de la carta oficial, Marcel había obtenido pases para que ambos saliéramos del gueto. Eran válidos durante una semana, que al final distó mucho de ser agradable. A pesar de los oscuros madrugones, multitud de trabajadores encorvados en filas apretadas fluían a través de la puerta al ritmo que imprimían los policías judíos, cuyas voces broncas proferían órdenes y maldiciones con la intención de crear una atmósfera de miedo. Sus gritos bestiales, llenos de blasfemias e improperios, ahogaban los suspiros de los pobres esclavos en una jerga que mezclaba el polaco y el yidis.

Un «caballero» armado que llevaba la insignia nazi, de pie, como un carnicero en un matadero, apartaba a los escogidos para abandonar este gran e impasible mundo. Con la ayuda de una linterna contaba meticulosamente las sombras que pasaban. Nos llegó el turno al final, y el caballero bramó sobre nuestras cabezas, con aliento a cerveza y cigarrillos: «Dos persianas enrollables, hop, hop...», y nos encontramos en el lado ario.

Era como salir de un decorado de la Edad Media y entrar en la noche de la inquisición del siglo XX. Mientras los primeros rayos de sol iluminaban el cielo, el azul se extendía sobre las agujas de las iglesias y los tejados de las casas vaciadas de judíos.

Aunque la oficina alemana adonde nos dirigíamos estaba en la otra punta de Cracovia, no podíamos ir en tranvía, y las aceras, llenas de agentes secretos al acecho de cualquier peatón con pinta de judío, no constituían una alternativa mejor. Timadores y parásitos de poca monta deambulaban por las calles a fin de chantajear a cualquier judío con el que se encontraran. Unos camiones verdes iban rastreando judíos para proporcionar combustible a los crematorios o para proveer de materia prima la industria del jabón o para rellenar colchones. Agentes armados de las SS tendían trampas para atrapar judíos y usarlos para otros propósitos inhumanos: servir de conejos de indias en los laboratorios, o trabajar en plantas llenas de veneno, o convertirlos en informadores y agentes camuflados y así cazar a otros. En realidad, cualquiera estaba autorizado a capturar judíos para explotarlos sin paga o matarlos en la forma que deseara. Las vidas judías no tenían valor.

Caminamos por ese campo minado durante más de una hora, avanzando sobre un tablero de ajedrez viviente donde cualquier movimiento en falso podía ser el último. Miradas curiosas nos

seguían. Un comentario normal era: «Mira, siguen vivos. Parece que Hitler aún no se las ha arreglado para quemarlos a todos.» Los estudiantes camino del colegio se mofaban de nosotros. «Dejad paso a los oficiales de la estrella», decían, y nos arrojaban barro y estiércol o nos escupían en la cara. Nadie nos defendió; sólo podíamos apartarnos avergonzados y limpiarnos los escupitajos con las mangas o con hojas de periódico. Según nos acercábamos a nuestro destino, le pregunté a Marcel qué pensaba hacer si los alemanes nos ponían pegas porque hacía sólo una semana habíamos obtenido un permiso similar para conseguir papel. Suponía que no iba a decirles que lo había vendido en el mercado negro.

—¿Qué quieres decir con «qué pienso hacer si»? ¿Acaso no tenemos una carta oficial, con el águila negra, diciendo que tenemos un gran pedido que exige una gran cantidad de papel? Ojalá se queden ciegos y no vean más que oscuridad —dijo.

—Pero deberíamos tener alguna respuesta preparada; si no, nos habremos comido las suelas de los zapatos para nada, por no mencionar que nos hemos jugado el cuello.

—Nunca preparo discursos. Soy lo suficientemente listo como para improvisar mientras hablo —se ufanó con una extraña sonrisa.

Al fin llegamos. El edificio me resultaba familiar, pero ni en sueños hubiese imaginado que la vieja y abandonada estructura que había conocido pudiera ser transformada, por medio de cirugía plástica, en un edificio tan magnífico. Los muros sucios y desconchados estaban pintados de amarillo; los marcos de las ventanas eran de un blanco deslumbrante y los vetustos pilares habían sido restaurados. Una enorme y amenazadora águila blanca reposaba sobre unos caracteres góticos dorados pero austeros, y la fachada principal estaba decorada con tiras rojas con esvásticas. Esa insignia explicaba la mágica transformación. Dos guardas armados y ataviados con uniformes marrones recién estrenados custodiaban la puerta, que estaba flanqueada por dos antiguas lápidas. Incluso las flores de la explanada, meticulosamente cuidadas, parecían erguirse orgullosas en honor a la grandeza nazi. Un flujo permanente de coches de personajes importantes cruzaba la puerta, lo que obligaba a los guardias, que de otra forma hubieran estado inmóviles, a alzar el brazo automáticamente haciendo el saludo fascista con un talonazo simultáneo.

En aquel edificio señorial nos atrevíamos a entrar nosotros dos, judíos pobremente vestidos y marcados con estrellas de David

arrugadas. Incluso antes de que Marcel hubiera podido arreglárselas para mostrar la todopoderosa carta en su doble envoltorio o pronunciar una sola palabra, los guardias nos expulsaron como a un par de perros rabiosos. Puesto que no era la primera vez que pisoteaban nuestra dignidad, no nos quejamos. Ser tratados de aquella forma se había convertido en parte de nuestra naturaleza. Sin embargo, todavía teníamos que encontrar la forma de entrar.

Nos acercamos a unos judíos ocupados en barrer la acera, quienes nos señalaron una puerta lateral en el patio destinada a los infrahumanos como nosotros. En la segunda planta encontramos un directorio y, con mucho esfuerzo, localizamos, entre las numerosas líneas de texto mágicas, los PERMISOS PARA PARTIDAS DE PAPEL.

—Bueno, aquí estamos —dijo Marcel—. ¿Qué me decías? Todo saldrá bien, ya lo verás. Simplemente entrega la carta.

Me la dio y pulsó el botón de la oficina apropiada. Oí un sonido de botas de punta de acero acercándose a la puerta desde el otro lado y mi corazón comenzó a latir con rapidez. Un alemán cargado de medallas y vestido puntillosamente abrió la puerta y gritó: «¡Qué!» Esperé a que Marcel rompiera el silencio con un discurso, pero cuando el alemán repitió su qué comprendí que mi hermano había desaparecido. Con manos temblorosas saqué la carta de su envoltorio y se la entregué al superior que estaba ante mí. Inocentemente, esperaba que el texto mecanografiado me eximiera de usar mi versión corrupta del idioma de los conquistadores.

Su Alteza entró de nuevo en la habitación, conmigo detrás. Sacó una tarjeta de un archivo y pronunció una letanía, la mayor parte de la cual no entendí. Imaginé que quería saber qué había pasado con el permiso que había expedido hacía sólo unos días. Señalaba con su grueso dedo algunas entradas apuntadas en la tarjeta, que me puso ante los ojos. Su rugido parecía divertir a los empleados de las oficinas cercanas, mientras que yo trataba de reunir el coraje suficiente para defender mi caso. Con la garganta cerrada por la emoción, todo lo que pude decir fueron algunas palabras incoherentes acompañadas de contorsiones faciales y gestos violentos, sin atención a la gramática o a la sintaxis. De los ladridos de mi antagonista sólo alcancé a entender las expresiones «timadores judíos» y «cochinos judíos» con que subrayaba su temible diatriba.

Acto seguido me abofeteó, primero la mejilla derecha, luego la

izquierda. Después regresó a su asiento y rellenó un formulario que empujó hacia la parte de la mesa en la que yo estaba.

Mientras tanto, Marcel, que sabiamente había salido del edificio, conversaba con los barrenderos judíos.

Cuando me reuní con él, examinó el permiso y alardeó pomposo:

—Mira, como te dije, están obligados a darnos el permiso porque la carta que preparé no admite rechazo.

—¿Y ahora qué? —pregunté mientras nos poníamos en marcha en una dirección que no era precisamente la de casa.

Marcel se rio:

—¡Menuda pregunta! Vamos a comprar papel, por supuesto.

—¿Tienes dinero?

—Ni un *groszy*.

Sin haber cenado ni desayunado, estaba demasiado hambriento y cansado para seguir con las preguntas. Por pura inercia, continué caminando al lado de Marcel durante media hora. Entonces reuní el coraje suficiente para preguntar:

—¿Has pensado en una forma de meter la bobina de papel en el gueto? No será fácil; debe de pesar al menos doscientos kilos.

—Si piensas que voy a llevarla a cuestas, te equivocas.

Pero por ahora estoy demasiado cansado para preocuparme del transporte.

Hizo hincapié en la última palabra para convencerme de que todo lo que se necesitaba eran buenas intenciones.

—Muy bien, olvídate del transporte. ¿Cómo vas a pagar el papel si no tienes un solo *groszy*?

—Mira, antes de nada veamos el papel; después nos ocuparemos del pago.

Se paró frente al almacén y me mandó subir con el permiso mientras él esperaba fuera. Temiendo otro incidente, le pedí que viniera conmigo.

—¿Tienes miedo? —se mofó—. Aquí no te van a pegar, eres un cliente de pago. Sólo asegúrate de que no te roben el permiso.

Un empleado que comía una gruesa rebanada de pan con mantequilla estaba sentado en una pequeña oficina del tercer piso. En cuanto me vio entrar dio la vuelta a la rebanada para morderla por el otro extremo, con la esperanza de que yo no viera la mantequilla. Leyó el permiso con fingida educación y, con una sonrisa forzada, me informó de que acababa de vender todo el

género y el almacén estaba vacío. Bajé para darle la mala noticia a Marcel. Antes de que hubiese terminado me agarró por el cuello de la camisa y me siseó:

—Así que el cabrón piensa que nos puede timar.

Vuelve corriendo y pregúntale a Su Excelencia qué ha hecho con la bobina que estaba escondida a la izquierda, en el almacén. Mira, yo estuve allí y lo vi todo.

Hice lo que me mandaba y el empleado, con una sonrisa avergonzada, me dijo:

—Por favor, señor, disculpe, se me había olvidado. Es la última bobina. Ahora mismo se la traigo.

Entonces redactó una factura y me pidió el dinero.

—Mi hermano está esperando fuera, él le pagará tan pronto como tenga la mercancía.

Bajé al patio por segunda vez. Un hombre que trabajaba en el almacén estaba enrollando un enorme tambor de papel negro. Me dijo que mi hermano había dicho que regresaría al instante, que se había ido a buscar un carro. Tras unos minutos de ansiedad, me quedé sorprendido al ver una especie de carro plano tirado por un par de caballos entrando por la puerta principal. Marcel estaba sentado orgulloso entre los dos conductores.

—Marcel, el papel está listo; sólo tenemos que pagar.

¿Tienes el dinero? —grité.

Para mi sorpresa, lo vi intercambiar unas palabras con los conductores, que le dieron el dinero necesario. Entonces, dijo en voz alta:

—No os preocupéis, el papel es vuestra garantía.

Cuando lleguemos al gueto, recibiréis el dinero por el viaje, lo prestado y un suculento suplemento como interés.

En el camino de vuelta a casa, Marcel iba entre los conductores, que se partían de risa con sus chistes verdes. En cuanto a mí, estaba sentado atrás encima de la bobina, como si cabalgara un corcel negro, atenazado por el miedo y la incertidumbre. El cilindro gigantesco que tenía entre las piernas medía dos metros de largo y pesaba alrededor de media tonelada. Su masa, como la de un cañón, rodaba de lado a lado, pisándome los dedos de los pies o comportándose como un trineo al revés. Unas cuantas veces estuvo a punto de tirarme a la calle por el lado abierto. Las malas intenciones de la bobina me tenían tan abrumado que al final dejé de preocuparme por el dinero que debíamos a los conductores.

La fábrica de uniformes Madritsch estaba ubicada al final del gueto. Su entrada principal quedaba fuera de los muros y la guardaba un vigilante. Permanecía casi siempre cerrada y sólo la abrían en ocasiones especiales. Los trabajadores judíos, cuya paga consistía en sopa tibia, entraban por un sendero improvisado a través de los patios del complejo. Cuando nos acercamos a la puerta, Marcel saltó del carro diciendo a los conductores que iba a abrirla y que dejaba el papel y a su hermano como garantía. Les aseguró que era cosa de un minuto. Después se unió a los trabajadores que salían de la fábrica.

El tiempo pasó lentamente —diez minutos, media hora— y la puerta seguía cerrada. El chillido de las sierras indicaba que el taller estaba en funcionamiento, así que el portero debía de estar dentro. A Marcel le habría llevado un momento hacer que la abriera, así pues, ¿qué le había pasado? Los conductores se apearon para alimentar a los caballos y parecían estar planeando su siguiente paso mientras me lanzaban miradas de lobo y calculaban lo que podía valer el papel. Los vi contar con sus dedos, y uno se rascó la frente como conjurando una idea. El otro silbó y saltó al carro, estratégicamente cerca de mí.

—Señor —dijo con una preocupación comprensible—, ¿conoce usted al otro que venía con nosotros?

—Es mi hermano. Pronto abrirá la puerta y les pagará.

Necesitaba tranquilizar no sólo a los conductores, sino a mí mismo. Toda clase de pensamientos funestos me vinieron a la mente mientras buscaba una explicación para la ausencia de Marcel. ¿Lo habría detenido la policía judía durante una «acción»? ¿Habría sido atrapado sin tarjeta de identidad por los nazis y enviado a Auschwitz? Tal vez le hubieran llevado, con otros jóvenes, al nuevo campo de esclavos de Plaszow. ¿Dónde diablos se había metido?

«Marcel, Marcel —pensaba yo—, siempre he confiado en tu talento para salir de aprietos, pero esta vez has tentado demasiado la suerte. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué puedo hacer?» Me estallaba la cabeza de preocupación mientras seguía pegado a la preciosa bobina, vigilando el pomo de la puerta por si se producía algún movimiento, dispuesto a gritar: «¡Hurra, aquí está al fin!» Pero nada se movía y mi desesperación iba en aumento.

El rumor de las sierras me adormeció y soñé que oía girar el pomo y que alguien salía, pero la imagen se disolvió gradualmente hasta que el estrépito de la calle me devolvió la conciencia. Mi estado era de agotamiento y profunda apatía. Mientras tanto, la

bobina seguía meciéndose por su cuenta de lado a lado y pisándome el pie derecho. Estaba demasiado cansado para descansar, e incluso mi estómago vacío había dejado de enviar señales de hambre.

—Señor, tal vez debería ir a buscar a su compañero.

Tal vez haya huido.

Alcé la vista y me encontré a uno de los conductores a mi lado. Totalmente despierto, intenté saltar del carro para encontrar un lugar donde vaciar la vejiga antes de ir a buscar a Marcel. Pero el sentido común prevaleció. Me di cuenta de que quizá quisieran librarse de mí para llevarse la bobina y venderla en el mercado negro, dejándonos sin papel ni permiso. Me obligué a permanecer donde estaba.

—¿Por qué no ha regresado todavía? —pregunté fingiendo inocencia. Entonces se produjo el milagro. Tuve que restregarme los ojos para asegurarme de no estar soñando. ¡Pero no! La puerta se abrió de verdad y Marcel, en carne y hueso, fresco y robusto, salió del oscuro pasillo, agarró las riendas y gritó a los caballos: «¡Arre, arre, entramos!» Al fin pude dejar mi puesto e ir a una esquina a aliviarme. Detrás de mí, oí que Marcel abría una botella de vodka para celebrar el feliz desenlace con los conductores. Cuando me di la vuelta, me lo encontré con un pie sobre la bobina de papel, que había sido descargada. La botella estaba casi vacía.

—Ven aquí, mi héroe. Te he dejado un poco de vodka —me dijo.

—Marcel, ¿dónde estabas? ¿Qué ha pasado? —le pregunté rechazando la nueva oferta de bebida—. Estaba muy preocupado por ti. ¿Dónde has conseguido el dinero?

Después de tragarse el dedo de vodka que había guardado para mí, me dijo:

—Ha sido muy sencillo. He empeñado mi permiso para salir del gueto.

Para coronar una jornada llena de acontecimientos, Marcel preparó una cena especial de remolacha. El primer plato consistió en remolacha picada con vinagre y sacarina; el segundo, en sopa de remolacha con harina negra, aceite y cebollas fritas; después sirvió tortas de remolacha hechas con una masa de huevo y harina frita en aceite. Y de postre, en vez de tarta de piña, más remolacha bañada en un jugo azucarado.

Tras el banquete, papá ahogó un eructo con la mano y dijo que todo aquel forraje le producía náuseas, pero el resto de nosotros

nos chupamos los dedos y elogiamos la habilidad culinaria de Marcel. Comentamos hasta la saciedad las peripecias del día. Yo describí mi papel en la obtención del papel negro mientras que mi hermano expuso su versión. Mamá nos contó su participación en el drama. Marcel la había convencido de que se podía poner la mesa sin el precioso mantel bordado de la abuela y de que sin dinero no había comida. Así que ella había vendido la preciada mantelería y unas cuantas cosas más para conseguir suficiente dinero en efectivo y desempeñar el permiso de salida a un tipo de interés bajo. Nuestro cuarto lúgubre todavía olía a comida cuando Marcel anunció que tenía que salir un ratito para hacer un recado. Se quedó muy corto...

Cuando la hora del toque de queda se acercaba, se oían los rápidos pasos de la gente que se apresuraba en la calle para evitar

convertirse en objetivo de los rifles alemanes.

Pronto el único sonido era el rítmico golpeteo metálico de las botas de tachuelas que usaban los Ángeles de la Muerte. Como siempre, nos asaltaron negros presagios sobre la suerte de Marcel. Nuestra imaginación se puso a trabajar horas extra; conocíamos bien los peligros que acechaban a los judíos en el gueto. Luego empezaron los reproches: «¿Por qué no le hemos impedido salir tan tarde?» «Sabía que algo iba a pasar, porque tuve un mal sueño...» De pronto, al otro lado de nuestra ventana velada se oyeron pasos pesados que aumentaban a medida que descendían por la escalera de la entrada.

—Demonios, ¿es que nadie me va a ayudar? —gritó Marcel aporreando la puerta.

Nos levantamos al unísono, pero antes de llegar a la puerta ésta se abrió de par en par y vimos... que alguien empujaba una valla al interior. «¿Una valla?», nos preguntamos incrédulos. Ahí estaba, de madera basta y llena de barro.

Atónitos, vimos cómo el monstruo avanzaba hacia el armario que contenía nuestros últimos objetos mundanos. Intentamos advertirle a Marcel que parara, pero no parecía oírnos. La cosa golpeó con estrépito la puerta del armario y la partió en dos. Al mismo tiempo oímos el ruido de cristales rotos, porque nuestra lámpara de queroseno, que estaba encima del armario, se cayó al suelo y se rompió, llenando la habitación de un olor asfixiante y dejándonos en completa oscuridad.

—¿Qué hacéis? ¿Por qué habéis apagado la luz? —tronó Marcel, ahora invisible.

Comenzamos a buscar cerillas, todos gritando a la vez:

—¡Mira lo que has hecho! ¡Siempre nos tienes que meter en líos! Mientras tanto, yo iba andando a tientas, y la cabeza se me encajó entre la cerca y el marco de la puerta. Le grité:

—¿Te has vuelto loco con tus proyectos? ¡Aquí no cabe un alfiler y encima quieres colocar un tabique! —¿Un tabique? ¿Quién está poniendo un tabique?

¿Acaso no tienes imaginación, patán estúpido, tú, condenado artista?

Hirviendo de ira, trató de entrar en la habitación desde el otro extremo de la cerca, pero sólo consiguió atraparme más entre el marco y las ásperas tablas.

—He traído buena madera para las persianas, para que nos ahorremos un montón de dinero, y en vez de darme las gracias me

insultas. ¡Sólo espera... terminarás besándome la mano por esto! Cuando la vela parpadeante intentaba vencer la oscuridad, Marcel ya estaba en el cuarto. Mamá encendió otra vela y se agachó a recoger los trozos de cristal de la lámpara, que había caído valientemente en cumplimiento de su deber. Iziu y yo proporcionamos a los objetos de los estantes caídos los primeros auxilios, mientras papá y Marcel empujaban la valla hacia el pasillo.

Pasamos la noche sudando para desmontar la cerca, sacando clavos y tornillos que habían servido para mantener las tablas unidas, lloviera o nevara, durante muchos años.

—Marcel, ¿de dónde has sacado este pedazo de basura? ¿Quién te lo ha dado? —pregunté mientras extraía el primer clavo con los alicates.

Salió con un crujido ruidoso y, cuando saqué otro de la embarrada y seca madera, se resistió tanto que se dobló en ángulo recto.

—No hay ningún misterio. En primer lugar, no es basura. En segundo lugar, nadie me ha dado este precioso material. Lo vi por la puerta abierta de un cobertizo detrás del hospital. Medí las tablas a ojo y decidí que podían servir a nuestros propósitos. Después regresé en plena noche y, con gran esfuerzo, lo cargué a hombros y lo traje.

Se agachó y atenazó el siguiente clavo con los alicates, arrancándolo a la primera.

—Había un guarda idiota que, en vez de pillar al ladrón, se ha puesto a gritar histérico: « *Gewalt*, la puerta sale corriendo. ¡La hora de la resurrección ha llegado!» Por lo visto en el cobertizo había cadáveres a la espera de ser enterrados. No me ha quedado más remedio que correr con el botín. Afortunadamente, el hombre no podía ver en la oscuridad. Toma, ahí va otro clavo.

Miré sobrecogido la valla del osario y pregunté:

—Dime, ¿tienes pensado hacer puertas celestiales con esta madera? ¿Crees que puedo convertir estas tablas en varas redondas con la ayuda de una sierra de mano? Estás ladrando al pie del árbol equivocado. Hay que lavar estas tablas a fondo y llevarlas a una buena carpintería. Eso es lo que hay que hacer.

Mientras hablaba, sacaba con los alicates otro clavo polvoriento, que parecía un diente ensangrentado extraído en una operación dolorosa. Marcel luchaba con uno que resultó ser un tornillo que, de forma obstinada, se resistía a ser arrancado de la

tabla astillada.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no quieres ser carpintero? Tal vez te pueda inspirar para que te entren ganas de serlo.

—No, mi querido hermano, carezco de talento para un oficio tan noble.

Hice una breve pausa para mirarle a los ojos, intentando adivinar cuál sería su próximo plan.

Amontonamos las tablas desclavadas en el suelo, entre los fogones y el armario destrozado, y por la mañana habíamos llenado de clavos todavía en buen uso tres latas que antes habían sido de azúcar, arroz y café. El suelo estaba sucio de barro seco y astillas de madera, pero Marcel decidió que teníamos que salir pitando y dejar que los que usaban la noche para dormir barrieran. Seguí su paso rápido de forma acelerada, como en las películas mudas. Cargábamos sobre nuestros hombros una pila de trece tablas; cada vez que se inclinaban hacia un lado, me gritaba:

—¡Con cuidado, cabrón!, ¿o es que no sabes qué pierna sale de la nalga izquierda?

—La izquierda, la izquierda —respondía yo.

Aunque era menor que yo, Marcel era un poco más alto. Por tanto, yo acarreaba la mayor parte de la carga. Como tenía que estirar la mano izquierda para sujetar la parte superior del montón, se me durmió y perdí el tacto. A cada movimiento, el grueso polvo que salía de las tablas me producía un ataque de estornudos. Al principio, Marcel me decía que salud y yo respondía que gracias, pero al cabo de un rato dejó de reaccionar. De repente, una astilla comenzó a hacerme cosquillas en la oreja y, cuando trataba de apartarla con la mano derecha, otra se me clavó en una uña. Sin bajar el brazo, intenté sacármela con la mano izquierda dormida, pero no la localicé dada la suciedad que cubría mis dedos. No sólo las manos, también la cara la tenía sucia. Parecíamos deshollinadores o carboneros. Esperaba, casi imploraba, que los guardas de las puertas del gueto nos hicieran bajar la carga para un registro y poder descansar, pero justo ese día los alemanes estaban de buen humor y nos dejaron cruzar sin siquiera pedirnos los pases. Dos chicos sucios acarreando madera usada no parecían ser un peligro para el régimen nazi.

—Izquierda, izquierda... izquierda, enderézalas... ¿No me oyes, imbécil?

Me figuré que Marcel estaba más cansado de lo normal y que por eso descargaba su enfado conmigo. Cuando nos habíamos

alejado un tanto del gueto, me ordenó:

—Quítate la estrella de David.

Le pregunté:

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —Pero obedecí al momento y sin discutir, y me desprendí de aquel sucio trapo.

—Donde vamos, no tienen que saber que somos judíos —dijo Marcel metiéndose en el bolsillo su brazalete.

Completamente agotados, recorrimos bastantes calles más y, tras haber golpeado un edificio en un giro peligroso, entramos en una calle desconocida. Por el oído izquierdo, lleno de polvo, oía muy poco, pero con el derecho percibí una llave que giraba en un candado mientras mi hermano abría una puerta chirriante. Al fin llegamos a un lugar donde me podía sentar sobre una caja de madera. Marcel me alivió de mi deshecha carga celestial y yo traté de bajar el brazo izquierdo, que todavía apuntaba hacia arriba. Siguió en esa posición amenazadora hasta que lo forcé a bajar con el derecho.

En ese momento tragicómico, vi por primera vez en mi vida una sierra eléctrica. Marcel me mostró cómo ponerla en marcha y pararla, pero pasó por alto señalar la ubicación del equipo de primeros auxilios en caso de accidente. Hizo algunos ajustes y cortó la primera tablilla.

Me pareció un tanto fina, pero no dije nada, primero porque no hubiera cambiado nada, y segundo porque mi voz no se habría oído con el chillido de la sierra.

—Bueno, ¿cómo las redondeamos? —pregunté, aunque preveía la respuesta.

—No lo vamos a hacer. Enseñaremos a las planas a enrollarse —dijo tajante mientras se preparaba para salir.

—Un minuto, ¿ya has terminado? —dije, preocupado por que me dejara solo en aquel lugar extraño sin algún tipo de explicación.

Marcel se limpió las manos con aserrín y dijo sin mirar:

—Voy a comprar unos clavos y cuerda. Volveré pronto para relevarte, porque tenemos que terminar a mediodía. Mira, esto es una fábrica de toneles. Los alemanes encontraron explosivos aquí, así que los propietarios sólo nos ven desde el cielo. Es por eso que no debemos tocar nada. Un policía polaco me dio la llave como un favor, y por supuesto cobrándose un precio. Comenzarán a demoler el taller por la tarde, de modo que no tenemos mucho tiempo. Adiós, y disfruta del trabajo.

Después se fue.

El terrible ruido me impedía pensar o sentir. Cada vez que acercaba las manos a la rueda zumbante, me parecía ser yo quien estaba siendo cortado en lonchas. Trabajé sin parar, perdí la noción del tiempo. A mi alrededor, la pila de aserrín casi me llegaba a la cintura. Justo cuando estaba terminando la última tira, Marcel entró. Verme en una nube de polvo y no poder oírme hablar le provocó grandes carcajadas.

Por la noche, mientras estaba tumbado en la cama con la cabeza cubierta de toallas húmedas y mi madre me administraba todo tipo de remedios caseros, Marcel me contó la razón de su alegría:

—Si te hubieras visto te habrías partido de risa. No te reconocía con tu aura de madera, de pie en medio de un mar de serrín. ¡Ha sido tan gracioso! Lo recordaré toda la vida. Ha sido aún más gracioso que esa frase tuya de «terminé, entregué y no cobré».

Al fin comenzamos a instalar las persianas en la fábrica Madritsch. Pusieron a nuestra disposición una celda pequeña y húmeda, una mesa con las patas cojas y un cajón roto para nuestras herramientas y materiales. Pero lo importante, el dinero, no lo conseguimos; ni siquiera el adelanto acordado de un tercio. Sin embargo, este triste hecho no influyó en la ejecución de la obra. El encargado, que al principio se mostró simpático, cambió de tono, especialmente cuando todos los materiales estuvieron ensamblados. Nos urgía a trabajar rápido y exigía un acabado que excedía las normas acostumbradas. Nos dimos cuenta de que siempre que el asunto del dinero salía a colación, le pillaba muy ocupado.

—Todo saldrá bien. Sólo terminad el trabajo ya —decía.

Marcel se imaginó que el Señor Encargado era un auténtico alemán. Sin embargo, alguien nos confió que era judío. La verdad salió a la luz cuando terminamos el trabajo, pero ya era demasiado tarde. Trabajamos como esclavos durante tres semanas, dedicándole más esfuerzo a la labor incluso del que se esperaba de operarios judíos, de sol a sol. Nos esforzamos sin descanso ni compasión... ¡Todo para nada! Tuvimos que superar muchos obstáculos técnicos inesperados; afrontamos momentos de desesperación cuando las dificultades debidas a nuestra falta de experiencia amenazaron con vencernos. Incluso desdeñamos los pedidos individuales que eran nuestro sostén, y el espectro del hambre se convirtió en un visitante frecuente.

Con menos dinero disponible, Marcel tuvo que reducir los gastos. Descubrió que podíamos ahorrar un montón de papel cortándolo a lo ancho en vez de a lo largo. De esa forma no teníamos más que cubrir la altura de la ventana. Esto resultó ser un error fatal. En la noche de pruebas, cuando el Señor Encargado y otros gerentes comprobaron los resultados de nuestro invento revolucionario para cegar las ventanas durante los bombardeos aéreos, las luces del edificio brillaban como si las persianas hubieran estado enrolladas. Resulta que el papel negro se resistía a quedarse estirado, como deseaba Marcel y ordenaban las normas de seguridad. Las tiras se volvían a enrollar y dejaban un hueco de varios centímetros en la parte inferior. Nuestras disculpas y explicaciones no sirvieron. Ni un solo miembro del equipo de probadores creyó que un papel tan bueno y caro tuviera tanta tendencia a enrollarse. Tras una guerra de palabras con el Señor Encargado, Marcel cedió y prometió que su hermano lo arreglaría todo. Por supuesto que el pago quedaba pospuesto hasta que se hubiera corregido el defecto.

La tarea resultó más complicada de lo que Marcel había indicado al meticuloso encargado y a sus subalternos. Tuve que cortar de nuevo todas las persianas, y después, darles la vuelta, estirarlas y encolarlas otra vez. Hubiera sido más fácil hacerlas nuevas, pero no teníamos elección, ya que no teníamos ni papel ni dinero. Tres semanas después del comienzo de los arreglos, llegué a casa sólo unos minutos antes del toque de queda y me los encontré a todos durmiendo. Abrí la despensa de la cocina, completamente vacía salvo por dos cucarachas demacradas. Seguramente estaban tan hambrientas como yo, porque no había ni una migaja, ni una monda de patata, ni una pizca de forraje de remolacha. Pensé que tenía tanta hambre que estaba dispuesto a comer sopa en polvo, pero el frasco también estaba vacío. Mamá se despertó y preguntó preocupada quién armaba tanto alboroto.

—Soy yo, mamá. Tengo muchísima hambre y sed.

¿Hay algo de comer?

—También nosotros nos hemos ido a la cama hambrientos. Ve a dormir, tal vez las cosas mejoren mañana.

No malgastes la vela, es la última. Hoy no he podido traer nada. El guarda me ha echado de nuestra tienda y no me ha dejado volver a entrar para recoger nada. Eso es todo: había estado esperando que este día aciago llegase, y así ha sido. ¿Te han pagado algo? ¿Cuándo terminas? —concluyó con una suave queja, y lloró en silencio.

—Todo llegará —dije mientras apagaba la vela, dejando que la oscuridad le metiera prisas al futuro.

Antes de que mamá pudiese responder, un golpe fuerte quebró el temeroso silencio.

—¿Quién está ahí? —pregunté a fin de ganar tiempo.

Sabía que ni siquiera diez candados mantendrían alejados a los vigilantes nocturnos. Sus visitas nunca traían nada bueno.

—¡Policía! —tronó la voz del secuaz judío que solía hacer esas redadas nocturnas, armado con un látigo y una lista negra.

Oí los pies descalzos de mi familia asustada buscando una vía de escape en la oscuridad. Tiraban cosas, bloqueando el camino hacia una salida desesperada.

—Voy a...

No pude terminar porque mi madre me tapó la boca con la

mano y me susurró:

—Han venido a comprobar las tarjetas de identidad.

Quise decir algo, pero me empujó bajo la cama. Mientras me metía en aquel dudoso refugio me golpeé la cabeza. Recibí otro golpe al reptar sobre mi estómago. Marcel, que ya estaba ahí, se quejaba de que algo le había dado en la cabeza.

Oímos girar una llave en el candado y el chirrido de la puerta. La luz de una linterna pasó sobre mi cabeza, bailó en el suelo y se paró sobre la punta brillante de una bota que descansaba cerca de nuestro escondite. Antes de que el policía anunciase el propósito de su visita inesperada, antes de que tuviese tiempo de inventar con Marcel alguna forma de librarnos de aquel peligrosísimo registro, me sentí obligado a revelar un secreto que había jurado mantener siempre con un apretón de manos. Comencé a decir: «Marcel, recuerdas...» Pero se me trabó la lengua y no pude continuar. El secreto tenía que ver con Zigo Mahler, que había vivido con nosotros varios meses porque tenía una pierna herida y mamá lo había cuidado. Varias veces a la semana lo visitaban Vuska, Yehuda y Poldek, y hablábamos en voz baja para que Marcel no nos oyera. A Zigo le habían disparado en la rodilla durante una pelea con los nazis y tenía que permanecer escondido. Con ellos cuatro, yo era el quinto de la célula clandestina de Akiva. Mi trabajo consistía en falsificar papeles y sellos oficiales. Obviamente habíamos sido traicionados y la policía venía a llevarme para siempre. Quería decirle a Marcel que la tarea de vengar a su heroico hermano le correspondería a él.

Pero antes de que pudiera revelar el secreto en aquella tensa atmósfera, resultó que el honor de la visita se debía a un asunto completamente diferente.

—Ustedes solían tener un cartel sobre artes gráficas en la ventana. ¿Está vivo el responsable?

La voz no era desagradable, pero mamá dudaba entre el sí y el no porque temía que fuese una trampa. Al final, tras unos segundos que parecieron una eternidad, se atrevió a decir:

—Sí, ¿por qué?

Mi corazón palpitaba, e imaginé que el de mamá también.

—Szepesy, el gerente del departamento, está buscando un artista gráfico. Dígale que empaquete sus cosas y que mañana se presente en el Secretariado.

Sin molestarse en decir adiós, el policía se fue una vez cumplida su misión. Tras esta interrupción, esa noche no pudimos

pegar ojo ni dejar de especular en voz alta.

—¿Qué podrá ser? —preguntaba papá como si fuera capaz de entender la mentalidad alemana.

—Tal vez te hayan denunciado por cometer un error en un cartel —dijo Marcel, tratando de asustarme—. Será uno de tus clientes del «terminé, entregué y no cobré».

—Creo que es una buena señal —dijo mamá—. Conseguirás un trabajo en la oficina de empleo y tendrás *protekzia* ilimitada con un buen sueldo y montones de comida. Allí todo el mundo obtiene una barra entera de pan para comer en casa. Tengo la impresión de que hoy será un buen día, porque tuve un sueño.

Como siempre, intentaba ver lo bueno de las cosas mientras yo me preocupaba: no podían pedirme algo de lo que era incapaz.

—Cuando hables con el gerente de la oficina, ofrécele persianas a mitad de precio. Te daré una comisión —bromeaba Marcel.

Tal vez estuviera reavivando su sentido empresarial.

A Iziu se le ocurrió otra sugerencia:

—Si estás sobrecargado de trabajo, diles que yo te podría ayudar a cortar las cartas y a arreglar los papeles.

Las profecías, sugerencias y conjeturas llenaron la noche. Por la mañana, reuní mis materiales. La mitad estaban en parte o completamente inservibles: los pinceles medio calvos pegados entre sí con cola seca; los compases torcidos; Marcel había usado mis rotuladores para marcar los puntos donde había que colocar tornillos y me los encontré mezclados con los alicates, el martillo roto y un galimatías de clavos y tornillos; Iziu había usado mis lápices de colores para jugar. Unas cuantas plumillas todavía estaban en buenas condiciones, así como unos cuantos tubos de acuarela, una goma, medio bote de tinta negra y el tablero de dibujo mohoso había usado sin éxito para hacer un pastel de infames remolachas.

Llegué a mi cita a las siete en punto, esperando ser el primero de la fila. Pero, ¡ay!, la oficina ya estaba funcionando a todo gas. Fuera, grupos de trabajadores esclavos llenaban una hilera de camiones. Cada mañana, los equipos de trabajo eran enviados a campos y hospitales militares para limpiar baños, recoger montones de ropa infestada de pulgas para espulgar, limpiar suelos, construir vías férreas, transportar materiales para las instalaciones de construcción y realizar otras tareas por el estilo.

Las normas nazis estipulaban que cada judío titular de una *Kennkarte* y de un pase de salida debía dedicar un día a la semana

a trabajos forzados si quería continuar vivo. Sin embargo, los que tenían medios para contratar a un sustituto que trabajara en su lugar durante doce horas a cambio de golpes, sopa y de vez en cuando una rebanada de pan, lo podían hacer.

Mientras me acercaba a la oficina de empleo, fui asediado por todos los flancos por sustitutos que se ofrecían a ir en mi lugar:

—Señor, hoy toca ir a las canteras. Eso no es para usted. Simplemente entrégueme su *Kennkarte* y yo lo arreglo todo.

Uno de ellos me agarró de la camisa en su afán por salvarme y porfió:

—¿Me dejará ir en su lugar? Mire, Hans, el Ángel de la Muerte, viene por algunos hombres, y resulta que yo le conozco. Al cabrón le encanta estrangular judíos. Deme su *Kennkarte*. Puede pagarme cuando la devuelva con los sellos oficiales.

—Muchas gracias. Tengo una invitación para hablar con el gerente sobre un trabajo especial —dije señalando mi caja de herramientas y el tablero de dibujo.

Esto los hizo sospechar y se alejaron con miedo en los ojos, como si yo estuviera infectado por alguna peligrosa enfermedad.

La secretaria del gerente me esperaba. Sólo me preguntó si podía trazar letras góticas y mapas. Tal y como me había dicho mi madre, respondí a cada pregunta con un *Jawohl*, «sí, señor». Si me equivocaba, siempre podría disculparme y, en todo caso, no tenía nada que perder. La secretaria me dio dos papelitos y me dijo:

—Éste es para un permiso de salida del gueto. El otro es un volante para la policía alemana de fuera del muro, donde te pondrán a trabajar.

En la comisaría, el jefe de policía me soltó una larga perorata que apenas entendí. Cada vez que hacía una pausa, yo me cuadraba y decía: « *Jawohl.*» Tras el ceremonial de presentación, me dieron unas cuantas carpetas de cartulina sobre las que debía copiar las inscripciones de una lista. Cuando me puse a trabajar, apenas podía evitar que me temblaran las manos y me afanaba por mantener firme la pluma. La tinta del bote era demasiado espesa y la goma estaba un poco sucia. El jefe llamó a su ayudante y ambos dijeron: « *Alles in Ordnung*» —está bien—. Me alojaron en un cuarto pequeño al lado del váter en el que, a juzgar por las marcas del suelo, antes había una bañera. Estaba equipado con una silla y una mesa repleta de archivos que yo tenía que rotular con títulos y números.

Hacia la noche, el ayudante del jefe entró para examinar mi trabajo y, con un gesto repentino y furtivo, se sacó del bolsillo un paquete envuelto en papel de periódico. Lo dejó en una esquina de la mesa y me indicó que era para mí, pero que tenía que esconderlo rápidamente para que nadie lo viera. Cuando lo abrí camino de casa apenas podía creer lo que veía. Parecía el desayuno del oficial, consistente en cuatro rebanadas de pan con abundante mantequilla y llenas de un queso gordo y amarillo. Tuve que resistir las ansias de saborear al menos unos cuantos mendrugos, de deleitarme con el sabor que ya sólo existía en mi memoria. Corrí a casa tan rápido como pude para no sucumbir a la tentación.

Mi familia me recibió como a un héroe conquistador que regresa del frente. Tuve que repetir mi relato resumido de los acontecimientos del día una y otra vez, desde el principio hasta el final. Después de la escasa cena, coloqué el paquete sobre la mesa

y lo desenvolví poco a poco. La luz de las velas reveló el raro tesoro del pan con queso y mantequilla, que dividí en porciones iguales. Lo comimos haciendo mucho ruido con la lengua, masticando cada mordisco muchas veces. Después comenzamos a recordar lo que solíamos comer antes de la guerra. Mamá me recordó que antes odiaba la ternera guisada, reprendió a Marcel por el asco que le daba la sopa de tomate y a Iziu por negarse a comer pastel de ciruelas. Papá siempre se quejaba de que la sopa estaba demasiado salada y de que la carne no estaba suficientemente tierna.

—Hoy os comportaríais de forma diferente, ¿verdad?

Bueno, los buenos tiempos pueden volver, y habréis aprendido a ser menos quisquillosos, ya veréis —concluyó.

Cuando acabé de decorar los archivos policiales con sus títulos, una tarea vital para el esfuerzo bélico, comencé a hacer cartelitos para las puertas indicando las funciones de todas las dependencias del edificio y prestando especial atención a la importancia del cargo de quien ocupaba cada despacho. Ponía, por ejemplo: «Primer Oficial en Jefe» en la primera línea, nombre y rango en la segunda y las horas de visita en la tercera. Tampoco olvidaba el borde rojo, cuyo grosor disminuía con el tamaño de la letra.

Después de trabajar como artista gráfico la semana entera, veía un poco de luz en el horizonte. Es cierto que no me pagaban, porque los alemanes no valoraban en absoluto ni siquiera el trabajo más cualificado de los prescindibles judíos, pero cada día traía a casa algo que comer gracias al bondadoso subjefe. Era un hombre raro y nunca conseguí saber nada de él. Cuando mi salvoconducto caducó, redactó personalmente para mí un permiso de trabajo válido para un año entero. En aquellos momentos me hacía gracia que él pensara que la guerra duraría tanto, pero con su permiso pude obtener una *Kennkarte*... aunque tuvieron que pasar otros cuatro años para que la guerra terminase.

Habiendo conseguido la legalización, coloqué un cartelito en nuestra puerta, escrito en mi mejor letra gótica. Decía: «JOSEF BAU, ARTISTA GRÁFICO EMPLEADO DE LA POLICÍA ALEMANA.» Tenía derecho a la ración de comida oficial, y mi temor a ser deportado como residente ilegal era cosa del pasado. Marcel se las arregló para conseguir su tarjeta salvavidas de forma similar. Ya que su hermano era un empleado de la policía alemana y no era capaz de continuar reparando las persianas, se vio obligado a hacerlo todo contando tan sólo con la honorable compañía de sí mismo, lo cual le hizo acreedor de un permiso de trabajo y de una

tarjeta de identidad.

En efecto, comenzaron a circular rumores de que las autoridades se habían vuelto generosas a la hora de expedir las tarjetas, al punto de aceptar a refugiados de otros guetos, a ancianos y enfermos, y a desempleados. Aquella proliferación de *Kennkarten* amarillas no era buena señal.

Josef Bau
beschäftigt als Graphiker bei
Deutscher Polizei

Un día, el subjefe entró en mi cuarto. En vez del acostumbrado paquete de comida, desplegó sobre la mesa un mapa del gueto y sus alrededores. El muro estaba marcado con un borde negro y, fuera de él, habían escrito unos números dentro de extraños círculos, cuadrados y triángulos. Me preguntó si podía ampliar cuatro veces el tamaño del mapa y entregar diez copias al día siguiente a mediodía. Acepté con la condición de llevarme el trabajo a casa, donde tenía un tablero mayor y un marco para hacer las copias. Tendría que trabajar toda la noche y toda la mañana siguiente para cumplir el plazo.

—Éste es un documento muy confidencial —me dijo—, pero ya que no tienes tiempo, te permitiré sacarlo del complejo policial. Sin embargo, ¡nadie puede verlo! ¿Comprendes?

Cuando llegué a casa pronto, papá se alarmó hasta que le conté lo del trabajo secreto que tenía que entregar al mediodía del día siguiente. Por la noche, mamá llegó en un estado de gran agotamiento de su nuevo trabajo en el almacén de propiedades judías confiscadas:

—¡Felicidades! —me dijo tras hacer una pausa para recobrar el aliento—. ¡Estoy tan contenta de verte trabajar en tu tablero de nuevo! Ojalá sea un buen augurio.

¿Es un trabajo importante?

Le aseguré que era muy importante porque era para la policía, aunque no había dinero de por medio.

—El dinero no lo es todo; estar ocupado es bueno —me dijo, parándose para ver el mapa. De pronto, vi el temor de sus ojos.

—Dime, ¿te han explicado por qué el encargo era tan urgente? Corren todo tipo de historias sobre que algo se está cociendo —concluyó con voz temblorosa.

—Mamá, ¿por qué siempre algo se está cociendo? —Estaba cansado de sus predicciones catastrofistas, pero de alguna forma el virus que había liberado también había despertado mis sospechas —. ¿De verdad que esperas problemas? —susurré con ansiedad.

Mi mente se disparó: visualizaba a agentes armados de las SS tomando posiciones en los lugares marcados por los círculos, cuadrados y triángulos numerados.

—Esperemos que sea una falsa alarma —dijo para despejar mis temores—. Mira, he tenido la suerte de conseguir una barra de pan fresco para mí sola y otra con tu cartilla de racionamiento y la de Marcel. Si Dios quiere, las cosas se arreglarán por sí mismas.

Puso las barras sobre la mesa, tosió para aclararse la garganta y se sentó pesadamente en la cama para hablar de algunos asuntos con papá en voz muy queda.

El aroma de pan fresco se extendió por el cuarto y se me hizo la boca agua, distrayéndome del importantísimo mapa. Mis sentidos se embriagaron por el olor tentador. El fin del plazo se acercaba, pero era incapaz de concentrarme en el dibujo. Mamá, viendo mi ansiedad, me cortó una gruesa rebanada. El tono marrón del pan me recordó las tartas de chocolate rellenas de frutos secos y mermelada que solíamos hornear para el *Sabbath* antes de la guerra. También había pasteles con pasas y nata montada que terminaba pringándome la nariz y la barbilla. Eran mis favoritos, pero su aroma nunca había sido tan rico como el del agrio pan negro que se me pegaba a las manos y los dientes.

Marcel e Iziu regresaron a casa cansados y sucios tras terminar la última persiana.

—Bendita sea la hora —dijo mamá, golpeando tres veces la mesa de madera para repeler a los malos espíritus.

—Mañana me llevaré un gran saco para traer a casa el dinero. Esta vez será «terminado, entregado y pagado».

Al decir esto, Marcel me miró para ver si reaccionaba.

—Lo siento —le dije—, tengo que trabajar todo el día en un encargo especial, así que no puedo ir contigo. Tendrá que esperar un día más.

—Bueno, hemos esperado meses, así que un día más no cambia

nada. El Señor Jefe prometió pagarlo todo, el papel, los materiales y el trabajo, de golpe. Vamos a ganar una fortuna. Será más dinero del que hayáis visto en la vida. Por cierto, mi permiso de trabajo caducó ayer, pero prometió renovármelo por un mes más en caso de que las persianas precisen mantenimiento. Mamá, dame tu bendición habitual y todo nos irá bien.

—Que con la ayuda de Dios siempre estés bendecido por el éxito —respondió mamá.

Después se puso a realizar maravillas con la materia orgánica disponible. Por arte de birlibirloque, preparó un plato indescriptible: demasiado espeso para ser sopa, demasiado aguado para ser un plato principal. Hecho de cebada, patatas, remolacha y otros productos más o menos comestibles, sólo le faltaban la grasa y las especias. Sirvió para hincharnos la tripa y despistarla, así después no nos importunaría con demasiadas exigencias. Le tocaba a Marcel lavar los platos, lo que hizo mientras cantaba al estilo *hasid* una oda a la comida que acabábamos de tomar: «No muy nutritiva, escasa de vitaminas y de calorías, apenas llena; pero una cosa es cierta, es un placer fregar después. Ni cepillo ni agua caliente son necesarios, un enjuague con agua fría basta y no hay que preocuparse por las manchas de grasa.» Cuando todos se habían ido a la cama, trabajé toda la noche mientras cuatro velas derramaban lágrimas de cera por mí. Mamá hablaba en sueños, gritando en alemán, rogando, suplicando y llorando. Papá no pudo dormirse y daba vueltas en la cama. Se levantó varias veces a beber agua, rascándose las picaduras de las chinches, quejándose de ardor de estómago por la mala comida y sin parar de preguntarme cuándo terminaría.

Marcel dormía el sueño de los justos, sonriendo sin duda por el mogollón de dinero que traería a casa.

A la luz de los primeros rayos de sol copié los mapas, y el olor del amoníaco que usaba para los grabados despertó las cucarachas que se habían quedado dormidas después de buscar en vano comida. A las diez de la mañana entregué las diez copias, pero con las prisas olvidé el original en casa. El subjefe quedó encantado con mi trabajo y aceptó esperar hasta la tarde para que le devolviera el original, advirtiéndome de que no dejara que nadie lo viera:

—Has trabajado un montón de horas, así que puedes irte a casa y dormir un poco. Esto es para ti —dijo, poniendo un paquete sobre la mesa.

Mientras me miraba, su rostro se llenó de tristeza y

preocupación.

De vuelta en casa, estaba a punto de probar el pastel y la salchicha que me había dado cuando un sonoro golpe en la puerta me devolvió a la realidad. Un policía judío entró y gritó en alemán:

—¿Dónde está el delineante?

Muerto de miedo, confesé ser yo mismo y le pregunte si pasaba algo malo.

—¡Szepesy, el jefe de la oficina de empleo, te quiere allí de inmediato! —ladró, y después se fue con prisas.

El guardia habitual de la verja había sido reemplazado por un policía polaco, lo cual no era buena señal. Le dije que el gerente me había llamado. Me dejó entrar y cerró la verja. Me preguntaba con aprensión qué diablos podían estar planeando. Los empleados de la gran oficina del piso principal trabajaban frenéticamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté a uno que conocía.

Me respondió susurrando:

—Están cambiando todo el método de archivos. Nos han ordenado que hagamos una lista de todos los judíos por los apellidos en vez de por el lugar de trabajo, como hasta ahora.

Le pregunté si eso significaba que algo se estaba cociendo, y respondió afirmativamente.

—Y entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer?

—Lo sabrás pronto; el gerente vendrá y te lo dirá.

Recordé el permiso de trabajo caducado de Marcel. Deprisa, le escribí una nota: «Marcel, debes ir corriendo a renovar tu permiso, porque mañana puede que sea demasiado tarde. La situación es crítica. Joseph.» Doblé el papel esperando que algún transeúnte de los que pasaban por la calle lo recogiera y lo llevara a casa.

Justo en aquel momento, una mano peluda dentro de una manga verde de las SS, que debía haberme estado vigilando, me arrancó la nota cuando estaba a punto de tirarla por la ventana. Impulsado por dos brutales patadas en el trasero y un rudo empujón, llegué a trompicones hasta la oficina del gerente, y allí descubrí que había sido capturado por el mismísimo Wilhelm Kunde, el dueño y señor del gueto y el principal enemigo de los judíos. En el habla del gueto, su nombre era sinónimo de muerte. Su sola mención evocaba terror de masas e histeria, de modo que la gente se refería a él como *él*. Los supersticiosos escupían después a izquierda y derecha.

Y en aquel momento lo tenía delante de mí, con mi nota en las manos y el rostro rojo de ira.

—¿Qué es esto? —me gritó.

Consciente de lo que me esperaba, me resigné a mi suerte. Sólo esperaba no terminar mis días en una carnicería.

Kunde sacó la pistola y Szepesy, el gerente de la oficina, saltó de la silla, me abofeteó varias veces y gritó:

—Sal de aquí, chalado maníaco.

Me agarró del cinturón, me arrojó fuera de la habitación y cerró la puerta detrás de mí. Mi apurada huida de la muerte terminó con un salto mortal y un aterrizaje doloroso bajo la mesa llena de cajas de archivos.

—¿Qué te pasa? —susurró alguien a mi lado—. ¿Acaso no sabes que está prohibido informar de la deportación hasta el toque de queda de esta noche?

Cuando al tercer intento conseguí ponerme en pie, los asustados empleados se apartaron de mí como si pudiera contagiarles una enfermedad temible. Alcancé un rincón de la habitación deseando que el suelo se abriera y me tragara, o que el techo se cayera y me sepultara entre los escombros. Ahí de pie, perdí la noción del tiempo y me quedé atontado. Los administrativos habían apagado las luces y cubierto las ventanas con persianas negras cuando un policía polaco entró y, en respuesta a su pregunta, los empleados me señalaron. Me indicó que le siguiera. Mientras los oficinistas me miraban con compasión, dispuestos a rezar una oración por mí, todo lo que pude hacer fue encogerme de hombros con indiferencia.

Szepesy, Kunde y otros dos oficiales de las SS esperaban fuera y abrieron la marcha conmigo detrás y el policía polaco cerrando el grupo. Mucha gente se apartaba a nuestro paso y se escondía en portales y callejones, pero los que se quedaban observaban la infausta procesión conmigo en el centro con los ojos como platos y boquiabiertos.

Estaba seguro de que los cabrones me llevaban a la plaza principal para una ejecución pública. Sólo de pensarlo el corazón se me ponía en la garganta. Al menos *él* no había terminado conmigo en privado, en la oficina; tenía una oportunidad de enardecer a todo el gueto con mi muerte. Traté de componer mi último grito. ¿Debía alzar mis ojos al cielo y recitar el eterno *«Shmah Israel»*, o gritar: «¡Por Dios y la patria!»? ¿O simplemente debía exclamar: «¡Hijos de puta, ya os llegará el turno a

vosotros!»? Todo eso antes de que me descerrajasen un tiro en el cráneo. Era cuanto podía hacer, pero ¿sería capaz incluso el mayor de los héroes de inventarse algo mejor?

Antes de que pudiera decidir sobre mi ascenso a los cielos, el cuarteto que lideraba el desfile entró en un edificio con un gran vestíbulo abierto. El guardia me pinchó con la pistola para que siguiera. En el vestíbulo había varias mesas, tres a cada lado y una al fondo. Mientras Kunde desenrollaba una hoja de papel sobre una de ellas, vi que sostenía uno de los mapas que yo había dibujado. El edificio en el que nos encontrábamos estaba marcado con el número uno dentro de un círculo. Los oficiales estudiaron el gráfico y, tras un período de deliberación, parecieron tomar una decisión. *Él* me silbó de una forma que sólo podía significar: «Ven aquí, perro judío.» Me llevó por las mesas y me ladró:

—Aquí escribe: «De la A a la C.» Aquí: «De la D a la F.» Así hasta el final del alfabeto.

Como no tenía lápiz ni otro papel que mi *Kennkarte,* marqué en ella las letras con las uñas.

Fuera, el gueto hervía de rumores sobre la deportación. Las conjeturas sobre los horrores venideros se extendían por las calles y viajaban de casa en casa, haciendo ceder salvajemente las puertas de la razón. Rumores exagerados se fueron difundiendo de bocas temblorosas a oídos excitados hasta el momento de la confirmación oficial. Todo el mundo había sabido de mi marcha vespertina por las calles en compañía de la elite de las SS, pero ahora a la historia le habían salido alas y cuernos y fue inflada más allá de toda medida y adornada por los gustos particulares de cada hablante. Cuando llegué a casa y escuché los detalles imaginarios de mi reunión con Kunde, estaba seguro de que hablaban de otra persona, de alguien que había conducido al déspota por las calles del gueto y le había dado órdenes. Nuestro cuarto se convirtió en la sede de un gran líder, un maestro de las relaciones públicas. Extraños y personas que nunca se habían dignado cruzar una palabra conmigo se sentaban en nuestra cama y en nuestras cuatro sillas buscando mi *protekzia*, pidiendo que interviniese ante Kunde en su nombre. Me llovieron honores inmerecidos y se dirigían a mí con un respeto un tanto insincero.

A pesar de la estrictísima prohibición, todo el mundo estudiaba el mapa secreto de la mesa y se convertía en experto en el significado de los signos. El ruido de la habitación se hizo insoportable, ya que todo el mundo hablaba al mismo tiempo. Movían las velas sin parar y derramaban cera, dejando sus huellas

en ella.

—Por favor, sólo dígale a Kunde...

—Cuando hable con Kunde...

—Seguro que le podrá decir a Kunde...

Esforzándose por provocar mi compasión, todos intentaban hablar más alto que los demás.

—Caballeros, ¿qué pasa con Kunde? ¿Qué les hace pensar que puedo hablar con él, o que tengo alguna relación con él? Tengo suerte de estar vivo después de que me apuntase con su pistola.

Traté en vano de contarles la verdad, pero rehusaron bajarme del pedestal al que me habían subido erróneamente.

Quién sabe cómo habría terminado todo si no hubiésemos oído el ladrido de unas órdenes en el exterior:

—¡Dispersaos de inmediato, bastardos! ¡Abrid paso, malditos perros! Dos policías judíos entraron blandiendo sus armas:

látigos, botas para dar puntapiés, puños para golpear y bocas sucias para insultar.

—Todos fuera —ordenaron—. ¿Qué buscáis aquí, cochinas putas?

Una vez despejada la habitación, uno de ellos se volvió a mí para anunciar que el señor Gutter, el jefe del Consejo de la Comunidad, estaba allí para hablar conmigo. Sus palabras adquirieron un tono glorioso cuando el dignatario entró en nuestro triste domicilio vestido con gran esplendor: llevaba uniforme de terciopelo con botones relucientes y un brazalete de terciopelo rojo con su ilustre título bordado en hilo de oro. También el señor Gutter sentía curiosidad por mis relaciones con Kunde y el tipo de encargo que me había asignado. Le conté toda la historia y le mostré el mapa y mi *Kennkarte*, sobre la que había arañado las instrucciones.

—Éstas son las letras que tengo que tener listas para mañana —dije.

Gutter me urgió a usar su despacho, en el edificio de la policía judía, donde había buena luz y más espacio para dibujar los símbolos:

—Un policía vendrá mañana para acompañarte. Lleva contigo las cosas que necesites y, si te falta algo, me lo pides.

Dicho esto salió pavoneándose, seguido de su guardia de honor y dos policías. Toda la escena había sido observada por algunos curiosos con las orejas pegadas a las ventanas y los rostros ensombrecidos por una triste desesperación. Tras la grandiosa visita de David Gutter, el ilustre líder de la comunidad (que su recuerdo se borre), nadie se atrevió a molestarme más: yo ya estaba a otro nivel.

Pasaron una, dos horas, sin que nadie viniera a buscarme. Como último recurso, reuní unas cuantas hojas de papel blanco y mi caja y comencé a caminar hacia la sede de la policía en medio de la oscuridad más absoluta. De repente, oí un ruido, como el aleteo de un pájaro. Me pregunté qué tipo de ave vuela de noche y si había nidos en el gueto. Luego el sonido zumbó más cerca, pero cuando miré a mi alrededor no vi que nada volara.

Cuando entré en la oficina del jefe de guardia, todo el mundo

me miró con gesto de sorpresa.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿No has pasado miedo? Están disparando por todas partes. El gueto está totalmente rodeado y mañana es el gran día. Ya tenemos las órdenes.

Esta revelación me desveló el auténtico significado de los vuelos de pájaro nocturno.

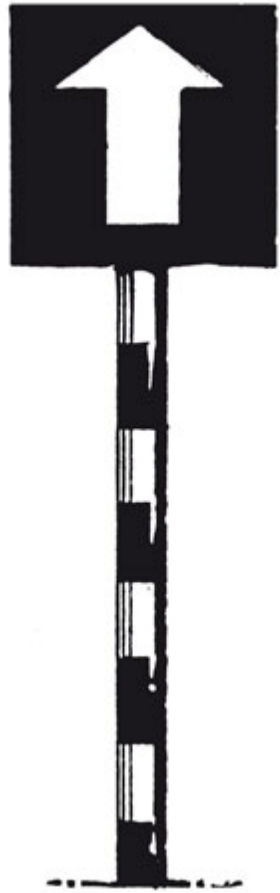
—He venido para dibujar unos signos para Kunde —dije de forma un tanto arrogante, intentando causar impresión.

Fue un gesto innecesario, ya que Gutter les había hablado de mí. Uno de los policías me ayudó amablemente con mi carga y otro despejó cuidadosamente una mesa, mientras que un tercer agente se disculpaba por todos ellos:

—Íbamos a ir a buscarlo pero temíamos jugarnos la vida ahí fuera. Bueno, ha llegado solo y de una pieza, pero por favor no se lo cuente a Gutter... ni a Kunde.

Me puse a trabajar con rabia. Ser consciente de nuestra grave situación me espoleaba aunque estuviera completamente exhausto. Era mi segunda noche seguida sin dormir. Mis peores temores se hacían realidad.

Caí en un estado de semiinconsciencia en el que sueño y realidad se fundían. Veía las letras que había trazado salir del papel y escalar las paredes para luego desparramarse por la habitación, que después se disolvía convertida en un líquido dulzón. Tenía la extraña sensación de que mi contacto con este mundo cruel, con las absurdidades del gueto y con los signos que auguraban las calamidades venideras sólo era una pesadilla. Me vi tumbado en la cama de nuestra casa de antes de la guerra, esperando que la alarma del despertador me sacase del sueño para ir al colegio... pero no sonaba. Después de entretenerme así durante lo que me pareció una hora entera, me levanté y abrí la ventana para respirar un poco de aire fresco, pero la atmósfera cargada y los olores de la noche previa a la «acción» me bloquearon los pulmones. Traté de refrescarme la cara con agua del grifo, pero salía tibia, pegajosa... y roja.



Aunque la modorra me podía, regresé a la mesa y continué el trabajo. La cabeza me estallaba y, mientras me la sostenía con las manos manchadas de pintura, me vi de nuevo en nuestro antiguo piso. Era una mañana soleada. Una cartera llena de cuadernos de deberes y libros de texto forrados me esperaba sobre una silla. El aroma a café recién hecho y a bollos calientes me invitaba a ir al comedor para tomar el desayuno.

—Mamá, mamá, he tenido un sueño terrible. Estábamos encerrados en el gueto. ¿Sabes lo que es eso? Es una cosa del pasado, imposible en la actualidad. Pero soñé que estaba sucediendo. Judíos, miles de judíos, de pie en una plaza, rodeados de soldados que les disparaban. Había montones y montones de cadáveres, ríos de sangre...

y un terrible llanto salía de ellos y ululaba en el aire.

Mamá, temo que el sueño se haga realidad.

Entonces mi madre apoyaba una mano en mi hombro y decía

con voz viril:

—Pero tienes que terminar la tarea. Casi ha amanecido. ¿Qué me dices a eso?

Era uno de los policías quien me lo decía y me sacudía un hombro:

—Tienes un montón de trabajo y te quedas dormido, ¿eh?

A las seis de la mañana, de camino hacia el centro de la «acción», la sala de las siete mesas, pasé por casa, les enseñé los siete carteles que había hecho y les pedí la *Kennkarten*.

—Espero conseguir algo de *protekzia*. Por lo menos conseguiré franjas azules para todas vuestras tarjetas —dije convencido, como para confirmar que las historias de mi relación con Kunde algo de cierto tenían.

En la sala todo estaba preparado. Los hombres de las SS estaban sentados detrás de las mesas y los policías judíos permanecían de pie a su lado mientras Kunde daba las últimas órdenes. Después ayudó a colgar los carteles. Fue entonces cuando la ingeniosa maquinaria concebida para machacar a los judíos se puso en marcha a todo gas.

Yo era el primero de la cola; me situé ante un animal de las SS en la fila del cartel «A-C». Cuando le entregué mi *Kennkarte*, Kunde le susurró algo al oído. Pensé que el jefe debía de estar contándole que yo era el hombre que había pasado la noche en vela para dibujar aquellos bonitos rótulos, así que mi familia y yo nos merecíamos la *Blauscheinen* [franja azul]. No obstante, parecía que la confidencia iba justo en la dirección opuesta; en vez de colocar las cruciales bandas azules, la mano gorda que sostenía nuestras tarjetas las tiró a un cajón y señaló la puerta.

La persona que estaba detrás de mí me apartó y ocupó mi sitio. Entonces, el policía judío me dio una patada en el trasero y me gritó:

—Muévete, bastardo, tú te vas. Lárgate de aquí.

Antes de que mi mente pudiera comprender mi situación y la de mi familia, otro policía judío me arrastró hasta la puerta y, con ayuda de un alemán, me tiró escaleras abajo, donde un grupo nutrido de las Brigadas Especiales (*Sonderkommando*) aguardaba. Una *Kennkarte* con franja azul permitía a su poseedor salir a la calle, pero cualquiera que no la tuviera pasaba a manos de esta unidad. Todavía no había digerido el significado de mi desgracia cuando los Especiales comenzaron a jugar a la pelota conmigo. El último de la fila me dio un puñetazo en el vientre y llegué al patio

de espaldas, a través de la puerta. Una pareja de agentes de las SS estaba a cargo del patio. Su trabajo era recibir a los que, bien por carecer de permiso de trabajo o porque el régimen nazi ya no necesitaba sus habilidades, suspendían el examen fatal. Por orden del alcalde, esos «vagos» eran deportados a campos de concentración, donde se volvían más productivos. En aquellos días, como dije, aún no sabíamos, o no queríamos saber, que los transportes llevaban directamente a los crematorios. No podíamos creer que los alemanes, conocidos en el mundo ilustrado como los «portadores de la cultura», fueran capaces de planear y llevar a cabo, a sangre fría y sin piedad, la destrucción masiva de seres humanos con métodos industriales, como si fueran chinches, moscas u otra plaga digna de exterminio. En aquellos tiempos, sabíamos bien por nuestra experiencia personal o la de otros judíos que los alemanes podían ser asesinos brutales y sádicos. Sin embargo, ni siquiera en nuestras fantasías más desbocadas podíamos imaginar los hornos especiales para la quema de seres humanos. Antes de la guerra, habíamos oído hablar de crematorios para incinerar los restos mortales de personas que no querían ser enterradas, pero arrear a hombres, mujeres y niños vivos dentro de cámaras de gas y luego quemar los cadáveres... Y que esto se hiciera a diario, que llegaran nuevos cargamentos sin descanso para hacer jabón con la grasa humana y rellenar colchones de cabello humano y extraer el oro de los dientes y vender la ropa de los asesinados... esto superaba la capacidad de comprensión de una mente normal. No. Quienquiera que estuviera difundiendo aquellas macabras historias tenía que ser un demente o un provocador que trataba de iniciar una revuelta que incitara a los alemanes a arrasar el gueto.

Los dos agentes de las SS, cuyo trabajo era custodiar a los candidatos al transporte y organizarlos en hileras perfectas, incluso parecían soldados normales realizando a regañadientes una tarea desagradable. Cuando uno de ellos se sacó uno de mis mapas del bolsillo a fin de explicarle algo a su colega, reuní el valor suficiente para tratar de decirle que yo lo había dibujado. Tal vez... pero cuando iba a salir de la fila, otro miembro de las SS que parecía un ser humano me agarró del pelo, me arrastró hacia el muro y me golpeó la cabeza contra los barrotes de una ventana. Aturdido, caí al suelo, de modo que aquel presunto hombre me dio por muerto y se fue a administrar el mismo tratamiento a otro. Oí disparos, gritos y súplicas. El miedo me dio fuerzas y me las arreglé para reincorporarme a la fila arrastrándome a gatas. De

pronto, como si fuera el toque del *shofar* al final de las plegarias del *Yom Kippur*, una voz tronó: «¡Atención!» La fila de personas que Dios había abandonado y cuyo sino era dejar este mundo en cuestión de horas fue presa del pánico. Nos hicieron avanzar sin que supiéramos por qué ni adónde. Entonces recordé haber dibujado sobre el mapa el número dos dentro de un círculo, en el patio de la fábrica Optima. Salimos por una entrada lateral, rodeados de cerca por un destacamento de miembros de las SS con el dedo en el gatillo de la pistola en busca de un blanco apropiado sobre el que vaciar la recámara. Como era el primero de la fila vi que las aceras se habían llenado de desdichados que se movían lentamente hacia la inquisición. Debían de llenar todas las calles del gueto. Algunos conocidos me lanzaron miradas de ironía compasiva en las que se podía leer: «Nos vemos en el transporte.» Respondí encogiendo los hombros con impotencia.

Me daba por fin cuenta de que mi madre tenía razón cuando había predicho un futuro negro; los alemanes seguían las instrucciones del mapa. El patio de la antigua fábrica Optima de chocolate era deliberadamente grande en previsión de futuras ampliaciones. Ahora que el mundo estaba del revés, el patio se había convertido en el centro de una serie de actividades del mercado negro, para las que el pan era la moneda de cambio. La fábrica de chocolate había quebrado. Los paladares de los conquistados eran menos exigentes y quedaban fácilmente satisfechos con alimentos básicos, independientemente de su sabor. Bastaba con algo que llevarse a la boca. ¿Qué importaban las calorías o las vitaminas? Siendo la alimentación una necesidad, y no un placer, el chocolate no tenía cabida en ella. Por otra parte, el bien más preciado de los nazis era el uniforme militar. Por esa razón, el mercado de Optima, que era acusado de comerciar con el optimismo, tuvo que dedicarse a la distribución del atuendo oficial de los nuevos conquistadores del mundo. Igual que la fábrica Madritsch, mimaba a los caballeros de la esvástica con uniformes que inspiraban miedo y terror, tal y como siguen haciéndolo en mi memoria.

Huelga decir que cuando me arrojaron al patio de Optima, mis pensamientos estaban lejos de recordar la historia del edificio que una vez había alojado la fábrica de chocolate. Mi principal deseo era dormir. No era muy conveniente, pero tras un par de días de trabajo enervante con el estómago vacío, tras los duros golpes y la humillación, anhelaba dormir, aunque fuera unos minutos, incluso de pie. Tan pronto como el guardia gritó «Siéntate», me

desmoroné en el suelo cubierto de hierbajos. Pero mis sueños se negaron a alzar el vuelo, pues habían perdido su poder de tranquilizarme.

El patio se llenó con el flujo de nuevos deportados.

«Guten Appetit!»

Como yo, tampoco mis compañeros de prisión eran conscientes de que los nazis simplemente los estaban despistando con la historia de los campos de trabajo. Al igual que yo, se negaban a creer que ya teníamos una cita en el matadero de Majdanek, que estábamos en una parada hacia nuestro viaje final. Como yo, creían que pasado un tiempo, a lo mejor al final de la guerra, volveríamos a nuestros hogares. A pesar de esto, deseábamos

evitar el transporte por temor instintivo a lo desconocido.

Millones de judíos sabios e inteligentes, cuyas mentes brillantes podían aguantar cualquier situación, pagaron con la vida haberse creído la mayor mentira en los anales de la humanidad. Lo único que cabe decir en su favor es que la verdad era tan absurda, tan imposible, que incluso la historia, que no registra muchas cosas nuevas bajo el sol, no guardaba en sus textos ningún precedente de un hecho de aquella magnitud.

Como millones de otros judíos europeos, también nosotros, en nuestra pequeña porción del Holocausto, sólo unos miles de nosotros, aguardábamos nuestro destino. Cada uno con su propio sufrimiento particular, cada uno intentando encontrar alguna *protekzia*. Nos postramos porque levantarse era punible con la ejecución sumaria sobre la hierba manchada de sangre y la arena. Hombres, mujeres y niños gateaban o se arrastraban sobre la tripa para encontrar un lugar cercano a la verja. El aire estaba cargado de tensión y lleno de los sonidos guturales de gente desesperada buscando una forma de salvarse. Cada cual creía en un milagro personal que lo devolviera a la zona familiar del gueto. Cada cual se ocupaba sólo de sí mismo, sin preocuparse por nadie más.

Por lo que a mí respecta, no tenía planes para el futuro inmediato. Todos los caminos a la salvación estaban cerrados. Mi cerebro estaba vacío de ideas, así que me senté en silencio entre hombres y mujeres con aflicciones semejantes, en cuyos rostros podía ver el reflejo de mis propios temores. En mi ensoñación, una cortina descendía sobre la macabra escena y, cuando se levantaba, el lugar estaba vacío y el ambiente de pogromo desaparecía junto al hedor a sudor y orina y el silbido de las balas. Sentí una extraña indiferencia por los acontecimientos del día. Mamá estaba de pie a mi lado, ofreciéndome un paquete envuelto en uno de los mapas que yo había hecho para la policía.

—Te he traído sopa caliente de remolacha. Debes estar muy hambriento.

—Pero mamá, ¿por qué has estropeado el mapa? Tengo que entregarlo al subjefe mañana a primera hora. ¿Qué va a pasar entonces? ¡Está todo arrugado! ¿Por qué has tenido que envolver la sopa en el mapa? ¿Acaso no había otro papel en la casa?

Traté de salvarlo, pero cuando lo agarré oí una voz llamándome en la distancia: «¡Bau, Bau!» Mamá puso el paquete sobre la hierba y preguntó:

—¿Acaso no oyes que te están llamando? —Aguzó el oído para oír mejor—. Te están llamando; ¿por qué no respondes? ¿Estás

sordo?

La voz se acercaba cada vez más. Quería levantarme y preguntar quién era y para qué llamaba, pero la oreja se me quedó pegada al suelo y el miedo me secó la boca.

—¡Bau... Bau! La voz estaba ahora delante de mí, pero no podía ver a su emisor.

—¿Qué problema tienes? El hombre que te buscaba se ha ido y no has respondido. —Mamá se agachó y comenzó a desenvolver el paquete. Tomó un plato y comenzó a llenarlo con la crema caliente de remolacha. Tendí la mano para tomar la cena, y mamá se acercó—. ¿Qué te pasa, te avergüenzas del nombre de tu padre? —Y entonces vació el contenido del cuenco sobre mi cara.

Me desperté, cubierto de sudor. Una vez más vi la nerviosa muchedumbre a mi alrededor y sentí el calor del sol. El aire estaba lleno de maldiciones y gritos en alemán, balas que silbaban y gritos de mujeres y bebés moribundos. Las almas de los mártires ascendían y organizaban una protesta en el cielo. Dormía, pero nadie me despertó porque había demasiados cadáveres esperando para ser enterrados.

Una vez más, oí la voz llamándome desde el patio:

«¡Bau, Bau!» ¿Soñaba aún? Miré alrededor y reparé en un policía judío que se alejaba caminando, todavía gritando mi nombre. Echando los restos, avancé de rodillas y grité como un loco: «¡Estoy aquí, estoy aquí!» Pasé por encima de los cuerpos, choqué contra otros trepadores que iban en dirección contraria, pisoteé a niños muertos y chillé hasta quedarme ronco: «¡Estoy aquíii!, ¡estoy aquíii!» Me saqué la camisa y comencé a agitarla en el aire. Tenía las rodillas ensangrentadas, pero seguí tras el policía, que había dejado de gritar mi nombre.

—Estoy aquí, señor, estoy aquí, señor.

Unas cuantas balas, aparentemente destinadas a mí, pasaron volando y erraron el blanco, dando a otro. Sin fuerzas, me colgué de las botas del policía cuando lo alcancé.

—Señor, estoy aquí.

Cuando recuperé el aliento, me encontré tumbado sobre la acera, fuera del patio.

Ante mí, una columna de víctimas salía por las puertas de Optima para ser sacrificadas en el altar del odio racial. Los hombres de las SS, sedientos de sangre, gritaron, patearon y dispararon sobre la procesión de judíos en su trayecto final.

El policía me ayudó a incorporarme:

—El señor Gutter lo ha arreglado con las autoridades alemanas para devolver a tu familia todas las *Kennkarten* con sus franjas azules. Tu madre ya ha recogido las otras. Corre a casa, porque están esperándote y es peligroso que estés en la calle. Sostén tu tarjeta para que todos la vean.

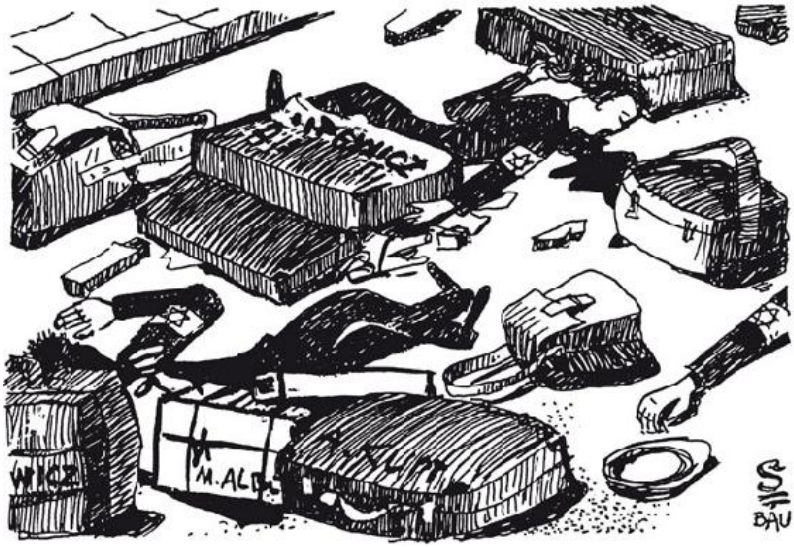
No recuerdo si besé al policía o si le di las gracias con profusión, pero nunca olvidaré el paseo de vuelta a casa. La muerte no había completado su cosecha. Los nazis y sus fieles agentes, la policía judía, registraban cada casa del gueto en busca de gente que careciera de *Kennkarte* y de franja azul. Aquellos a los que atrapaban tenían que empaquetar unas cuantas cosas y correr hacia los transportes, pero los agentes de las SS se aseguraban de que ni los corredores ni su equipaje llegaran a Optima. Los nazis abusaban de cada una de sus víctimas antes de llevarse su alma, que sin duda ya estaba de camino hacia el Creador para formular una protesta formal. Los cuerpos abandonados cubrían el asfalto de sangre, esperando en vano las lágrimas de sus familiares y las plegarias de los muertos. Los bolsos llenos de sus últimos bienes terrenales eran propiedad del Tercer Reich.

Sosteniendo mi *Kennkarte* sobre la cabeza, pasé entre los hombres de las SS y de los policías judíos ocupados en la caza de presas humanas. Proseguí mi camino entre los finados y sus paquetes y entre las balas sibilantes. Sólo cuando estuve en casa y encontré a toda mi familia sentada en la cama, lamentando mi suerte, fui capaz de relajarme.

Según me abalanzaba sobre ellos, hubo un arranque mutuo de alegría. Todos querían tocarme, asegurarse de que estaba realmente vivo. Mamá me abrazó, me miró a los ojos y exclamó:

—¡Todavía no me lo puedo creer! Entonces sus labios comenzaron a recitar una oración. Papá desenrolló las persianas negras y dijo:

—No conviene demostrar tanta felicidad en un día tan lúgubre.



Entonces mamá encendió dos velas, no sabíamos si para iluminar el cuarto o para celebrar nuestra supervivencia.

De pronto, miré mi tablero y vi el mapa que había copiado para la policía; ahí estaba, roto y arrugado, como había estado en mi sueño.

—¿Quién ha roto el mapa? —pregunté.

Mamá respondió como si todavía fuera parte de mi visión:

—Debes de haberte quedado ciego de la felicidad. He intentado decírtelo, pero no me oyes.

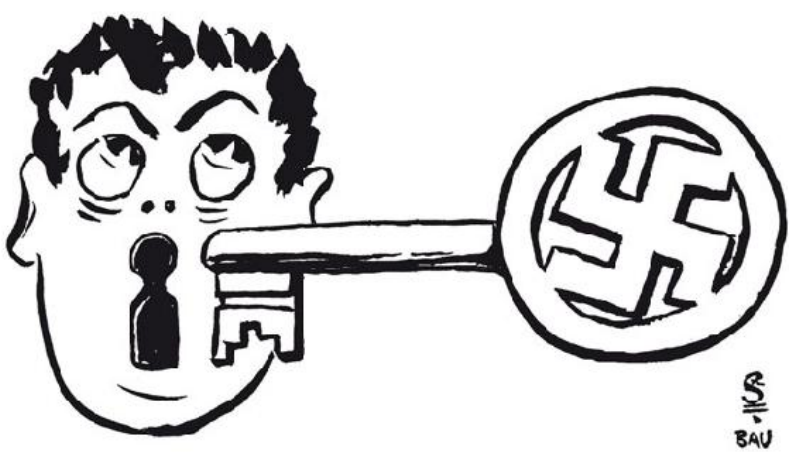
Cuando por fin nos calmamos, me contó con detalle todos los acontecimientos de esa jornada histórica. Los amigos habían venido a contarles la terrible noticia de mi detención, pero sin *Kennkarte* no podían salir del apartamento. Ser interceptado en la calle indocumentado significaba una muerte segura. Mi familia estaba atrapada. Alguien incluso sugirió que hicieran el equipaje y se unieran a los transportes. Como último recurso, a mamá se le ocurrió una gran idea. Tomó el mapa, decorado tal y como estaba con los símbolos de la Alemania nazi, y trató de tentar la suerte con la esperanza de que aquel documento abriera todas las puertas. Todo lo que tenía que decir era que su hijo lo había diseñado y los oficiales encargados de la expulsión de los judíos acudirían en su ayuda. Sin embargo, resultó que el mapa no hizo mella en la mentalidad de los nazis. Decepcionada, regresó a casa doblando y desdoblando el mapa, que tan poco útil había demostrado ser. Por casualidad se encontró a Gutter y, en su desesperación, le recordó su antigua oferta de ayuda. Le explicó

toda la situación y el jefe del Consejo Judío, que normalmente no brillaba por su amabilidad, tomó el mapa y fue con ella a la oficina de las autoridades alemanas, donde la petición de mi madre fue atendida. Pobre, cansado y herido mapa, ¡tú nos salvaste! A la mañana siguiente, Marcel fue a la Madritsch a recoger el dinero, pero regresó inmediatamente: el Señor Gerente había sido llevado al transporte. Resulta que sólo fingía ser el director. En realidad era un intermediario que lidiaba con los auténticos jefes. Marcel se enteró de que había recibido el dinero hacía mucho, y sus informadores estaban sorprendidos de que se lo hubiera quedado todo para él.

—Bueno, no hay nada que podamos hacer —nos dijo Marcel—. El maldito gerente se llevó el dinero y los malditos alemanes se lo han llevado a *él*. —Entonces arrancó el anuncio de las persianas de la ventana.

Yo le reñí:

—¿Significa que ahora te ha pasado a ti? «Terminé, entregué y...» —... y no me pagaron —reconoció Marcel. Luego añadió—: No desesperéis, mañana comenzaremos a trabajar en un nuevo invento. Montones de personas están siendo trasladadas al campo de trabajo de Plaszow y sólo se les permite llevar consigo una manta y una almohada... Tengo una gran idea: es posible sacar parte del relleno de la almohada y, mediante un pespunte especial, convertirla en edredón. Me pondré a hacer el anuncio ahora mismo. Mientras, puedes quitar tus tintas y pinceles y el mapa del tablero de dibujo y despejarlo. En pocos días la gente estará haciendo cola para encargar los edredones ultramodernos.



UNA ODA AL PAN

Como pago por una jornada de tortura
harina endurecida en una barra de cemento.
¡Contempla la barra!
Ocho vientres vacíos de ojos ávidos
se reparten el premio
en ocho porciones iguales,
sin dejar ni una miga.
¡Contempla al ídolo!
A él dirigimos
nuestros más fervientes pensamientos,
desde detrás de esta triple capa
de muros y poderosas barreras
de alambres de espino electrificados.

Y yo, uno de los ochos que comparten la barra,
dueño agradecido de una rebanada untada de recuerdos
de abundancia y plenitud (que descansen en paz),
me doy golpes en el pecho y te imploro:
perdona mis ofensas pasadas, pronunciadas tan alocadamente
en tiempos de opulencia.
Olvida mis injustas palabras contra el pan antes del diluvio,
cuando les decía: «Más pesado que el plomo,
seco como la madera, insípido, pesado de digerir.»
¡Acusaciones falsas todas ellas!
Perdona, amable pan,
mis herejías contra el pan sagrado
proferidas contra los estantes de la tienda,
cuando mi lengua ignorante decía:
«La masa está medio cruda, no está fresca, es poco apetitosa.»

A todas las barras de pan de trigo, de centeno,
untadas con mantequilla o mermelada,
que fueron despreciadas, rechazadas, olvidadas
hasta que los insultos las secaron
o las hicieron esconderse bajo la piel del moho

para ser arrojadas al cubo de la basura,
yo les digo:

Amable pan, perdónanos, a mí y a otros millones de hambrientos,
cuyos estómagos vacíos confiesan avergonzados sus pecados.

Los moradores del gueto calculamos el grado de sufrimiento y tortura que nos esperaba y llegamos a la conclusión equivocada de que la cruel inventiva de los alemanes se había agotado. Inocentemente, pensamos que no podrían idear métodos más sádicos y sofisticados de infligir sufrimiento y que ningún ser humano era capaz de soportar golpes más grandes ni más duros. Estábamos convencidos de que una mayor dureza mataría a las víctimas o las volvería locas. Sin embargo, estas ilusiones se hicieron añicos enseguida. Infravaloramos no sólo el talento de los alemanes, sino nuestra propia resistencia y nuestra capacidad de aguantar la tortura, que excedió incluso los cálculos de nuestros amos.

Comparada con las condiciones predominantes en los campos de concentración, nuestra vida en el gueto había sido un nido de lujo generoso. Al menos nuestro aspecto externo era normal; nos vestíamos de modo corriente, aunque no exactamente a la última moda, y vivíamos en habitaciones que, aunque no fueran muy cómodas, ofrecían condiciones bastante razonables. Ocupábamos unidades familiares, aunque de tamaño reducido debido a la guerra. En otras palabras, conservábamos un cierto grado de

humanidad. No se podía decir que disfrutáramos de derechos individuales y de seguridad o que pudiéramos alcanzar un nivel de vida propio del siglo XX. No obstante, todavía nos las arreglábamos para sobrevivir entre las «acciones» y los asesinatos indiscriminados. Tener una llave en el bolsillo era un símbolo de mínima privacidad.

En los campos nos convertimos en el blanco fácil de todas las perversiones bárbaras de las bestias sedientas de sangre. Allí todos éramos uno de tantos; trabajábamos, dormíamos y comíamos juntos. También nos lavábamos, desvestíamos, usábamos el retrete y copulábamos delante de extraños. Y al mismo tiempo cada uno de nosotros permanecía como una unidad única y solitaria dentro de la masa.

En el gueto poseíamos control sobre el suministro de agua; teníamos relojes que decían la hora y calendarios que marcaban las estaciones. Los periódicos alemanes, si eran leídos entre líneas, traían noticias del mundo, y la gente que trabajaba más allá de los muros nos ponía al día acerca de los asuntos locales. Sin embargo, en el campo el sonido de la trompeta reemplazó al del reloj, y sólo el color del cielo y otros signos de la naturaleza nos ayudaban a determinar grosso modo los meses y las estaciones del año. Como consecuencia, es prácticamente imposible determinar con precisión la fecha y la hora de los acontecimientos importantes.

En general, describíamos el tiempo informalmente diciendo cosas como «pasó hace algún tiempo», «una noche», «durante el día», «antes de la asamblea de la mañana (*Appell*)», «durante la asamblea de la noche». También añadíamos la estación: ocurrió durante nuestro primer/segundo/tercer verano... en invierno/ primavera/ otoño...

Durante el primer otoño, una noche los alemanes anunciaron que quedaba prohibido abandonar los barracones, desvestirse o dormir. La orden iba acompañada por la advertencia habitual: «Los infractores serán ejecutados de forma inmediata.» Obviamente, algo estaba a punto de ocurrir, y los rumores comenzaron a extenderse. Los «testigos presenciales» difundían «informes auténticos» de fuentes fidedignas: los nazis estaban retirándose en todos los frentes; sus líneas de defensa habían sido rotas por los primeros ataques de las fuerzas aliadas; todos los campos cercanos a las líneas del frente habían sido liberados y miles de personas habían recuperado la libertad... Los rusos avanzaban rápidamente y su objetivo principal eran los campos de concentración para liberar a los presos torturados... En las zonas

que habían conquistado distribuían millones de barras de pan para alimentar a los hambrientos... Los británicos habían abierto un segundo frente y los prisioneros de los campos habían sido movilizados para ejecutar a los alemanes capturados, uno por uno...

Rommel había sido derrotado en África y los franceses avanzaban a las órdenes de De Gaulle hacia Italia... Los americanos habían arrasado todas las ciudades alemanas; Berlín había sido barrida del mapa... Mussolini había huido y pedía asilo a los rusos... Hitler se había rendido incondicionalmente... La bandera blanca ondeaba en todos los edificios oficiales alemanes.

Los autores de estos informes optimistas añadían como conclusión que «nuestros» alemanes estaban muy nerviosos y probablemente correrían de vuelta a su país a medianoche porque les daba vergüenza que los viéramos huir... Así era; por fin la guerra terminaba y, si todo iba bien, seríamos libres antes del amanecer.

Miré por la ventana y vi los focos de vigilancia barriendo el campo como si nada ocurriera. Lentamente peinaban el terreno contiguo a las alambradas de espino, y a su luz vi grupos de soldados haciendo la ronda con perros. Bueno, obviamente las noticias no les habían llegado aún. El tráfico en la carretera alrededor del campo era el mismo de siempre —unos cuantos vehículos circulaban tranquilamente en cada sentido—. Ni un solo convoy de fuerzas militares, nada emocionante.

Todo aquello era muy sospechoso. Una por una, las luces se apagaron en las casas libres más allá del muro. Las ranas croaban una oración a la luna sonriente y alguien tocaba con la harmónica una versión distorsionada de una canción popular. No había signos de ningún acontecimiento inusual que confirmara los rumores. De vez en cuando, oíamos voces roncas, el sonido de las botas de punta de hierro y disparos al azar. Era muy extraño. ¿Era posible que no todos hubieran oído las noticias? ¿Éramos nosotros los primeros en enterarnos? Tal vez los mismos alemanes estuvieran haciendo correr los rumores para tener una excusa para barrer el campo esa misma noche.

Antes, y debido al nerviosismo, había comido una ración nocturna de pan con mantequilla mayor que la acostumbrada. Debía de ser medianoche y otra vez sentía los pinchazos del hambre y la sed. Traté de encontrar agua, pero los otros presos agitaban sus botellas vacías en el aire. Se habían bebido hasta la última gota del sucio líquido que había reposado en cuatro cubos

durante meses, y la esquina donde estaba el equipo contra incendios se había convertido en un retrete, una sucursal local de las letrinas del campo.

Un sentimiento de incertidumbre iba ensombreciendo los augurios optimistas, y el miedo recuperó su lugar habitual. Todo el mundo caminaba impaciente, hablando en tono excitado y vigilando la entrada. El más viejo del barracón estaba apostado en la puerta, látigo en mano, con ojos iracundos. Para cualquier pregunta tenía sólo una respuesta: «Déjame en paz. Yo también tengo sed y necesito ir al servicio. ¿Quieres que te peguen un tiro en la cabeza? Si es así, puedes salir.» Y si alguien lo intentaba era recompensado con una patada en el trasero y una infame maldición. Después tenía que ponerse a la cola del rincón contra incendios.

En el barracón de al lado también tenían el mismo miedo a lo desconocido. También allí la gente se paseaba para evitar que el agotamiento y la imposibilidad de dormir los metiera en líos. Su viejo tampoco rehusaba usar el látigo. Su paso asustado y sus juegos de adivinanzas sobre las intenciones de los alemanes eran tan fútiles como los nuestros.

Al amanecer, un agente de las SS irrumpió en nuestro barracón y acabó con las especulaciones. Llevaba un uniforme nuevo, flamante, las botas lustrosas y la gorra decorada con una calavera y dos tibias cruzadas. Blandía un látigo y una pistola. «En fila, vosotros, ¡apestosos judíos!», bramó.

No sabía dónde se suponía que debía colocarme, ya que todo el mundo corría presa del pánico. De repente, el pasillo entre las literas, que normalmente era estrecho incluso para una persona, fue lo suficientemente ancho como para que cupieran dos hileras. Para aumentar el caos, los hombres bajaban sin parar de los pisos superiores. Alguien me agarró por los hombros y me empujó hacia delante; otro me agarró por la garganta y gritó: «Atrás, atrás, déjame pasar.» De repente, una cabeza afeitada surgió entre nosotros desde abajo y una mano comenzó a tocarme la cara. No tenía espacio para mover el brazo y defenderme.

Sonó un disparo, seguido de un grito desgarrador, que nos hizo volvernos, como electrizados, en la misma dirección. Con las prisas pisé a alguien, que gimió, y mis pies se trabaron en unos harapos. Por un segundo perdí el equilibrio, pero seguí corriendo con los demás, sin piedad, sin respeto por nadie, sin saber adónde. Bajo una lluvia de disparos, nos las arreglamos para formar de a uno en los pasillos. El de las SS gritaba fuera de sí: «¡Malditos

perros! ¡Cochinos judíos!» Cerca de mí había un individuo pálido, con los ojos desorbitados de miedo, que intentaba subirse los pantalones, aunque sólo atinaba a meter ambas piernas en una pernera mientras murmuraba: «No me ha dejado terminar de cagar. ¿Qué puedo hacer? No me ha dejado terminar...» En la confusión, no nos dimos cuenta de que dos hombres llegaban con un cubo de pintura roja que colocaron al lado del primer elemento de la fila. Después comenzaron a pintarlo desde ambos lados con sus brochas.

Le pintaron charreteras en los hombros, después líneas alrededor del ombligo y a lo largo de los brazos y, sobre el pecho, su número de preso y la estrella de David. Los pantalones fueron marcados con las franjas que suelen llevar los generales, mientras que sobre las rodillas trazaron unas bandas anchas. Los pintores trabajaban rápido, sin pronunciar palabra ni prestar atención al cuerpo que había dentro de la ropa. El agente de las SS observaba de pie con las piernas abiertas, moviendo el mango del látigo al ritmo de sus rugidos: «¡Uno dos, uno dos, uno dos!» Cuando terminaron de embadurnar al hombre con rayas de cebra, el nazi le propinó una rápida patada que lo lanzó volando a la otra punta del barracón.

Los pintores eran generosos y no reparaban en la limpieza. Una vez terminada la tarea, recogían el cubo y se iban al siguiente barracón para hacer lo mismo a sus ocupantes. Tenía las manos y el cuello manchados de rojo, y sentía cómo aquel pringue rojizo y oloroso y pringoso me penetraba en la piel, se me metía en el cuerpo y se mezclaba con mi sangre.

Cuando el nazi pasó por el rincón del equipo antiincendios, se paró, se cubrió la nariz con la mano y emitió un terrible aullido. Luego agarró a los cuatro hombres más cercanos por el cuello de la camisa y les ordenó que vaciaran los cubos en las letrinas del edificio. Regresaron una hora después con los mismos cubos llenos del agua negra conocida en la jerga del campo como café. Los sedientos alzaron los cubos como si fueran tazones gigantes y se tragaron el líquido. Los cuatro portadores gritaron asqueados: «¡Cerdos! No bebáis ese cochino café, ¿acaso no lo oléis?» Después le contaron al viejo del barracón y a cualquiera dispuesto a escuchar cómo habían vaciado los cubos en las letrinas, aunque no habían podido lavarlos porque el agua estaba cortada. Gracias a un enchufe habían pedido agua en la cocina para aclarar los cubos, pero todo lo que habían conseguido había sido café sin hervir. Como no tenían dónde tirarlo, lo habían traído de vuelta al

rincón dentro de los cubos.

Yo fui uno de los primeros en ahogar mi sed con la bebida, a grandes tragos y conteniendo la respiración, con la cara hundida en el cubo. Así evitaba mirarlo mucho tiempo e inhalar el hedor. Mientras tanto, otros tiraban de los cubos en direcciones opuestas. Sentí el líquido asqueroso goteando por el cuello y el pecho y hasta los pantalones. Cuando tuve suficiente y saqué la cabeza del cubo, dos más se apretujaron dentro. Según me limpiaba el rostro con la manga, noté que algo afilado me arañaba la piel. Para mi sorpresa, era la pintura roja, que para entonces se había secado.

El sonido de la trompeta anunciaba el inicio del día de trabajo. Los senderos lúgubres se llenaban de hombres cansados que habían pasado una noche tensa y sin dormir. Desde entonces fuimos marcados con franjas rojas que nos alejaron aún más de nuestra otrora apariencia humana.

En el patio central o plaza de llamada (*Appellplatz*) me topé con mi hermano Marcel, que trabajaba en el taller de tapicería. Me sonrió misteriosamente y me susurró al oído:

—¿Quieres ver algo gracioso? Ven conmigo.

Sin esperar respuesta, me empujó dentro de un círculo de luz que provenía de una ventana, metió las manos en el bolsillo y sacó tripa.

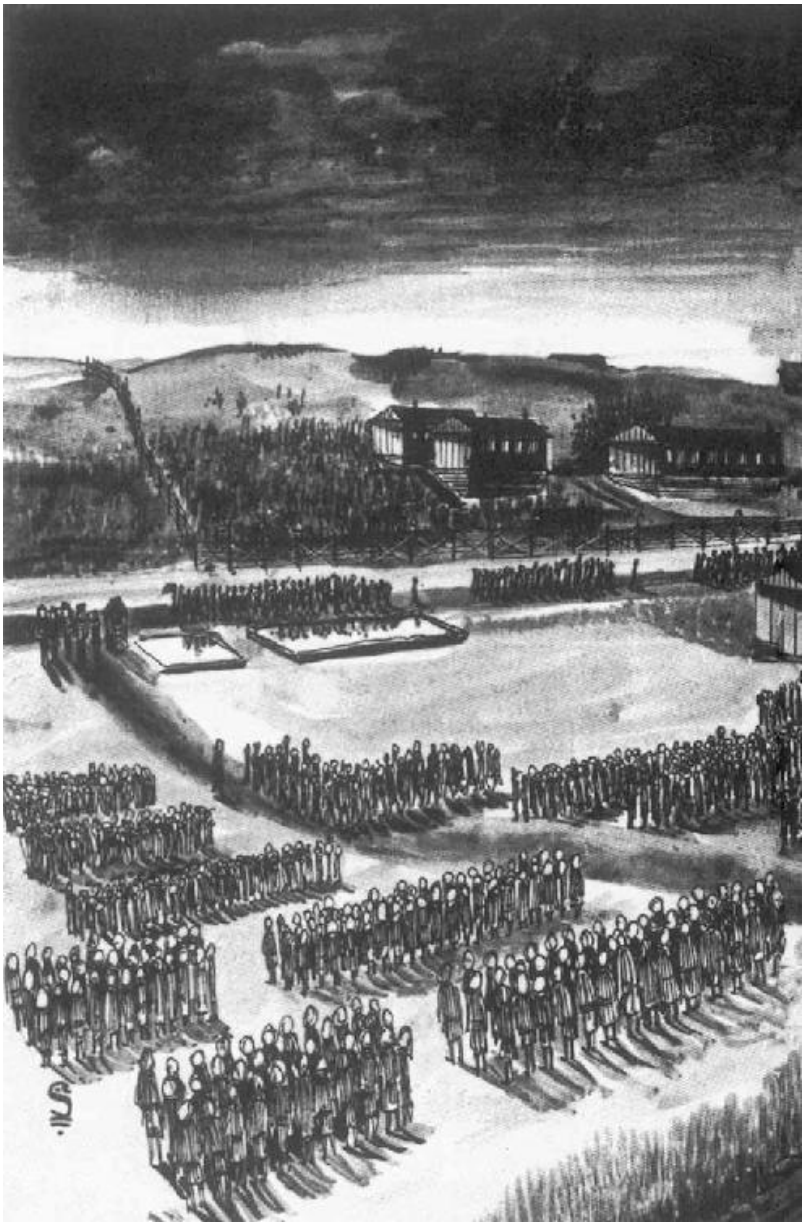
—Mira, ¡los he engañado! Entonces me mostró su nueva creación: había empapado su ropa en tinte rojo, de modo que las franjas casi no se veían. Me dijo que hiciera lo mismo, pero me negué.

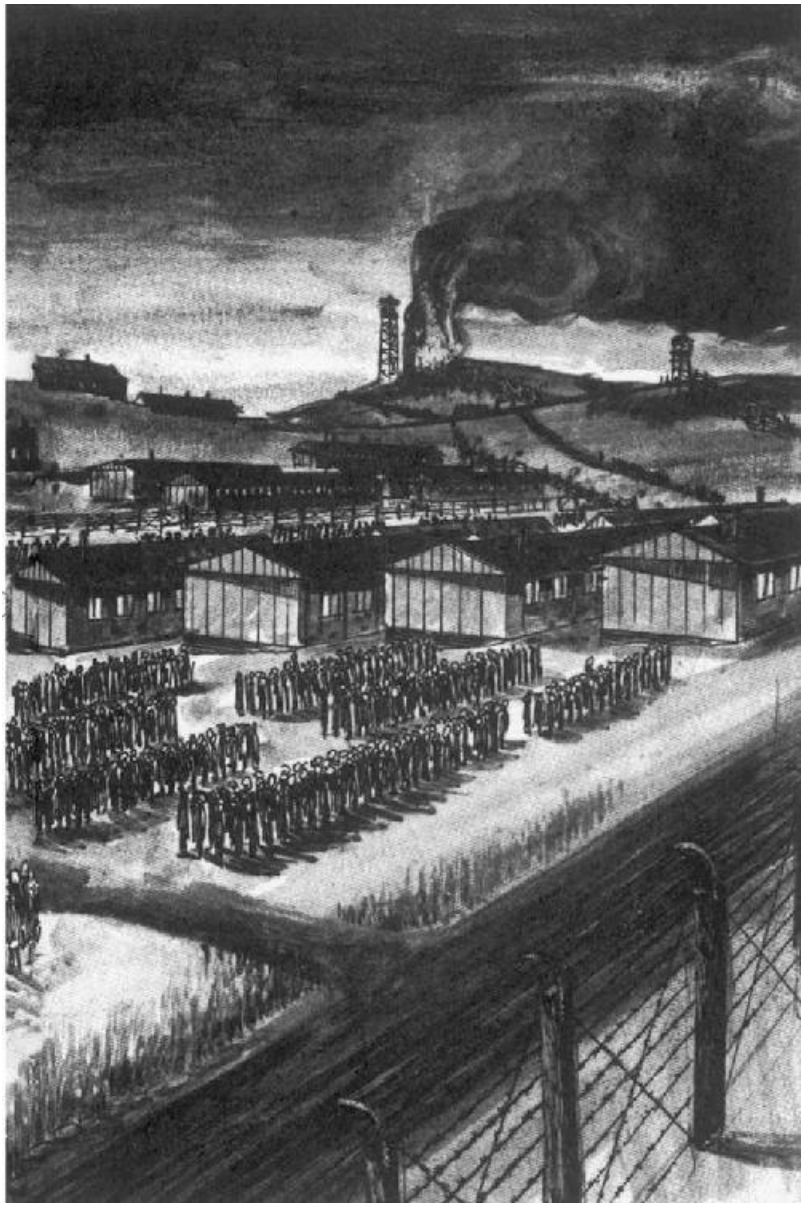
El sol tardó en salir, y cuando lo hizo estaba medio dormido, como si no tuviera ganas de comenzar un nuevo día. Unas nubes pesadas se cernían sobre el campo, haciendo difícil que incluso las más ardientes plegarias alcanzasen el cielo. Tiempo frío y húmedo; teníamos los zuecos de madera llenos de barro, que también se pegaba a nuestra indumentaria recién decorada, llenaba las mesas de trabajo y las paredes, oscurecía la vista, invadía nuestros pensamientos y ahogaba nuestras esperanzas. En una mañana así, uno se volvía indiferente al medio.

Como todas las «buenas» noticias del pasado, cualquier signo optimista que pudiéramos haber considerado la noche anterior brillaba por su ausencia de un modo inexcusable. Y por lo que parecía seguiría ausente en el futuro.

Normalmente, en ese espacio lúgubre y afligido, rodeado de alambre de espino por cortesía de los alemanes, sólo los augurios

más funestos de los pesimistas compulsivos tenían posibilidad de hacerse negra realidad. La guerra, que proseguía, exigía nuevas víctimas cada día. Temíamos que, cuando llegara la paz, no quedara nadie con vida para disfrutar de ella. Nuestro entorno más cercano proporcionaba pocos ánimos, y tampoco la radio clandestina daba indicios de que el mundo libre fuera consciente de la degradación de nuestra vida, ni de los muertos o de las fábricas de la muerte dirigidas por los nazis. Ni siquiera había signos de que el Señor del Universo estuviera informado del desprecio mostrado a Su Excelencia. El sentimiento de impotencia, de haber sido arrojados a los perros, sofocaba cualquier atrevimiento ambicioso, congelaba cualquier plan heroico antes de que cuajara y creaba una indiferencia general por nuestro porvenir en manos de los opresores.





Mi trabajo consistía en trazar mapas para la oficina de construcciones. El trabajo no era físicamente exigente, pero aun así era posible caer en acto de servicio en cualquier momento. Tenía las mismas probabilidades de recibir veinte azotes en las nalgas que uno en la cara o una bala para curar un dolor de cabeza, o todo junto. Los castigos no tenían razón aparente; eran simplemente una forma de entretenimiento nazi. La ocasión para recibir un pasaporte al otro mundo se presentaba cientos de veces al día.

Los alemanes, especialmente cuando hacía aquel tiempo tan duro, solían enviarnos a trabajar fuera del campo en tareas especiales tales como arrastrar piedras, apilar madera y cavar tumbas. Ese día tuve la suerte de ser asignado al despacho de un oficial de las SS, situado justo al otro lado de la verja. Tenía que pintar este tipo de letreros: ¡TODAS LAS RUEDAS GIRAN HACIA LA VICTORIA! ¡EL JUDÍO ES NUESTRO ENEMIGO! ¡JUDÍOS, PIOJOS, TIFUS, PLAGA! Aun así, estaba en una habitación cálida y cómoda, sentado en una silla normal y trabajando en una mesa normal. Gradualmente, comencé a sentirme más humano, lo cual me dio esperanzas de un futuro mejor. Caí en un estado de ensoñación.

Era el dueño de una oficina de reclutamiento y todos me trataban con respeto. Decía «Adiós, compañeros», y salía porque me apetecía. ¿Adónde iba? A un restaurante para comer y comer. La grasa me caía por la barbilla. Comía... y comía... y comía...

Después, durante este festín imaginario, miraba por la ventana. En la cima de una colina, frente a mí, estaba el cementerio judío de Plaszow, enmarcado por el paisaje. Veía hombres ocupados en hacer pedazos las lápidas. Reconocí a uno de ellos, vestido con un traje rojo y de pie, apoyado perezosamente sobre su mazo: era Marcel.

Pedí al alemán encargado que me diera un pase para ir al almacén por papel. Con la ayuda de aquel salvoconducto sellado con el águila negra, crucé todas las puertas y entré en la zona del antiguo cementerio. Marcel, todavía descansando sobre el mazo, me dijo sonriente que todos los tapiceros habían sido enviados ese día a romper lápidas para convertirlas en grava con la que pavimentar las calles del campo.

—Mira cómo los hijos profanan el lugar de eterno descanso de sus padres. ¿Crees que las almas que abandonaron sus huesos secos bajo estas piedras machacadas se molestarán en formalizar una queja ante el Todopoderoso? Estás esperando una intervención milagrosa de arriba, ¿verdad? —Diciendo esto, pateó un trozo de mármol blanco, lo recogió y leyó la inscripción mirándome con desprecio—. Toma, llévatelo de recuerdo, como premio por tus fieles servicios al señor Hitler.

En el fragmento de lápida dedicada a alguien llamado tal vez Grossbau o Sternbaum sólo quedaban las letras de nuestro apellido: BAU.

Tras un momento de silencio, Marcel sonrió de nuevo, esforzándose por suavizar sus palabras. Tomó mi mano y la puso

sobre sus pantalones rojos.

—¿Lo notas? He engañado a esos superhombres. Encontré cinco copas de oro escondidas en los monumentos. Se llevaron cuatro, pero me las arreglé para conservar una. Vale una fortuna; ¡seremos ricos otra vez!

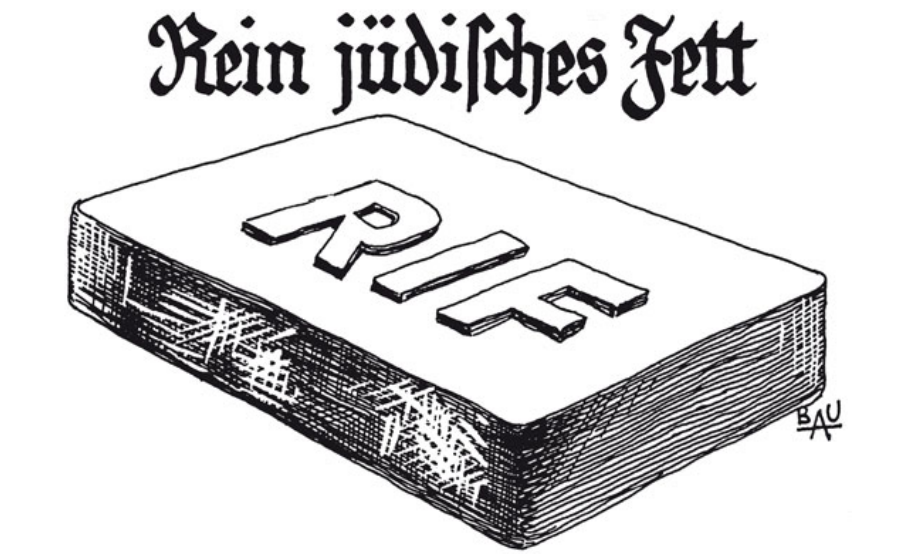
No sin dificultad me recobré de la impresión y dije:

—Marcel, creo que sería mejor que entregaras la copa a los alemanes. ¿Por qué buscarse problemas? Además, he venido a

decirte que tu ropa roja llama la atención, destacas de los demás y, si no trabajas, te pegarán un tiro en la cabeza.

Por toda respuesta, Marcel sonrió una vez más y se trazó unos círculos en la frente.

—¿Qué? ¿Trabajar yo para los alemanes? ¡Ya sabes que ése no es mi estilo! Regresé a mis eslóganes. Aún veía a la gente en la colina, destrozando lápidas para hacer grava para los caminos. El sonido de los maceros resonaba en mis oídos a un ritmo irregular. Ya no distinguía a Marcel entre los trabajadores.



La noche llegó para terminar otro día de sufrimiento. Un humo denso que olía a carne quemada flotaba sobre los barracones y anunciaba que ésa era la última noche para el último muerto del campo. Se iban en forma de humo blanco que subía rápidamente, agitaban la mano en señal de despedida y contemplaban con pena a todos los que se quedaban atrás. Después bailaban alegremente celebrando su nueva libertad antes de desintegrarse en el aire.

Seguí haciendo carteles, ignorando el texto y la intención. Muerto de hambre, esperaba ansioso la llegada de la hora de nuestra ración diaria. En aquellos tiempos era un kilo de pan para seis personas y un paquete de margarina para doce. Con Marcel, planeaba visitar a mamá, que trabajaba fuera del campo y, de vez en cuando, nos traía algo bueno de comer, como patatas hervidas con la piel, mendrugos de pan y remolachas blancas. Deseaba sentarme en su litera y oír las últimas noticias —siempre tenía buenas nuevas—. Hacía poco tiempo que me había prometido que

pronto tendríamos paz y libertad y que regresaríamos a nuestro piso y comeríamos grasa, jugosas chuletas y otras carnes. Habría una barra de pan entera para cada uno, sin que tuviéramos que preocuparnos del mañana... Escéptico, traté de imaginar qué aspecto tendría ella con un vestido pintado con franjas rojas, a la última moda.

Un golpe en la puerta interrumpió mis meditaciones.

Entró un *Kapo* judío con su bonito uniforme y sus botas brillantes, látigo en mano.

—¿Sabes dónde puedo encontrar cuerda? —preguntó.

Hablaba con la educación que requería mi lugar de trabajo temporal.

—Me han dicho que había un rollo de soga en este cuarto. ¿Sabes dónde está?

—Es la primera vez que estoy aquí, pero te ayudaré a buscar.

Abrí el armario, saqué unos cajones y me puse de rodillas para registrar, pero no encontré nada.

—¿Para qué es la cuerda? —pregunté mientras buscaba en vano en el fondo de otro armario.

El *Kapo* comenzó a perder la paciencia.

—¿Acaso eres sordo? Va a haber un ahorcamiento esta noche en el Patio de Armas. Todo está preparado y se supone que comienza dentro de un cuarto de hora, pero de pronto me he dado cuenta de que no tengo soga.

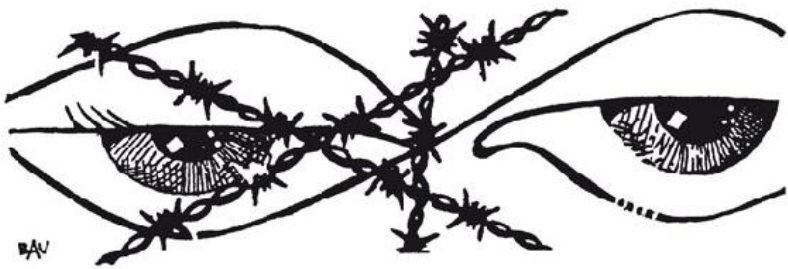
—He estado trabajando aquí todo el día y nadie me ha dicho nada. —De pie sobre una silla, buscaba con las manos entre dos cajas, encima del armario—. ¿Sabes quién es el desgraciado?

—Hoy han pillado a un chaval que había robado oro.

—El *Kapo* pensó que si me decía su nombre me daría prisa—. Se me ha olvidado su nombre, empieza por Ba o Bi, algo así.

Me quedé de piedra sobre la silla, con la mano entre las dos cajas. La habitación se oscureció y los muebles comenzaron a girar cada vez más rápido, con un chirrido ascendente. Su voz trató sin éxito de sobreponerse al zumbido de mis oídos. Bajé de la silla como si estuviera intentando espantar una bandada de cuervos negros, símbolo de duda y de indecisión. Me senté pesadamente, con la cabeza hacia delante, los ojos fijos en el rostro del verdugo. Mis brazos ingrávidos se balanceaban de un lado a otro mientras él, como un pez fuera del agua, abría y cerraba la boca. En un instante el mareo se disipó mientras el verdugo abría un cajón de

la mesa. Con un grito triunfal sacó un rollo de cuerda de lino. Al cerrar el cajón de golpe movió dos botellas de tinta que había sobre la mesa. Como una estaba abierta, la tinta roja se derramó y malogró el cartel en el que había estado trabajando. Me quedé pegado a la silla mientras el *Kapo* salía apresuradamente anudando la soga. La tinta roja se esparció por la lámina blanca borrando la palabra « *Juden*» que había escrito justo antes de que el verdugo entrase.



Me quedé sin ideas. Era muy tarde para salvar a mi hermano. Ningún enchufe podría ayudar. Desesperado, le pedí al gerente de la oficina que me eximiera del *Appell*. Le conté lo de la tinta derramada, que significaba que tenía que comenzar el cartel de nuevo, pero que no me llevaría mucho tiempo. Como era normal en estos casos, se puso a gritar acusando a todos los judíos de irresponsabilidad y de poseer una actitud negativa hacia el trabajo. Por fin telefoneó al oficial de guardia y le dijo que el prisionero número 69084 tenía que terminar un encargo muy importante y que no regresaría al campo hasta después de la reunión. Por lo visto el interlocutor aceptó y dijo algo que hizo que el gerente se partiera de risa. Levantó el brazo y terminó la conversación con un *«Heil Hitler»*.

Una trompeta sonó estruendosa en la oscuridad. Un cañón de luz se proyectó sobre la entrada al campo y la barrera se levantó para dejar entrar a los grupos de prisioneros que regresaban de sus talleres. Comenzaron a marchar hacia el Patio de Armas, donde mi hermano tenía que estar esperando, de pie, con su traje rojo, descalzo y sin su sonrisa habitual, en el patíbulo. Tendría las manos atadas con un alambre, los ojos morados y una costra sangrienta en la frente. Seguramente estaría esperando un milagro de última hora, tal vez pensando que yo intercedería ante los alemanes y suplicaría clemencia. Quizás estuviera afinando su ingenio para inventar un plan de huida...

Sentí una opresión terrible en la garganta; tenía las mejillas

arrasadas de lágrimas y un sabor salado en la boca.

—Oh, Marcel, Marcel, así que engañaste a los superhombres. Lo hiciste bien; no podrías haberlo hecho mejor...

Mientras las lágrimas rodaban por mi rostro, las afiladas letras góticas se convirtieron en un revoltijo resbaladizo y tembloroso. Tras otra hora de trabajo extra voluntario, recogí todos los eslóganes, los comparé con el texto original buscando errores y los entregué al oficial de las SS, que me permitió regresar «a casa».

En la verja, informé de que el prisionero número 69084 volvía de su trabajo en la oficina. Los hombres de las SS, con sus gorras adornadas con las tibias y la calavera, me miraron impávidos mientras entraba en la zona de los barracones. Caminé despacio en la oscuridad, con mis zuecos arrastrándose sobre los fragmentos de mármol que esa mañana habían sido transformados en grava de lápida. Me adentré solo en el cementerio destartalado, entre monumentos rotos y embarrados. Estaba solo. Marcel y yo siempre habíamos estado juntos, aunque nos peleáramos de vez en cuando. Tal vez lo hubiera golpeado alguna vez sin razón, quizá lo hubiese insultado a veces... Aquella noche espantosa me golpeé el pecho como expiación mientras el viento parecía recitar el *Kaddish*, la oración de los muertos, sobre las lápidas profanadas. A la luz de la luna, veía el pico de un *talit*, un manto de oración, ondeando sobre el alambre de espino, mientras una lluvia de lágrimas descendía lentamente por mi rostro.

No reparé en que había pasado por el patio y el patíbulo y llegado a los barracones. El ruido y las luces me devolvieron a la realidad. Me pareció que todos me miraban con compasión. Pensé que la gente me evitaba para eludir la obligación de consolarme o responder a mis preguntas. Pasé cabizbajo por los barracones de los hombres y, sin pronunciar una palabra, entré en los de las mujeres. Mamá, que llevaba su pañuelo negro, me dio la bienvenida como siempre. La besé evitando mirarla a los ojos. Se sacó los zuecos embarrados de los pies hinchados, colgó las medias de un clavo y se sentó en la litera. Me contó que su grupo había trabajado mucho fuera del campo y que había regresado tras el toque de formación. Acababa de volver y ni siquiera se las había arreglado para vaciar la bolsa de comida que había traído. Sabía lo que había ocurrido durante la asamblea y se preguntaba por qué Marcel no estaba allí todavía. No le expliqué la relación entre la víctima del día y su hijo.

La vida continuaba como siempre, como si nada hubiese pasado, como si fuese normal que Marcel muriera hoy y que otro

lo hiciera mañana. Hacía dos días habían matado a cinco personas, y el día anterior habían incinerado a todos los enfermos. Había más de veinte mil judíos en el campo, y los asesinos iban con sus armas en ristre. Nadie se acercó a mamá ni a mí, pero era evidente que éramos el centro de atención, ocupábamos el lugar destinado a las familias de los finados.

Mamá sacó media barra de pan de un papel arrugado y comenzó a preparar la cena. Tres rebanadas con margarina, un huevo duro y una rodaja de cebolla aparecieron sobre un mantel de encaje que había visto tiempos mejores:

—Marcel se pondrá muy contento, le encantan los huevos duros —dijo.

La pena me atenazaba como si estuvieran apretándome la garganta con un lazo. Le dije a mamá que no tenía hambre porque había tenido dolor de cabeza todo el día.

—Sólo he venido a verte para darte las buenas noches —mentí.

Salí corriendo tras un beso de despedida, temiendo que los ojos me traicionaran.

Fuera del taller de tapicería, una multitud comerciaba con energía, como en un mercado de verdad. Los vendedores merodeaban con impaciencia. En vez de anunciar sus productos en alto, susurraban: «Cigarrillos... cigarrillos... ¿Quién tiene sacarina? ¿Quién quiere sal... tabaco... tres terrones de azúcar por un cigarrillo?» Uno sostenía un huevo, como si quisiera recordar a la gente su aspecto, y entonaba: «Un huevo duro... un huevo duro...» Me abrí paso a empujones entre los compradores y vendedores ambulantes y entré en el barracón sucio y cargado de humo. El suelo estaba cubierto por una capa de barro; harapos sucios y mojados colgaban entre las camas. Hombres cansados, exhaustos, estaban sentados en las literas de tres pisos como animales enjaulados en el zoo. Buscaba a los amigos de Marcel para que me contaran cómo había sido todo. De pronto, fui abordado por el viejo del barracón:

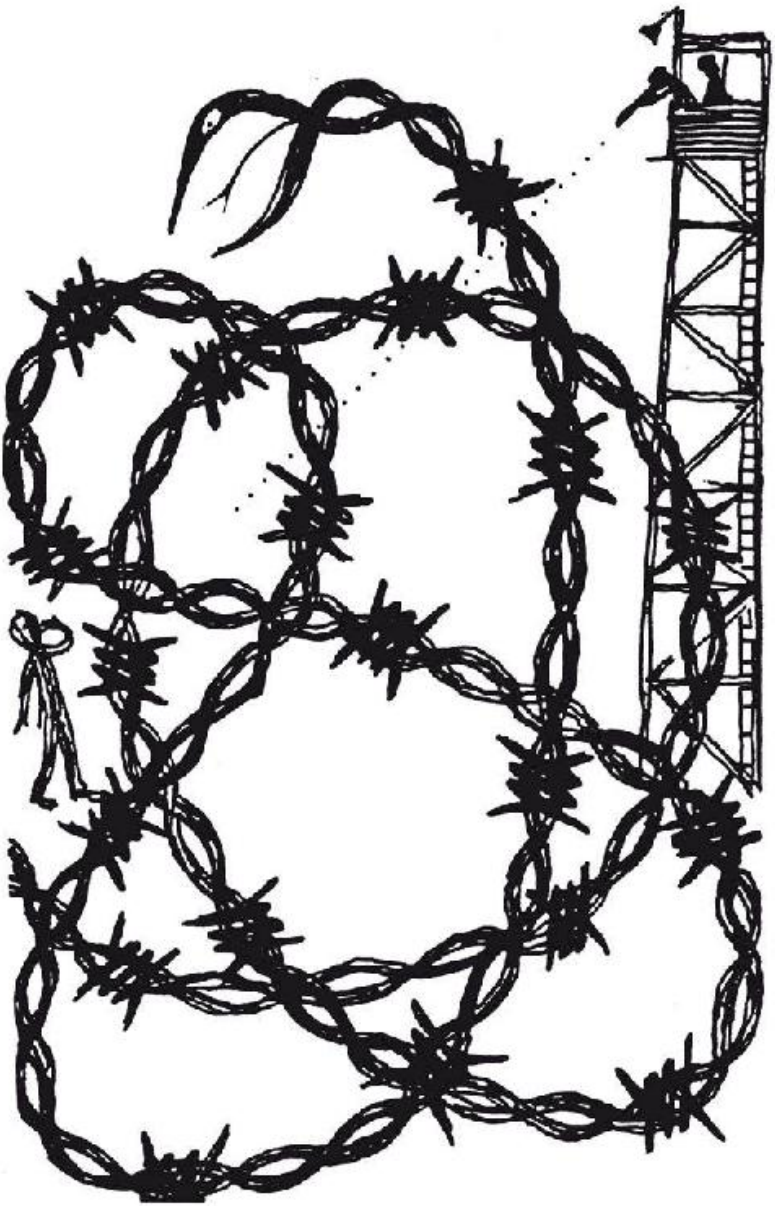
—¿Estás buscando a Marcel? Lo acabo de ver salir para arreglar algo. Espera, volverá enseguida.

Mi universo de escombros sufrió otro temblor. No sabía si había perdido la cabeza o si el hombre se estaba riendo de mí. Pero la prueba viviente de sus palabras me gritó desde lejos, con su traje rojo y su sonrisa sarcástica:

—¿Ves?, ¡engañé a los superhombres! Por suerte no te escuché. ¡He vendido el oro y estoy forrado!

Sacó un fajo de dinero alemán mientras yo lo contemplaba entre asombrado y regocijado.

Cuando regresé a mi barracón, me dijeron que los alemanes habían colgado a un chico llamado Beim. Trabajaba en el almacén de objetos de valor. Durante un registro le habían encontrado un reloj de oro en el bolsillo.



MURO DE LA DESESPERACIÓN

De pie, enraizados, paralizados sobre la negra tierra,
burlándose de nuestro desamparo con una sonrisa dentuda, metálica:

Pilares, pilares abandonados por el sol,
pegados con alambre de espino a nuestros muros de desesperación.
En el silencio de la noche, en la profundidad de la noche
no duermen, esperan emboscados,
con su letal cuchillo en ristre.

Más allá de las alambradas mortíferas,
donde las rachas de viento engendran sollozos,
más allá de las alambradas que gotean óxido de sangre
y afilan sus uñas, borrachos de descargas eléctricas,
la Libertad hace cabriolas...
¡Mírala sacar una rebanada de pan con margarina...
y atiborrarse hasta no dejar ni una miga!

Lejos de la maraña de alambre todavía existe,
o eso dicen, un mundo cuerdo del que nosotros, los destinados a morir
por las balas de los guardias, nada sabemos.
Llevamos la frente marcada con un círculo rojo, para que a los francotiradores les cueste menos dar en el blanco.

Los campos de la muerte fueron una parte fundamental del régimen nazi, desde su misma concepción y hasta su infame caída. Verjas de alambre de espino electrificado, torres de vigilancia olfateando presas humanas, densas nubes de humo que apestaban a carne quemada, un olor que impregnaba los uniformes a rayas de los prisioneros. Nada borrará estas imágenes de la memoria de quienes sobrevivieron a la máquina del Holocausto, diabólicamente concebida y perfectamente ejecutada, creada por Adolf Hitler y Cía.

Para seis millones de judíos, esos años de completa locura se convirtieron en los últimos de su vida; a los pocos que consiguieron sobrevivir, que milagrosamente se las ingeniaron para pasar el alma de contrabando entre las «acciones» y las selecciones, este período devastador les dejó heridas que no han sanado ni sanarán jamás. Ningún acto de expiación alemán ni las vacaciones subvencionadas en un balneario los harán olvidar.

Mis años de juventud fueron el rescate que pagué a la historia por el dudoso privilegio de presenciar y participar en la época más macabra de la historia judía. La época de los campos de concentración es como el escenario de una película de terror dirigida por alguien carente de emociones humanas cuyo propósito es asustar a los espectadores y poner a prueba sus nervios. ¿Cómo puedo convencer a los que no comprenden que estos sorprendentes acontecimientos tuvieron lugar realmente si yo mismo considero que superan la capacidad de comprensión humana? Cuando los alemanes iniciaron la última etapa de su

Solución Final, en el verano de 1942, los judíos ya habían sido confinados en los guetos, despojados de todos sus derechos y propiedades, y les habían lavado el cerebro concienzudamente de cualquier deseo de resistencia. Entonces el Reich les exigió el último pago: sus vidas.

Los nazis eligieron un lugar apropiado para llevar a cabo el genocidio de los judíos de Cracovia: el nuevo cementerio, en Plaszow, situado a las afueras de la ciudad. Al principio profanaron las tumbas y sobre ellas construyeron el primero de muchos barracones y chozas. Allí colocaron un letrero engañoso: CAMPO DE TRABAJO. Tras reunir a los judíos de todos los guetos en la zona del cementerio, desvelaron el auténtico propósito del lugar con otro cartel: CAMPO DE CONCENTRACIÓN.

En los primeros momentos el campo no suscitó recelos. Unas cabañas, una cocina, una panadería, letrinas y talleres no son motivo de pánico. Pero no tardó en resultar obvio que era un prototipo de campo de la muerte, con todos los servicios necesarios para el asesinato masivo. Las instalaciones se ampliaron más allá del cementerio, englobando los campos circundantes y las viviendas situadas en un radio de cuatro kilómetros.

Tras su derrota, y mientras se retiraban en medio de la confusión, los alemanes tuvieron tiempo de borrar del mapa el campo completamente. Quemaron decenas de miles de cadáveres desperdigados y desmantelaron los barracones antes de llevárselos. Más tarde, los polacos erigieron un monumento en aquel histórico lugar, pero aparte del cementerio las tierras expropiadas fueron devueltas a sus antiguos dueños.

A fin de que su existencia no caiga en el olvido, intentaré reconstruir Plaszow a partir de los fragmentos grabados en mi memoria para trazar un modelo de aquel verdadero infierno en la tierra. Se lo debo a los incontables prisioneros del campo, los que murieron allí y los que llevarán su sello en el alma hasta el final de su existencia.

Les haré una visita guiada del modelo. Comenzamos en la puerta principal, que hoy ha sido tapada por una barricada. A la derecha, pueden ver las vías del tren y los edificios de la estación (202 y 203). Las desdichadas víctimas eran transportadas desde aquí a los hornos de Auschwitz o de otros campos, o a trabajar en las fábricas que producían los instrumentos que permitirían que la raza superior conquistase el mundo.

Cuando los *Kapos* —los supervisores judíos designados por los alemanes— encargaban a los cerrajeros la instalación de alambre

de espino en la entrada a los vagones de tren estacionados en las vías, sabíamos que se avecinaba una «acción». Los rumores comenzaban a correr de barracón en barracón, y el temor a nuevas agonías se unía al miedo, que era nuestro alimento habitual. Hacía mucho tiempo que toda esperanza de redención incluso parcial nos había abandonado, pero pensar que pudiéramos ser llevados a un destino extraño e incierto empeoraba las cosas.

Puesto que en el campo no había relojes ni calendarios, el tiempo pasaba lentamente hacia el infinito. A intervalos indefinidos salían trenes de mercancías repletos de carga humana.

Nadie esperaba volver a saber de los desgraciados. Las verjas de alambre de espino cortaban de modo efectivo cualquier comunicación con el mundo exterior. Cuando se supo que los cerrajeros habían comenzado su trabajo, los prisioneros empezaron a hacer planes sobre cómo sobrevivir a la selección anunciada. Cualquier medio para alcanzar este fin estaba justificado. Los jóvenes con canas prematuras se oscurecían el cabello con corcho quemado y otros se enrojecían las mejillas hundidas con la tinta de los envoltorios de achicoria. Los que tenían dinero sobornaban a los criados y a los empleados de los alemanes y escondían los objetos de valor que les quedaban dentro de los orificios más íntimos del cuerpo. Existía un mercado abierto de información o para proporcionar protección contra el mal. Así, los privilegiados susurraban acerca de la existencia de secretos bien guardados y útiles para la supervivencia, pero no había dos versiones iguales. Era patético ver cómo los miembros de familias separadas a la fuerza se alejaban impertérritos, puesto que hacía mucho que se habían quedado sin lágrimas. El aura de incertidumbre proporcionaba un eco adicional a los horrores, que estaban a la orden del día.

Cruzaban la puerta principal, miles y miles en hileras de tres arrastrando los zuecos de madera al compás del monótono «izquierda, izquierda, izquierda» que carraspeaba el *Kapo*. La barrera se alzaba sobre las cabezas afeitadas de los que marchaban, cuyo único crimen era la palabra *Jude* estampada en sus tarjetas de identidad. En el campo se acuñó un amargo eslogan: «Aquí entras por la puerta y sales por la chimenea.» ¡Qué cierto!

Vamos a la cabeza de una versión del siglo XX de la Vía Dolorosa de cuatro kilómetros de longitud, flanqueada a ambos

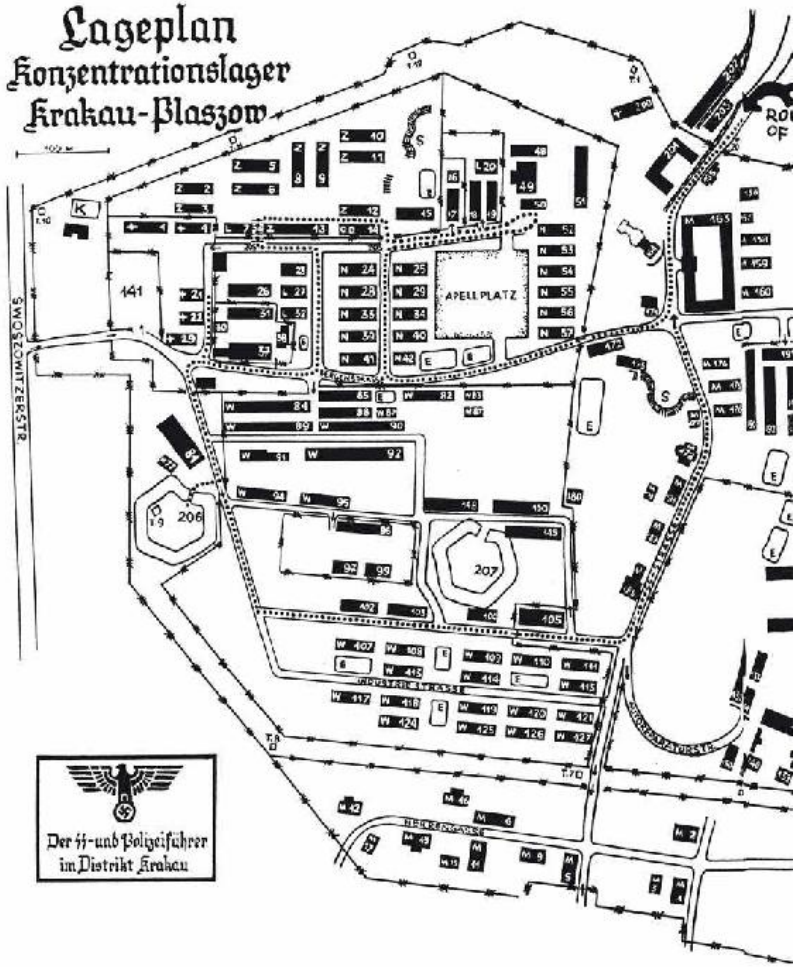
lados por una verja electrificada de tres metros alimentada por cables de alta tensión ensartados entre terminales de porcelana. A lo largo del exterior de ese muro de la muerte hay un conjunto intrincado de espirales de alambre de púas de cinco metros de diámetro. Por encima de todo esto están apostados trece vigías, equipados con metralletas, teléfonos y reflectores de luz giratorios. Estas torres están protegidas por miembros de las SS las veinticuatro horas del día, mientras que perros sueltos, adiestrados para atacar a personas con traje de rayas, deambulan por la zona. Este formidable aparato, diseñado para impedir cualquier intento de fuga, ha sido construido por el trabajo forzado de los presos bajo la supervisión de los alemanes, según planes ya probados en otros campos.

Hoy en día la puerta principal no está vigilada. Nadie hace registros en busca de pan o azúcar escondidos. No hay *Kapos* rugiendo a pleno pulmón: «Veintiún prisioneros del edificio presentes.» Nuestra siguiente parada es el territorio del Ángel de la Muerte y sus fieles ayudantes:

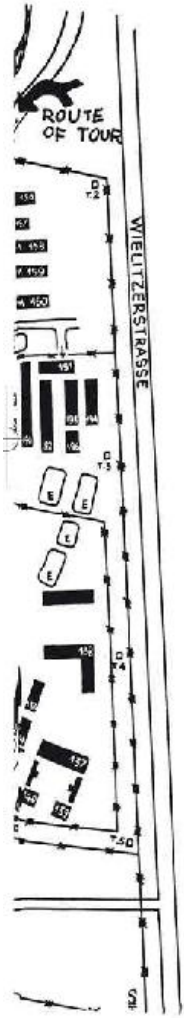
el batallón armado de las SS y el jefe de policía. Incluso el sol temía entrar en esta zona prohibida. Algunos decían que no había conseguido obtener un salvoconducto de las autoridades.

Hoy la ley de la jungla ya no existe. Podemos caminar en respetuoso silencio, tal y como corresponde hacer en un lugar sagrado. Mientras nuestros zapatos pisan la grava, por favor, escuchemos el idioma de las piedras: están llorando y, si levantas una, notas la textura del mármol. No son piedras corrientes; llevan inscripciones en hebreo. Sí, pavimentaron los caminos de Plaszow con los fragmentos de elegantes monumentos funerarios que los prisioneros fueron obligados a machacar y esparcir por el suelo. El cementerio, hundido por las apisonadoras, permanece enterrado bajo estas piedras.

Ahora pasamos por dos edificios importantes. A la izquierda hay una casa de dos pisos (155) construida antes de la guerra y que servía de cuartel general al oficial de guardia. En ella se encontraban el teléfono y el transmisor de radio conectado a una serie de altavoces. Durante las «acciones», transmitían por megafonía música de baile por todo el campo. Por ejemplo, el 14 de mayo (una de las fechas grabadas en la mente de los prisioneros) los nazis se divertían cantando una nana alemana, *Buenas noches, mami*, mientras un transporte de niños y enfermos era despachado hacia los crematorios de Auschwitz.


Lageplan
Konzentrationslager
Krakau-Plaszow
APELLPLATZ
SWOSZOWITZERSTR.
Der SS- und Polizeiführer
im Distrikt Krakau

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE PLASZOW



Z BARRACONES DE MUJERES
N BARRACONES DE HOMBRES
W TALLERES
M VIVIENDAS ALEMANAS
T HOSPITAL
L LETRINAS
K CREMATORIO
E ALBERCAS
T TORRES DE VIGILANCIA
S CANTERAS

1,4 SALAS DE AISLAMIENTO
14 POLICÍA JUDÍA *(ORDNUNG DIENST)*
18, 19 ZONA DE CUARENTENA *(KAMP QUARANTÄNE)*
20 LETRINAS DE LA ZONA DE CUARENTENA
21, 22 DISPENSARIO
23 LAVANDERÍA
27, 32 LETRINAS CENTRALES
30 ALMACENES DE CARNE
31 ALMACENES DE COMIDA
37 COCINA
38 PANADERÍA
48 DEPÓSITO DE ROPA
49 DUCHAS
50 CENTRO DE DESPIOJE
77 ALMACÉN DE CERDAS PARA CEPILLOS
81 ALMACENES DE PATATAS
82 ZAPATEROS
83 RELOJEROS
84 HOJALATEROS Y CERRAJEROS
85, 88, 195 ALMACÉN CENTRAL
87 ELECTRICISTAS
89 FUNDICIÓN
90 PAPELERÍA
91, 94 CARPINTEROS
92 IMPRENTA
95 FÁBRICA DE CEPILLOS
107, 108, 113, 117, 118, 124 SASTRES
111, 115, 121, 125, 126, 127 FÁBRICA TEXTIL MADRITSCH
114, 119 TALLERES DE PELETERÍA
120 TAPICEROS
130, 131 LABORATORIO QUÍMICO
132 GARAJE
133, 134 ALMACENES DE LIBROS
137 POCILGAS
138 ESTABLOS Y COCHERAS
139 CONEJERAS
140 CORRALES DE AVES
155 TELEFONISTA
163 VIVIENDAS DE LOS GUARDIAS
164 «PABELLÓN DE LAS TUMBAS»
171 «CASA GRIS»
172 ADMINISTRACIÓN
173 BURDEL
176 BARRACÓN DE LOS UCRANIANOS
177, 179, 181, 182, 183 CHALETS DE LOS OFICIALES
178 VILLA ROJA (RESIDENCIA DE GOETH)
180 JAULAS
200 HOSPITAL ALEMÁN
201 CUARTEL GENERAL (SEDE DE LA OFICINA DE CONSTRUCCIÓN)
202, 203 ESTACIÓN DE FERROCARRIL
204 PUERTA PRINCIPAL
205 PUERTA DE ACCESO AL CAMPO DE MUJERES
206 *GORKA CHUJOWA*
207 FOSAS COMUNES

Al otro lado del camino se encuentra el cuartel general del comandante del campo (201). Su nombre era Amon Goeth y era un monstruo gordo y espantoso que pesaba más de ciento cincuenta kilos y medía un metro noventa. La fama de su depravación aterrorizaba a la población, haciendo que la gente temblase de miedo y le castañeteasen los dientes. Su crueldad desafiaba la comprensión humana. Despachaba a sus víctimas con una arbitrariedad aterradora y mediante torturas que sobrepasaban cualquier cosa que hayamos conocido de la Inquisición. Por la mínima infracción de las reglas golpeaba con

los puños el rostro del desventurado prisionero y observaba con placer sádico cómo escupía dientes rotos, se hinchaba y amorataba y los ojos se le salían de las cuencas. Cuando usaba el látigo, obligaba a la víctima a contar los latigazos y, si en su agonía cometía un error, tenía que comenzar a contar de nuevo desde el principio. Durante los denominados «interrogatorios», el acusado permanecía colgado por los pies de un gancho del techo del despacho de Goeth mientras era atacado por un perro. Cuando alguien escapaba del campo, ponía al grupo del fugitivo en fila y ordenaba formar conjuntos de diez.

Después, ejecutaba personalmente a una persona de cada conjunto.

Durante un *Appell* de la mañana, Goeth decidió divertirse un poco. Acusó a un judío de ser demasiado alto y le disparó. A continuación orinó sobre su cuerpo, que aún se removía. Volviéndose hacia un amigo conmocionado, le gritó: «No te gusta, ¿verdad?» Lo mató y también orinó. Hubo un caso de un hombre hambriento que robó una patata del almacén. Goeth hizo que lo colgaran cerca de la puerta de la zona de los prisioneros con una patata metida en la boca y un cartel que proclamaba: «Soy un ladrón de patatas.» Una vez mató a un niño que sufría diarrea y que era incapaz de contenerse... después de obligarlo a comerse sus excrementos. Cada mañana, tras una comida a base de carne cruda mezclada con sangre fresca, el comandante chalado efectuaba una ronda por los barracones en compañía de dos fieros bulldogs adiestrados para destrozar personas. Después de estas visitas, los prisioneros contaban el resultado: quince a cero, veinte a cero, treinta a cero. El cero era siempre nuestro. Podríamos haber matado al monstruo, pero entonces el marcador hubiera sido de 24.000 a uno.

El cuartel general también albergaba la oficina de construcción. Allí, ingenieros judíos tenían que llevar a cabo tareas a veces absurdas a una velocidad de locos. No importaba lo imposible que fuera la misión; se las arreglaban para realizar los proyectos que ningún ingeniero entrenado y en su sano juicio hubiese abordado. Trabajaban sin descanso a fin de cumplir las cuotas asignadas, que aumentaban incesantemente.

Un ingeniero llamado Greenberg estaba encargado de la puesta en práctica de los planes del comandante. Cualquier retraso o error significaba un castigo severísimo. Greenberg sabía que el jefe no podía permitirse matarlo, así que normalmente cargaba con los errores de los demás, que de otra forma hubieran terminado con

un balazo en la cabeza. En silencio, aguantaba golpes capaces de tumbar a un campeón de boxeo. Tras los malos tratos, Greenberg dejaba de parecer un ser humano, aunque se le obligaba a seguir trabajando sin cuidados médicos, ni siquiera primeros auxilios. Coloco una llama eterna sobre la casa del comandante, bajo un letrero que dice:

EN SAGRADO RECUERDO DE SIGMUND GREENBERG, QUIEN SE SACRIFICÓ PARA SALVAR A OTROS. LOS PRISIONEROS DE PLASZOW LE MANIFIESTAN SU AGRADECIMIENTO.

Durante un tiempo trabajé en la oficina de construcción como delineante. Tenía el encargo de trazar un mapa del campo. En más de una ocasión sufrí el castigo oficial de «veinte en el trasero» e hicieron falta unos cuantos milagros para salvarme de una muerte segura. En consecuencia, vivía constantemente asustado por el comandante Goeth. Tan destrozados tenía los nervios que me bastaba oír su voz, aunque fuera a través de una puerta cerrada o de lejos, para que se me retirara hasta la última gota de sangre de la cara. Cuando él estaba cerca, o cuando alguien decía que se acercaba, me ponía lívido, se me helaban los labios, el corazón dejaba de latirme y mi espina dorsal se convertía en un hormiguero. Me provocaba un dolor de cabeza que me duraba horas. Una vez los empleados del otro despacho entraron en la oficina para decirme que Goeth había llegado y que era muy probable que se acercara a mi mesa. Abrumado por visiones de muerte, me arrugué por dentro y aguardé la fatídica visita. Como aquellos avisos se repitieron, Greenberg me consoló con el siguiente consejo: «En primer lugar, Goeth lleva sin aparecer por el campo dos semanas. En segundo lugar, se están riendo de ti, porque les basta con decir que viene para que actúes como un alma en pena y te pongas blanco como el papel. Simplemente les gusta demostrar el fenómeno a los escépticos.» Estamos llegando al lugar conocido como Pabellón de las Tumbas (164), las ruinas de un elegante edificio que originariamente había sido un salón funerario. Los alemanes lo convirtieron en establo. Cuando el número de caballos que robaban a los judíos llegó a cien, los llevaron a otro campo y volaron el edificio. Por alguna extraña razón, los muros sólo están demolidos en parte. ¿Permanecen así como símbolo de la degradación de la judería polaca?

Y ahora giremos a la izquierda, hacia los barracones de los guardias (163), un edificio rectangular de una sola planta adyacente al patio ancho rodeado por las casetas de la milicia ucraniana, una cocina, un comedor, una cantina, talleres de

sastrería y zapatería judíos y un arsenal.

Como complemento a esta atmósfera sombría, la puerta que da a los barracones está adornada con una impresionante torre, reminiscencia de la Edad Media.

Recuerdo cuando construimos este complejo militar.

Fue durante un invierno de vientos helados que soplaban mantas de aguanieve. El emplazamiento era una cuesta llena de barro. Docenas de judíos perecieron esclavizados para levantar el edificio. Carpinteros, fontaneros y hojalateros tuvieron que trabajar noche y día sin descanso. Otros fueron apartados de sus labores cotidianas y asignados al transporte de materiales de construcción. Entre el toque de diana y el de queda, formaban una procesión incesante de ida y vuelta, cargados de planchas, tubos, piedras y ladrillos. Una vez, un carro lleno de rocas colisionó con una gran columna que sustentaba parte del edificio, que se derrumbó como un castillo de naipes. El encargado de las SS, llamado Huyar, culpó a la jefa de la obra, Dinah Raiter, del accidente y comenzó a asestarle una lluvia de golpes. Por fortuna Dinah, una mujer frágil y pequeña, se desmayó, pero el muy bruto siguió golpeándola con placer sádico hasta que el cuerpo quedó destrozado. Oía el sonido del látigo cortar el aire y vi su rostro enrojecido alzándose y cayendo sobre el montón de huesos, harapos y sangre. No satisfecho, disparó una andanada de balas a lo que una vez había sido una mujer, como para asegurarse de que nunca más se levantara.

Vayamos a continuación a la Casa Gris (171), construida antes de la guerra. Los grandes matones Huyar, Zdrojewski, Eckert y Glaser residieron aquí. El sótano servía de prisión y estaba equipado con todos los elementos de una cámara de los horrores. Había una estrecha celda de hierro con cierre automático, lo suficientemente grande para permitir que un hombre permaneciera de pie, pero lo suficientemente pequeña para evitar que se tumbara. Había otra celda horizontal, de tamaño suficiente para introducir a una persona por la cabeza, como en un féretro. Entre otros refinamientos, había un potro de fustigamiento, cadenas para colgar a los prisioneros y unos látigos de cuero pesado hechos de piel seca de testículos de toro. Completaban las instalaciones celdas de aislamiento oscuras y húmedas con un pequeño orificio para el agua. Pocos de los que pasaron por esta institución salieron por su propio pie. Eran arrastrados por las piernas hasta su tumba al lado de los que habían sido asesinados en ese mismo día.

Llegamos ahora a un cruce. A la izquierda, el Distrito Nuevo,

donde están los chalés de los oficiales (177, 179, 181, 182 y 183) y Villa Roja, la residencia del comandante Goeth (178). Si tomamos la derecha, nos aproximaremos a unas canteras de piedra situadas al pie de una colina. Todos los campos contaban con canteras, pero las de Plaszow eran algo especial: aquí, las mujeres empujaban caravanas llenas de piedras hasta el Distrito Nuevo, donde nace la avenida de las SS. Irónicamente, los alemanes se referían a estos transportes como ferrocarriles de tracción humana. Consistían en tres vagones unidos, cada uno de los cuales contenía dos toneladas de piedra. Setenta mujeres demacradas, ordenadas en dos filas, eran enganchadas al primero para que hicieran de locomotora. Iban vestidas con harapos o sacos y estaban muy mal alimentadas. Durante el turno de doce horas tenían que satisfacer una cuota de quince trayectos, de noche y de día, nevase, lloviese o helase.

Realizaba la tarea de desgajar la piedra el destacamento de castigo, cuyos miembros tenían la espalda marcada con un círculo rojo. Era el trabajo más arduo. El encargado de la cantera era un alemán de pura raza aria con un triángulo verde en el pecho que lo identificaba como criminal profesional, algo de lo que estaba orgulloso. Su mayor placer era el asesinato. Cuando no había otras víctimas a mano, elegía judíos. Se jactaba de ser un miembro destacado de la banda de Dillinger en Estados Unidos, lo que le había costado una condena a cadena perpetua. Le encantaba derribar a una víctima, apoyarle una vara en la garganta y presionar los extremos con los pies hasta estrangularla. Otro de sus «juegos» era ordenar que alguien del destacamento corriera en círculos con una piedra pesada a la espalda, mientras él permanecía en el centro propinándole latigazos como si fuera un animal en el circo. Así proseguía hasta que la víctima caía y era aplastada hasta la muerte por la roca. Como encargado, este criminal perfeccionó sus propios métodos de matar e insistía en aplicarlos personalmente.

Contiguo a la cantera se encuentra el burdel (173) para el personal de las SS. Debido a las leyes raciales, no había ninguna empleada judía en él. Más cerca de la carretera está la caseta de administración (172). Allí se llevaba un registro detallado de todos los prisioneros. Los oficinistas judíos eran obligados a elaborar listas de enfermos, ancianos, niños y de todos los que se negasen a trabajar, que eran mandados a los crematorios. Por otra parte, estos empleados también hacían listas de comida y utensilios de cocina. Los informes diarios de las asambleas matinales y una lista

de los ancianos encargados de los barracones se exponían allí. En el patio del edificio estaba el patíbulo.

Un invierno, el gerente de la oficina de construcción tuvo una discusión con el administrador del campo. Para fastidiarlo, decidió usarme como víctima de una broma. En aquellos momentos yo estaba trabajando con un grupo de electricistas. Me ordenó ir a la oficina de construcción y quedarme allí. No debía preocuparme de no estar presente cuando pasaran lista porque él lo había arreglado todo. Resultó que «se olvidó» de arreglar nada. Tampoco notificó al *Kapo* de los electricistas que yo estaba con él. Esa noche, Greenberg informó al oficial de la puerta de que había «veintidós prisioneros del destacamento del edificio y un electricista». En consecuencia, fui dado por desaparecido cuando pasaron lista por la noche, y durante varias horas estuvieron buscándome por todo el campo.

Por mi culpa, todos los prisioneros tuvieron que permanecer de pie en la nieve y se quedaron sin comer y sin descanso. Me lo contaron mientras el administrador descargaba docenas de latigazos sobre mi cabeza. Cuando acabó de azotarme, me hizo agradecérselo educadamente, pedir perdón y prometer que nunca más lo haría. Apenas consciente, regresé al destacamento para volver a los barracones. Más tarde, el gerente de construcción se ufanaba de la lección que le había dado al administrador.

Pasamos por una puerta interior y entramos en un campo dentro del campo. Aquí los barracones de los barrios residenciales están rodeados por verjas que delimitan las diversas subdivisiones.

Hay un campo para hombres, otro para mujeres, uno para polacos y otros más pequeños, todos cercados por alambradas de espino. Cada campo tenía su propia guardia, y cualquiera que entraba o salía tenía la obligación de cuadrarse, quitarse la gorra y con ella en la mano pedir permiso en voz alta a Su Eminencia: «El prisionero número 69084 tiene que cumplir un deber en tal y tal lugar y solicita permiso para pasar.» Cada barracón tenía su propio viejo y cada sección del campo su *Kapo*. El permiso de estos «dignatarios» también era necesario.

Preciados visitantes, en estos momentos nos aproximamos al Patio Central o *Appellplatz*, donde se pasaba revista. En esta amplia

extensión, 24.000 personas se reunían dos veces al día. En circunstancias normales, habría sido la población de una pequeña ciudad. Para nosotros, formar para la revista significaba a veces estar de pie un día entero: veinticuatro horas sin descanso ni comida. Además, estaba prohibido hablar e ir a las letrinas. ¡Que Dios ayude a cualquiera que pronuncie una palabra, se salga de la fila o intente sentarse! Algunos se las arreglaban para dormir de pie; algunos se mojaban los pantalones, incapaces de aguantarse, y nadie sabía qué nos esperaba.

En días normales, estábamos allí a las seis de la mañana divididos en cuadrillas, alineados de tres en tres por el *Kapo*, que informaba al agente de las SS de servicio acerca del número de prisioneros sanos, el número de enfermos con permiso para permanecer en los barracones y el número de muertes acaecidas durante la noche, esto es, de cadáveres que debían ser transferidos a la «cuadrilla del cielo».

Al otro lado de la plaza estaban los hombres que habían finalizado el turno de noche. Se agrupaban por barracones y el viejo informaba del número exacto de prisioneros que habían sobrevivido a los rigores del trabajo y del número de cuerpos traídos en camilla. A las seis de la tarde, se procedía a la inversa. Los agentes de las SS comprobaban los informes y contaban a los reunidos. Si había discrepancias, teníamos que quedarnos de pie hasta que el desgraciado que se había quedado dormido en su litera o se había unido a otro grupo sin avisar era localizado.

Entre la calle Bergen y el patio pueden ver dos albercas de agua cubiertas de algas. Tras una serie de incendios, el comandante ordenó la demolición de los barracones pequeños, que estaban demasiado cerca entre sí, y la construcción de otros mayores con los materiales que quedaban, a una distancia de quince metros. Se creó una brigada de incendios y se cavaron quince piscinas como éstas, pero nunca fueron usadas. Se convirtieron, eso sí, en un criadero de mosquitos perfecto. Eso aparte de los piojos, las chinches y las pulgas que afligían a los prisioneros.

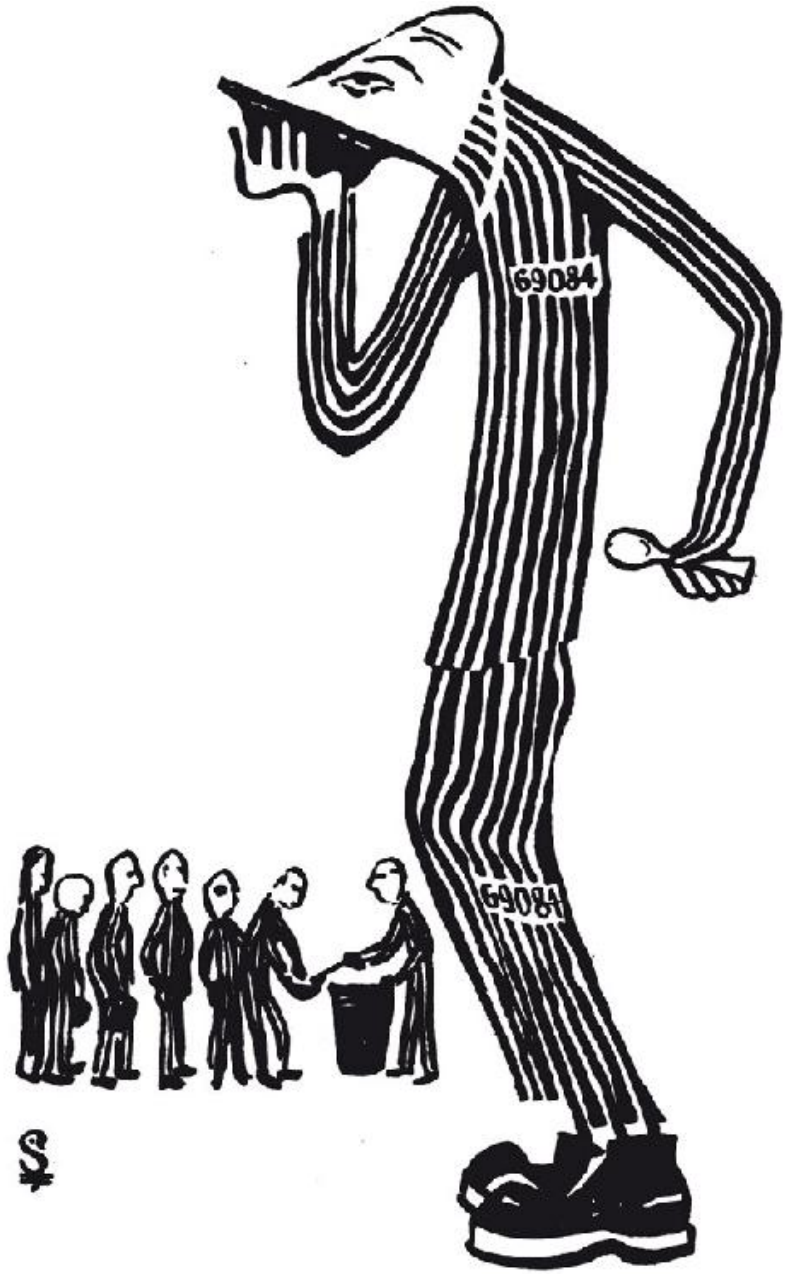
La calle siguiente pasa entre dos filas de barracones para hombres (N). Cada barracón está dividido en dos secciones por un largo pasillo. Son dos espacios flanqueados por literas, del suelo al techo. Al lado de la puerta orientada hacia el norte se encuentran el extintor de incendios y una gran pila de agua. En el centro del barracón hay una pequeña estufa para el invierno. No hay armarios ni estanterías porque los prisioneros nada tienen, excepto

parásitos. En un lado de la litera hay un clavo y la gente se disputa el derecho a colgar un harapo de él. Se envuelven otros artículos, como platos y cucharas, zuecos de madera, vasos y mochilas en los uniformes a rayas que hacen de almohada por la noche. Todas estas cosas son propiedad de las SS, pero sus usuarios temporales tienen que evitar que se las roben. Cada noche, el viejo del barracón distribuye las raciones diarias de comida: un kilo de pan para cuatro (después para seis y más tarde para ocho) y una barra de margarina rancia para doce. Los que se pueden aguantar, guardan media rebanada de pan para la mañana y así la pueden tomar con el litro de agua negra tibia que llaman café y que sirven como desayuno.

Cuando mi madre quiso conocer a la chica que yo cortejaba, nos invitó a su barracón. Era un acontecimiento alegre a pesar del ruido que hacían los cientos de mujeres que nos rodeaban. Nos sentamos en la litera de mamá y hablamos del presente, el pasado y los días venideros mientras saboreábamos una tortilla de patatas cocidas. Mamá quiso celebrar la ocasión incluso más. Salió, y a los pocos minutos regresó con un puchero de café.

—Mamá, ¿dónde has conseguido el «postre»? —le pregunté tras probar el líquido infecto—. Es un auténtico veneno; voy a investigar.

En la esquina del barracón había una cola de gente.



Un espíritu emprendedor estaba vendiendo café que sacaba de un cubo, y no de la olla del desayuno habitual. El rótulo del cubo, DESTACAMENTO SANITARIO, me dijo lo que quería saber. Durante el día, el hombre usaba el cubo para fregar el suelo con un poderoso desinfectante; por la noche, lo usaba para repartir café a precio de saldo. Más tarde, el mismo hombre y el mismo

cubo contaban con unos clientes fijos que usaban el utensilio como váter portátil cuando no eran capaces de ir a la letrina. Por este servicio el hombre cobraba una pequeña tarifa. Quién sabe si el bribón se molestaba en lavar el cubo.

Una mañana no tuve fuerzas para levantarme de la litera, ni siquiera para satisfacer la necesidad vital de incorporarme a la fila del café. Tenía la garganta hinchada y mi cabeza se negaba a abandonar la almohada. Esto me convirtió en no apto para el trabajo y el viejo del barracón me consiguió un permiso médico para descansar durante dos días. Sin embargo, después de la asamblea de la mañana me pareció haber oído mi nombre. Confirmé este hecho cuando noté que alguien me tiraba de las piernas y vi a un agente de las SS gritarme:

—Levántate inmediatamente. Has cometido un error en la copia y debes corregirlo antes de que el comandante se entere; va de camino a la oficina.

Conocía las consecuencias de ser descubierto en un error. Con los nervios se me olvidó que estaba enfermo y salté de la cama completamente curado. Tuve que correr medio kilómetro hasta la oficina. Me palpaba la cabeza y la garganta para ver si me dolían. Por lo visto mi enfermedad era sólo mental. Afortunadamente, el error era leve y lo corregí con facilidad.

Cuando me puse a realizar mi trabajo habitual, de pronto recordé el permiso de dos días de descanso. Mis compañeros de trabajo me animaron a aprovecharme de aquella valiosa prima y quisieron saber cómo me las había arreglado para engañar al médico. Parecía una oportunidad demasiado buena para perderla. Pero no iba a ser así, pues tan pronto como me tumbé en la litera volvieron los síntomas y estuve postrado en cama exactamente dos días.

Hemos llegado a la calle que separa el campo de los hombres del de las mujeres. El habitual alambre de espino electrificado está a ambos lados. Por favor, fíjense en la entrada lateral al campo de mujeres y en la puerta al *Ordnung Dienst*, el barracón de la policía judía, que está en el complejo femenino.

Antes de hacer un alto aquí, giraremos a la derecha para visitar otros lugares importantes santificados por la sangre de nuestros hermanos. El primero de ellos es el *Kamp Quarantäne*, dos barracones para «cuarentena» (18 y 19) y una letrina (20) cercados por alambre de espino. El *Kamp Quarantäne* había sido el cementerio judío nuevo de Cracovia. Tras la destrucción del gueto en la última «acción», el trece de marzo de 1943, los alemanes

llevaron allí a aquellos que se habían escondido en sus casas y no se habían presentado para los transportes. Con antelación se había preparado una gran fosa, donde mataron a más de dos mil personas. Obligaron a los ocupantes de los barracones adyacentes a cubrir a las víctimas con una capa de tierra.

Cuando los de mi grupo llegamos, la masacre casi había terminado. Las lápidas que quedaban alrededor de la fosa estaban salpicadas de sangre y fragmentos de masa encefálica. Había brazos y piernas humanos que sobresalían de la superficie de la fosa común. Vi la mano de una mujer que todavía se movía, señalando con un dedo acusador que poco a poco alzaba como si quisiera advertir a los asesinos que la hora de la verdad les llegaría con seguridad. Las víctimas de otras «acciones» menores también fueron añadidas a esa tumba masiva hasta que ya no dio para más. Entonces los alemanes habilitaron una vieja trinchera de la Primera Guerra Mundial para más ejecuciones. Para aumentar el sacrilegio de *Kamp Quarantäne*, mandaron construir una letrina sobre los cadáveres enterrados.

Más lejos, en la explanada excavada en la colina, se encuentran la casa de baños (49), el almacén de ropa (48) y el centro de despioje (50). Para allanar la zona usaron una excavadora. La tierra removida, transportada a la ladera opuesta de la colina, contenía restos humanos del cementerio, así como chales de oración con los que habían sido sepultados. También los muertos fueron deportados de su refugio, como si no merecieran descansar en paz. Al operario de la excavadora lo llamábamos el Dentista, porque usaba un martillo para sacar los dientes de oro que encontraba en las calaveras desenterradas. Mi padre, bendito sea su recuerdo, encontró su muerte allí. Fue asesinado por un agente de las SS llamado Gruen. Los prisioneros inventaron una frase: «Pasó por debajo de la excavadora.» Quería decir que había sido asesinado por los alemanes. Si algún inocente preguntaba lo que significaba la expresión, le contestaban con sarcasmo: «¿Acaso no te has enterado? Se negó a comer postre.» Al final sustituyeron la antigua casa de baños por unas instalaciones grandes y «modernas». Puesto que tenía sólo 200 duchas, nos dejaban usarlas solamente de forma esporádica y de noche. La razón era la escasez de agua debida al hecho de que el campo estaba ubicado en un terreno elevado, a cierta distancia de la depuradora, y las cañerías eran demasiado estrechas para transportar la cantidad necesaria. Tras quitarnos y dejar nuestra ropa para el despioje nos enjabonábamos el cuerpo. El jabón nos irritaba las picaduras de

pulgas, piojos y chinches y, al final, resultaba que no había suficiente agua para enjuagarnos, y mucho menos caliente. Normalmente dos personas compartían una misma ducha y ambas intentaban conseguir el máximo número de gotas, gritando: «¡Agua, agua!» Pero el agua no fluía. Se rumoreaba que los alemanes habían cerrado la llave principal para fastidiarnos, o que el *Kapo* responsable de las duchas lo hacía para divertirse. Sin embargo, a menudo eso no era necesario. Simplemente no había agua. El centro de despioje tampoco funcionaba correctamente. La ropa no se calentaba a la temperatura necesaria. Una vez se me olvidó una vela en el uniforme. Me preocupaba que se fundiera y malograra mi única vestimenta, pero sobrevivió intacta, como los piojos.

Damas y caballeros, como pueden ver, el camino que solía llevar al Pabellón de las Tumbas está cerrado. La verja electrificada que rodea la zona de viviendas obstaculiza el paso, así que desandaremos el camino en dirección al campo femenino. A la izquierda está la *Appelplatz*. A lo lejos, sobre la calle Bergen, hay una fila de casetas delante de una colina verde. El silencio se ve interrumpido sólo por el canto de los pájaros y el sonido de los trenes, con el eco de las locomotoras que silban en la distancia. Un momento, no... no es el canto de los pájaros sino el chirrido de las carretillas. En la senda del patio veo una larga fila de sombras rayadas empujándolas, y cada una contiene un cuerpo desnudo, cuya cabeza ensangrentada da botes sobre la rueda chirriante. El otro sonido que acabo de detectar no es el de una locomotora, sino el del silbido de un agente de las SS. Todos los *Kapos* gritan: «En filas de a tres, en fila.» Cerca de la máquina de picar piedra hay un coche y dentro el comandante, vestido con una gorra blanca y un jersey blanco que no presagian nada bueno. En el silencio mortal que ha descendido como una nube negra, hay filas y más filas de cabezas rapadas sobre pijamas de rayas... «Eh, tú, ahí, tú, tarado hijo de puta, ¿acaso no me oyes? ¿Quieres pasar por debajo de la excavadora?» De pronto, me doy cuenta de que el *Kapo* se está dirigiendo a *mí*.

Disculpen, no es nada. Sólo estaba recordando una cosa del pasado. Ahora nos dirigimos a la zona de las mujeres. Hoy hace un día muy bueno, muy tranquilo.

Sólo cantan los pájaros y a lo lejos se oye el eco del silbido de las locomotoras.

Primero entraremos en la comisaría de la OD, la policía judía (14), ubicada dentro del complejo femenino. El comisario era

Chilowicz, y su lugarteniente, Finkelstein. Ambos fueron asesinados junto a sus familias unos meses antes de la destrucción del campo. Los policías judíos iban de uniforme, con gorra de visera y bandas amarillas. Constantemente proferían maldiciones y su arma era el látigo, que nunca soltaban. Con ayuda de ese látigo imponían obediencia. Su tarea consistía en conducir a su propia gente a las selecciones y las «acciones». Ayudaban a los agentes de las SS a reunir a los prisioneros y a vigilarlos. A cambio tenían el privilegio de dormir con su esposa en una celda especial que se cerraba por dentro, ración doble de sopa más consistente y una barra de pan con mermelada. Una vez, cuando estaba entregando un mapa del campo a Chilowicz, sus hombres trajeron a un prisionero vestido con ropa de calle: camisa blanca, corbata y un par de zapatos con cordones. Al parecer había intentado escaparse. Chilowicz le golpeó, le pateó el estómago y gritó: «Mirad bien a este loco.» Estudié de soslayo a la víctima desamparada y me pareció perfectamente normal. Miré la ropa rayada que el resto de nosotros llevábamos y me pregunté quiénes eran los locos.

Los barracones del campo femenino (Z) eran como los de los hombres: tres filas de literas, una cocina y un cubo de agua para usar en caso de incendio. Sin embargo, tras el aspecto severo, tras las muertes, el hambre y el miedo, había una diferencia, un aura de romanticismo. El sexo no se practicaba abiertamente, pero la naturaleza seguía su curso y existía el amor, aunque clandestino.

Cuando la muerte acechaba en cada esquina, cuando el miedo hacía temblar el corazón, no había lugar para el sentimentalismo. Cuando las SS capturaban a una pareja haciendo el amor, incluso en los prolegómenos, cuando se sentaban dándose la mano o estaban de pie en una esquina oscura, el castigo era una doble ejecución. Si un hombre era encontrado en el campo femenino tras el cierre de la puerta, era ejecutado al momento, y no hace falta adivinar lo que podía esperar una embarazada. El faraón sólo decretó la muerte de los niños, pero Hitler fue mucho más lejos.

Prohibió que las mujeres judías concibiesen, y destruía a los fetos con sus madres. A pesar de todo, en aquel campo de minas todavía crecían las rosas.

Cuando trabajaba en la oficina de construcción, un día me quedé fuera intentando hacer unas heliografías.

Enfoqué hacia el cielo un gran marco con un dibujo sobre papel sensible a la luz, esperando en vano que saliera el sol. Estaba muy tenso. Nunca había deseado con mayor intensidad el sol como ese día, porque no iba a tener forma de explicar mi fracaso al supervisor nazi, un conocido experto en asesinato, que no en construcción.

En aquel infausto momento una chica guapa, cuyo uniforme raído no ocultaba su atractivo, salió de la oficina, se paró delante del marco que tanto anhelaba los rayos ultravioleta, y preguntó:

—¿Qué intentas hacer?

Yo respondí:

—Estoy esperando que el sol remolón salga. Quizá tú puedas ocupar su puesto.

Su respuesta fue salir huyendo avergonzada.

Así fue mi primer encuentro con mi futura esposa, Rebecca, la luz de mi vida. A la mañana siguiente, hice un ramo de flores silvestres, que escondí debajo de la gorra, y fui a visitarla. Como pretexto, planeaba agradecerle su ayuda y contarle que, al final, había conseguido hacer las copias.

Sin embargo, antes de poder abrir la boca, uno de los empleados de la oficina me quitó las flores de las manos, las aplastó y las echó al cubo de la basura.

—¡Sal de aquí, pirado! ¿Acaso no sabes que el comandante está en la sala de al lado? —Con estas palabras me echó a empujones.

Unos días después me encontré a mi doble del sol mientras hacía cola para la sopa. Más tarde la besé por primera vez, tras la letrina, a la luz de la luna llena. Comencé a visitarla en su

barracón todas las mañanas, antes del toque de diana. Le llevaba agua caliente de la cocina y le lustraba los zapatos con la manga humedecida con saliva.

En el campo había diferencias de género en cuanto al vestido: los prisioneros masculinos escondían la calva bajo una gorra rayada, mientras que las presas usaban un pañuelo blanco para cubrir el cráneo afeitado. Yo llevaba gorra, pero siempre tenía un pañuelo blanco en el bolsillo, mi salvoconducto a la zona de las mujeres. Nuestro cortejo se prolongó a lo largo de varias acciones y selecciones, durante las cuales más de una vez estuvimos a punto de despedirnos para siempre. Hicieron falta unos cuantos milagros para que sobreviviéramos.

Cambié cuatro barras de pan por una cuchara de plata y, por cuatro más, el joyero del taller de relojería hizo dos anillos. Esa noche celebramos una mini boda al lado de la litera de mi madre. No hubo rabino, música ni invitados, ni tampoco ensalada con mayonesa. Simplemente pronuncié el tradicional *Harei At* y mamá nos dio su bendición. Después llevé a mi novia a su barracón (13) para consumar el matrimonio. Escalamos a su litera de la tercera fila y esperamos con impaciencia a que las luces se apagaran. Para nuestro disgusto, el viejo del barracón no apagó las luces aquella noche porque los alemanes estaban peinando la zona femenina en busca de hombres escondidos.

Razones estratégicas me llevaron a la conclusión de que era demasiado tarde para intentar escapar y ninguna coartada podría salvarme. Decidimos hacer frente a la situación con una argucia. Las dos vecinas de mi mujer me taparon con los trapos y harapos que solían hacer las veces de almohada y yo me tumbé bajó sus cabezas mientras ellas tres fingían dormir. Obviamente, no pudieron hacerlo porque estaban muertas de terror y la almohada no paraba de temblar de miedo. Cuando el registro acabó, oímos los gritos de dos chicos apaleados hasta la muerte en el altar de Eros.

Un milagro me libró de ser descubierto. Después, cuando traté de darme la vuelta en la litera, oímos la sirena llamando a los hombres a congregarse en el patio. Bajé de la litera de arriba de un solo salto y, mientras corría, me cubría la cabeza con el pañuelo blanco para que los guardias no comprobaran mi identidad. Sin embargo, ¡la puerta electrificada estaba cerrada! Me quedé ahí de pie y sin aliento, sin ideas ni esperanza. Sólo tenía por cierta una cosa: si no aparecía en la asamblea al cabo de unos minutos, ésa sería mi última noche en este mundo. Si intentaba

escalar la puerta, el resultado sería el mismo, aunque mi muerte en ese caso sería más digna y más rápida.

Tomé la decisión mientras un haz de luz pasaba sobre mí. Me despedí rápidamente de este mundo cruel, de mi vida, que en realidad aún no había comenzado, y de mi madre, mi hermano y mi esposa, que en un minuto se convertiría en viuda. Entonces di el fatídico salto. El miedo me hizo volar sobre la verja que zumbaba. Sin darme cuenta me elevé tanto que sólo los dedos de las manos y los pies rozaron los hilos con la carga letal. Antes de aterrizar en el otro lado, una de las perneras se me enganchó en el alambre y se rasgó; otros alambres me pincharon los músculos de mis piernas flacas.

Una nueva ronda de foco de luz me ignoró mientras yacía boca abajo en el suelo. Todavía me quedaba por superar la maraña de cable electrificada de un metro de altura.

Hasta hoy no he sido capaz de entender cómo me las arreglé para sortear la trampa, el dragón que escupía fuego y se tragaba incluso a los héroes más valientes. ¡Debería haber encontrado la muerte allí! Cuando llegué al patio, el altavoz anunciaba que el *Appell* había concluido.

Señores y señoras, abandonamos ahora el campo femenino por su puerta principal (205), la misma cruelmente cerrada en mi noche de bodas. Los escalones por los que están bajando están hechos de mármol procedente de lápidas judías rotas. Los restos de los nombres grabados sobre ellas quieren decirles que las calaveras de sus dueños, privadas de sus dientes de oro, buscan el descanso eterno bajo el barracón de la lavandería, junto a los huesos acribillados a balazos a los que nunca se erigió un monumento.

La lavandería (23) servía para lavar las camisas y pantalones de las víctimas de asesinato. Antes de enviarlas al almacén de ropa, los operarios lavaban la sangre y las manchas de sudor, reponían los botones que se habían caído cuando los que usaban la ropa se habían desvestido bajo presión, y cosían los agujeros de las balas. Los alemanes eran muy puntillosos con el orden y la limpieza.

Por lo que a nosotros respecta, no teníamos nada que lavar porque vestíamos la misma ropa rayada día y noche; no podíamos quitárnosla para limpiarla. Esto garantizaba a los bichos unas condiciones de vida ideales, de las que sacaron un tremendo provecho, picándonos sin límite ni frontera y desafiando nuestra revancha, que consistía en rascarnos el cráneo afeitado, frotarnos las axilas o restregarnos el cuerpo, algo que hacíamos

abiertamente y delante de otros. La caza de parásitos en los pliegues de la ropa era la única forma de diversión nocturna permitida por las autoridades.

La lavandería contaba con un departamento especial para los agentes de las SS y los oficiales de alto rango. Una vez el comandante envió allá su jersey blanco. Antes de entregarlo, el equipo entero pasó la noche observando cómo se secaba para que no lo robaran, no cayera al suelo o sufriera cualquier otro percance que sólo el diablo conoce.

Ahora estamos en el centro cultural y comercial del campo: las letrinas (27 y 32), consistentes en dos barracones, cada uno de treinta metros de longitud. Dentro, adosados a las paredes, había dos bastos tableros con treinta orificios sin tabiques de separación y en él un abrevadero sobre el cual pendía una cañería equipada con varias espitas. No siempre había agua, aunque todas las mañanas antes del toque de diana y todas las noches después del trabajo uno podía encontrar allí a la mayoría de los presos.

Cada espita era usada por al menos dos personas a la vez, y unas cuantas más esperaban a que terminasen. Sesenta personas sentadas sobre los orificios intercambiaban viejas nuevas y nuevas bromas mientras hacían los ruidos que suelen acompañar ciertas funciones fisiológicas, rodeadas por filas de hombres ansiosos e impacientes por ocupar su lugar.

En estas letrinas se decidían asuntos muy importantes.

Por ejemplo, se cerraban tratos para intercambiar pan por cigarrillos o azúcar. Si alguien tenía la suerte de poseer dinero, era incluso posible comprar un huevo duro, mantequilla o caramelos pegajosos producidos misteriosamente en alguna fábrica casera. A veces, a fin de expulsar a los vagos, policías judíos blandiendo látigos o agentes de las SS con las pistolas desenfundadas irrumpían en las letrinas y desataban el pánico general. Algunos salían corriendo, mojados y semidesnudos, intentando secarse la cara con las manos. Otros se movían sin rumbo, sujetándose los pantalones mientras la diarrea seguía fluyendo. Los «comerciantes» perseguían a los que no habían tenido tiempo de abonar sus compras.

Un día de invierno las letrinas fueron cerradas temporalmente. Una larga cola de gente que necesitaba usarlas esperaba fuera. De repente, las nubes se abrieron y unos cuantos rayos de sol se derramaron sobre el campo.

Uno de los que hacía cola cerró los ojos y alzó su rostro al cielo. Esto molestó a un agente de las SS que pasaba por ahí. Abofeteó al adorador del sol unas cuantas veces y le reprendió: «¿No has aprendido todavía que el sol no fue creado para los judíos?» El barracón situado al lado de las letrinas es la panadería (38). El antiguo centro comunitario para los niños judíos de Cracovia se convirtió en el primer hogar del comandante nazi antes de que se mudara a Villa Roja. Luego se encargó al ingeniero Greenberg que construyera dos hornos con una capacidad de producción diaria de 4.500 barras de pan. Cuando los judíos supervivientes de los guetos cercanos fueron transferidos a Plaszow, el aumento de prisioneros hambrientos hizo necesario un tercer horno. Todos juntos producían 6.000 barras al día para alimentar a 24.000 presos con una ración de 250 gramos por persona y día. El pan era una especie de masa seca hecha con una mezcla de harina parda y serrín. Para nuestros paladares hambrientos, ese pan oscuro tenía el sabor de un pastel delicioso.

Nuestro mundo giraba en torno a este sucedáneo de pan, convertido en moneda de cambio en el mercado negro, cerca de

las letrinas, y en moneda de uso corriente para cualquier compra. También era el salario que recibíamos por nuestro duro trabajo. Una vez, el comandante, en un esfuerzo por acelerar la producción, prometió un aumento de la ración de pan si terminábamos el proyecto de construcción en un tiempo récord. La verdad es que sí que nos dieron más pan, aunque no tanto como nos había prometido: el número de personas que compartía un kilo de pan se duplicó. Más tarde, la cifra volvió a doblarse, lo que significaba que una sola barra tenía que satisfacer ocho estómagos hambrientos.

En esa época un observador de la Cruz Roja Internacional estaba inspeccionando el campo. Cuando preguntó al trabajador judío de la tahona cuánto pan recibía cada prisionero al día, el comandante, situado tras el observador, levantó dos dedos a fin de ayudar al panadero a proporcionar la respuesta deseada.

La distribución de pan era tan fundamental para nuestra supervivencia que se convirtió en un rito diario, prácticamente una ceremonia religiosa de cada grupo de ocho. Uno partía el pan en rebanadas usando una plancha de metal afilada y el resto seguía cada movimiento ofreciendo todo tipo de consejos para que el reparto de la barra sagrada fuera justo. A veces, el proceso era interrumpido por discusiones y puñetazos, lo que requería la intervención del viejo del barracón. Si las piezas de pan hubieran sido redondas, cortarlas en ocho partes iguales no hubiera sido tan complicado, pero su forma ovalada exigía un procedimiento más sofisticado.

Cada ocho hombres disponíamos de una balanza hecha con dos latas unidas por cuerdas a una barra horizontal con un clavo central que había que sostener con las manos. Como no usábamos pesas, nunca supimos con exactitud cuánto pan consumíamos a fin de preservar nuestra existencia simbólica. El panadero aseguraba que cada barra de pan pesaba un kilo entero, pero sabíamos que era mucho menos —después de todo, ¿de dónde si no sacaba la harina para el mercado negro?—. En todo caso, así era como realizábamos el corte del pan:

primero, el cortador dividía el pan en dos mitades, cada una de las cuales era puesta en una lata de la balanza. Después iba añadiendo migas aquí y allá para que ambas se equilibrasen. Cuando todos estaban de acuerdo, procedía a cortar más rebanadas y a pesarlas hasta que ocho porciones iguales estaban listas para ingresar en nuestras bocas hambrientas.

Pero eso no era todo. Puesto que siempre había sospechas de que las porciones no fueran iguales al ciento por ciento, tal vez debido a trucos en el uso de la balanza, las dichosas raciones se asignaban por sorteo. Un miembro del grupo, al que de sólo pensar en el banquete se le hacía la boca agua, se daba la vuelta y el juego comenzaba. El cortador señalaba al azar una de las porciones y preguntaba en yidis: « *Wehmen dus?*», «¿de quién es esto?» El que estaba de espaldas respondía, también al azar: «Es para él», y señalaba a uno del grupo, que tomaba ansioso el pedazo de pan que le habían asignado. La consigna era repetida siete veces hasta que sólo quedaba la porción del cortador. Un juego divertido de no haber sido trágico.

Próxima a la tahona está la cocina (37), la instalación más

importante del campo, cuyos empleados son los más apreciados. Fuera cual fuera su trabajo, un empleado de la cocina era muy buscado como amigo o incluso como conocido. Ya fregara suelos, pelara patatas o fregara platos, su posición era elevada. Cualquiera que conociera a un empleado de la cocina devenía, *ipso facto,* persona grata. Puesto que nuestra propia vida dependía de ello, la *protekzia* en la cocina era de un valor máximo. Y el que careciera de ella era de hecho un desgraciado.

Yo pertenecía al segundo grupo, así que tuve que conformarme con las raciones legales: un cazo de agua negra tibia para desayunar y, de cena, una lata de sopa aguada con algunos tropezones en el fondo, cuyo color variaba dependiendo del tipo de sal usada. En invierno, los cocineros usaban la sal verdosa para derretir la nieve de los caminos. En verano, la azulada para el ganado. Los tropezones que nadaban en el líquido prestaban poca atención a su matiz. En ocasiones nuestra dieta sufría cambios. De vez en cuando los alemanes nos daban *sagú*, unas pastillas transparentes como la mucosidad, insípidas, incoloras e inodoras que parecían huevos de rana. Algunas veces teníamos de postre «mermelada», unas semillas rosa amargas subproducto de la fábrica de jugo de frambuesa.

Cuando la fábrica de conservas de arenque nos suministraba piel y entrañas, nuestra comida se llamaba «pescado». Si algún caballo fallecía en el establo, entonces teníamos sopa de carne. Cuando veíamos barriles de chucrut pasado que apestaba lo indecible, sabíamos que durante semanas comeríamos sopa de repollo. Esa peste era tan repugnante que incluso el olor de la sopa de repollo más sabrosa siguió produciéndome náuseas muchos años después de la guerra.

Cuando los alemanes esperaban visita de la Cruz Roja Internacional, abrían los almacenes de comida y, durante un período limitado, nos alimentaban con las raciones a las que teníamos derecho. Los prisioneros, ávidos, parpadeaban escépticos viendo tanta comida y se atiborraban de queso amarillo, naranjas, mermelada, leche condensada, huevos frescos y azúcar blanco. Por la falta de costumbre, tantas calorías de golpe les provocaban diarrea. Sin embargo, cuando la inspección concluía, aquello se terminaba. Volvíamos a recibir la odiosa dieta habitual, paupérrima en nutrientes, sabor y color.

Un día, mientras pasaba por la cocina, noté una conmoción de gente nerviosa que salía y entraba corriendo.

Me confesaron que un depósito de sopa se había derramado y

que ahí estaba, en el suelo, para quien se la quisiera llevar. Desgraciadamente no tenía ningún cuenco, así que corrí a buscar algo apropiado. Todo lo que encontré fue un orinal tirado sobre un montón de basura fuera del hospital. Estaba viejo y abollado y no tenía asa, pero lo limpié con nieve y arena, lo sequé con la manga y le puse una tira de tela alrededor para asirlo. A pesar del tiempo que me llevó hacer todo esto, todavía me las arreglé para rebañar algunos restos del preciado manjar.

Hablando de comida, cuando corriendo el tiempo estuve en el campo de Brinnlitz, en Checoslovaquia, los prisioneros nos convertimos en «musulmanes» (así llamado por los esqueletos vivientes que habíamos visto antes de la guerra en las noticias sobre los países musulmanes afectados por hambrunas) a causa de la falta de vitaminas, grasas y calorías. No éramos sino un saco de piel infestada de piojos, pulgas y chinches. Llegué a pesar treinta y cuatro kilos. ¿Cómo lo sé? A la entrada de las duchas del centro de despioje, los alemanes habían instalado una balanza para sacos de comida, barriles de líquido o cajas de mercancías. Una vez al mes, cuando llegábamos para ducharnos y librarnos de los bichos, un policía judío nos mandaba pesarnos para detectar a los pillos que habían conseguido gorronear comida por encima de la cantidad asignada. Sin embargo, los que se las arreglaban para esto también se las ingeniaban para sobornar a los policías con cigarrillos, una patata asada o una remolacha seca. A cambio, el policía les anotaba unos kilos de menos. En la asamblea de la una de la mañana, el hijo del comandante del campo, Joseph Liepold, nos denunciaba con estas palabras:

—Sois todos unos ladrones, cada uno de vosotros.

Deberíais haber muerto hace dos meses, pero seguís vivos. Es evidente que estáis sisando comida que pertenece a los alemanes, y algún día os atraparemos haciéndolo, sucias ratas.

Una noche mi vecino regresó a la litera después del trabajo y, en vez de saludarme, me gritó: «Eh, muévete, cadáver.» Después se sentó y, orgulloso y satisfecho, sacó del bolsillo un trozo de carne dentro de las rebanadas de pan blanco. Se puso a comer el bocadillo haciendo ruido con exasperante deleite, para terminar con un eructo y un largo pedo. De repente, un hombre de la litera de al lado olisqueó el aire y gritó excitado: «Huelo a ser humano, ése es el olor de un ser humano.» La situación iba de mal en peor. El número de tropezones de la sopa disminuía y cada día parecía menos sopa. Al final sabía a agua de lavar recalentada. Incluso el color de la sal desapareció, así como el repollo maloliente.

Algunos «musulmanes» se hincharon y se movían con dificultad, y parecía que los arrastraba el suelo embarrado o que ascendían flotando en el sucio aire del campo. Sólo se hablaba de comida. La gente se torturaba y exacerbaba su apetito insatisfecho con recuerdos de los manjares tentadores, llenos de grasa, azúcar y nata, que comían en el pasado. Las normas de conducta humana fueron olvidadas y la imagen del hombre se difuminó. A pesar de esto, con esfuerzo sobrehumano, nuestra esperanza de que la guerra acabase persistía.

En el transcurso de medio año demolimos el anexo de la famosa fábrica textil checoslovaca Hermanos Hoffman y sustituimos su moderna maquinaria por equipos gigantescos para la producción de revestimientos antitanque. A pesar de las prisas y los empujones de los capataces, ni un solo cargamento llegó a las líneas del frente. Los gerentes de la fábrica, nombrados por la menguante Gran Alemania, eran Oskar Schindler y su esposa, la legendaria pareja que salvó a 1.100 hombres y mujeres, entre otros a nosotros, de las garras de Goeth y de los hornos de Gröss-Rosen. Los Schindler se ocupaban de nosotros de una forma que sobrepasaba nuestra capacidad de comprensión, la capacidad de comprensión de unos esclavos que habían olvidado que alguna vez habían sido ciudadanos libres. Los Schindler fueron una rara excepción dentro del imperio nazi. Nos alimentaban pagándolo de su bolsillo, aunque esto también se acabó. Ya nos habíamos comido todos los caballos que habían sucumbido a la gran hambruna de la región, habíamos acabado con toda la remolacha seca destinada a los caballos (bendita sea su memoria) y llegó un momento en que no quedaba una miga para sobrevivir. Incluso las máquinas dejaron de funcionar porque no habían recibido lo que les correspondía —suministros y repuestos—. En poco tiempo, la Solución Final estaba llamando a nuestra puerta. Parecía muy sospechoso que el *Untersturmführer* Liepold y sus secuaces hubieran dejado de torturarnos. El rumor era que Liepold esperaba una orden de Berlín, en esos momentos sitiada por los rusos, pero era dudoso que tal orden llegase alguna vez.

Por la noche oíamos explosiones procedentes del frente, que se acercaba. Veíamos camiones alemanes acelerar en dirección opuesta, una buena señal. Abandonados, yacíamos desganados en nuestras literas. Incluso mi vecino permanecía tumbado a mi lado sin molestar con eructos ni tirarse un solo pedo. Observaba las moscas del techo que esperaban para abalanzarse sobre un cadáver fresco.

Recordé un viejo sueño que solía recordar en situaciones desesperadas como aquélla. Siempre que me veía abandonando mi encarnación actual en este mundo cruel, el sueño regresaba portando su significado especial. El ambiente del sueño se situaba varios años antes de aquella conmoción histórica. Estaba aprendiendo a recitar el *Haftarah*, un pasaje que tenía que leer en mi *Bar Mitzvah*. El *melamed*, el profesor de hebreo, había intentado por muchos medios inculcarme el amor a ese alfabeto exótico, pero yo no conseguía asimilar los cómicos caracteres invertidos. Incluso las páginas del libro que el profesor besaba al principio de cada clase se pasaban hacia atrás.

— *Rebbe* —le pregunté en polaco—, ¿por qué la lengua judía está del revés? ¿Por qué todo está invertido?

El *rebbe* abrió el libro con exagerada reverencia, señaló una letra *lamed* entre otras *lameds* dispersas por la página, y respondió en polaco:

—Mira esta *lamed* que se halla en la mitad del alfabeto hebreo. Es la única que sobresale por encima de las demás, como si señalara hacia arriba. En la lengua sagrada, *lamed* es la forma imperativa del verbo «aprender», y quienquiera que aprende, aprende, y el aprendizaje lo eleva a estratos superiores.

En ese momento no entendí mucho el sermón. Por ejemplo, mientras alzaba la vista hacia el profesor nunca me creí capaz de volar como un pájaro. Todo lo que veía era el techo, no un estrato superior. Sin embargo, algo se agitaba en mi cerebro y las letras adoptaron una nueva forma para mí: se volvieron tridimensionales y se irguieron con orgullo. Poco a poco, comencé a profundizar en las extrañas frases. Copiaba las letras con las vocales añadidas, escribiendo palabras que no entendía y formando oraciones sacadas de las fuentes inexploradas del idioma.

Algo significativo se desarrollaba en mi mente, como si una palanca hubiese activado un poderoso generador de alta tensión.

Tras unas cuantas clases, fui capaz de leer palabras cuyo significado apenas había aprendido, y mi curiosidad siguió creciendo. Continuamente me veía asaltado por fragmentos de plegarias, que para mí eran versos mágicos de algún brujo. Me sentía hechizado por la voz gutural que susurraba en mi cerebro despertando ecos de generaciones pasadas y que dominaba mis pensamientos.

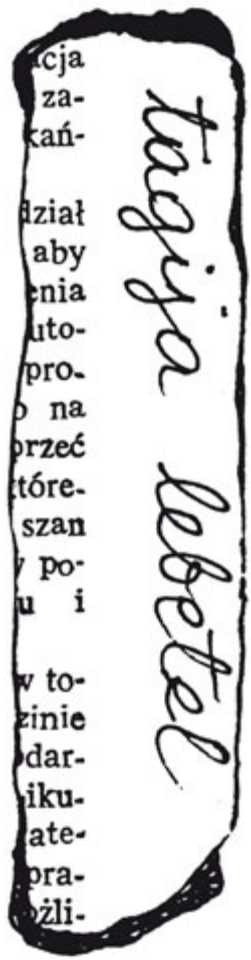
Una mañana, medio dormido, mis oídos captaron la voz de algo que no podía ver. Aunque no pude escribir las palabras que

oía en su versión original, las deletreé fonéticamente en polaco en el margen de la hoja de un periódico. Escribí « *tagija lebetel*». Cuando llegó el *melamed*, le mostré lo que había escrito.

—No lo entiendo; ¿está escrito en la lengua de nuestros antepasados?

El profesor miró rápidamente hacia el cielo, después posó su mano sobre mi cabeza y me miró a los ojos con profundo respeto.

—Este gran sueño tuyo confirma lo que predije. La voz te dice que estás obligado... en realidad te cuenta que algún día llegarás a *Beth-El* [en hebreo, «la casa de Dios»].



Después repitió la profecía en polaco. Desde entonces, tal y como me prometieron desde arriba, he cruzado seguro todos los ríos de Babilonia, ríos llenos de tortura y sufrimiento. En todo momento sabía que en algún lugar sagrado pero remoto había un

sitio reservado para mí.

Incluso aquel día, cuando sentía que estaba en las últimas, recordé la voz que había dictado un sino más generoso para mí.

Me preguntaba si la divinidad me defraudaría una vez más.

En el último minuto, mi destino se acordó de mí; me agarró por el cuello y, literalmente, me arrancó de los brazos de la muerte. Con un esfuerzo desesperado, me levanté de la litera y, apoyándome en la pared, bajé al patio. Vi a un grupo de judíos cavando una fosa profunda y les pregunté qué estaba pasando: «No sabemos», respondieron.

En ese momento, Schindler, el director, vino y me dio una botella de vino caro forrada de mimbre. Señalando con la cabeza la oficina del *Untersturmführer* Liepold, dijo: «Dale esta botella de orina.» Capté el mensaje y obedecí su orden. Sólo porque Liepold se había emborrachado y perdido el sentido, y porque sus temerosos ayudantes habían abandonado, no pudo ejecutar las instrucciones finales de un Berlín en llamas: «¡Acaba con los judíos!» La fosa, que ya había sido rellenada de cal, continuaba vacía y nosotros, los 1.100 prisioneros, fuimos elegidos para la vida. Dos días más tarde abrimos la puerta principal a los primeros rusos, que nos trajeron flores en las bayonetas y nos ofrecieron la libertad. Así acabaron los años de matanzas. Desde ese día el sol también brilló para los judíos.

Damas y caballeros, ahora estamos entrando en el dispensario de Plaszow (21 y 22). Le dimos el noble título de «hospital», que ciertamente no merecía. Los alemanes mantenían aquí a los enfermos a fin de prevenir epidemias. Además, en caso de una «acción» se evitaban buscar a los «vagos» en los barracones. Los cargamentos a los hornos se reunían aquí. Los alemanes no tenían ninguna intención de mantener hospitales, ni siquiera enfermerías para los presos. En lenguaje llano, el dispensario era un lugar de paso para los condenados a muerte. Bajo la supervisión de las SS, los médicos ayudaban a los enfermos a morir rápido y sin interferencias. Debo decir a su favor que en aquellos días morir en la cama era considerado un lujo.

Si alguno se engañaba pensando que aquí podría curarse, su primer contacto con la instalación le dejaba claro que, sin medicamentos, sin equipo y sin buena voluntad, no se podía ayudar a nadie. Normalmente, los médicos y las enfermeras se ocupaban de las heridas y los moratones causados por los azotes, así como de las fracturas. Pero no todas las víctimas de lesiones sangrantes eran enviadas aquí; a veces, el comandante mandaba a

alguien a las canteras para que las heridas se le curasen con el duro trabajo, o administraba un golpe de gracia con una bala en la cabeza y una patada en el trasero. Los dos barracones del fondo a la derecha (1 y 4) fueron concebidos para las enfermedades infecciosas, aunque sólo había una cura para ellas: una inyección de benceno o de gasolina.

Las visitas al dispensario eran raras. Quizá nuestra dieta mezquina nos protegiera de las enfermedades comunes, o también pudiera ser que el trato cruel nos habituase a las cosas de las que nos habríamos dolido antes de la guerra —o nos hiciera más reacios a reconocer la debilidad—. La gente se avergonzaba incluso de admitir que estaba depauperada, que había llegado al límite. Decir eso equivalía a entrar en la categoría de los «vagos», aquellos que se negaban a trabajar y podían ser sentenciados a muerte en la horca o masacrados sin pasar por el hospital.

Nuestra vestimenta consistía en uniformes rayados de tela fina y sin forro, cuya ausencia de algodón estaba garantizada, una gorra del mismo material y zuecos de madera sin cordones ni calcetines. No había ni camisetas ni calzoncillos, y los abrigos y los jerséis estaban prohibidos. Si se descubría que alguien llevaba lo que fuera bajo la ropa rayada, ésa era la última vez que llevaba algo encima. El cuerpo desnudo era arrojado a una fosa y el uniforme lavado y guardado para su futuro uso. Si una mujer

usaba sujetador o bragas, los agentes de las SS le pintaban los pechos de rojo.

Durante los temporales del invierno la lluvia nos calaba hasta los huesos y, cuando nevaba, nos convertíamos en bloques de hielo. A pesar de esto, no recuerdo haber padecido ni siquiera un resfriado, ni una gripe, una congestión nasal o un ataque de tos. Es probable que cayera enfermo, aunque otras dolencias se sobrepusieron a estos síntomas.

Con la ayuda de la *protekzia* y una barra de pan, una vez me las arreglé para ser admitido en una clínica dental para que me empastaran un diente que me dolía. Mientras estaba sentado, el agente de las SS responsable de la clínica me miró la boca y ordenó: «Extraigan un incisivo sin anestesia.» Esto fue llevado a cabo al instante. Yo temía protestar o gritar de dolor durante la extracción de un diente perfectamente sano. Tras el incidente, el diente enfermo no me dolió nunca más.

El solar situado detrás del dispensario tenía que ser un crematorio (K). Todos los materiales habían llegado ya, pero los caballeros de la raza superior no pudieron concluir esta moderna y eficaz herramienta para la Solución Final.

En estos momentos nos dirigimos hacia Gorka Chujowa (206), la «colina del Pene», un lugar santificado por la muerte de miles de judíos asesinados por los nazis, ya fuese por el fuego o por la espada, por bestias salvajes, hambre, sed, enfermedad, estrangulación o lapidación. La vulgar denominación de este emplazamiento histórico procede del nombre de un agente de las SS, Huyar, que sonaba como *chuj,* «pene» en polaco. Tal vez llamándola así los prisioneros querían expresar su desamparo ante la degradación y el cinismo de un mundo que los ignoraba.

Los alemanes usaban dos refugios subterráneos de la Primera Guerra Mundial como fosas comunes en las que innumerables personas fueron conducidas al matadero e inmoladas. El procedimiento establecido era como sigue: las víctimas eran llevadas a los refugios en grupos. Los del primer grupo se desvestían, entregaban sus ropas, colocaban una capa de leños y se tumbaban en fila para ser ametrallados. El segundo grupo se desvestía, cubría a los muertos con otra capa de leños, se tumbaba del mismo modo. Así sucesivamente hasta que el último grupo era obligado a verter gasolina sobre los cuerpos y encender una hoguera antes de morir. Nadie emitía un grito porque los alemanes se habían cuidado de taparles la boca con yeso. Una vez, uno de los condenados escapó milagrosamente y describió como los

Wachmans (prisioneros rusos que cooperaban con los nazis), después de matar a setenta judíos de la ciudad de Bonarka, se pusieron a la cola para complacerse violando a una judía muerta. «Más rápido, más rápido, que el cuerpo todavía está caliente», se exhortaban.

Desde esta elevación del terreno se ve el campo entero. Miren más allá de la alambrada, hacia las casas y calles del Plaszow libre. En los tiempos del comandante Goeth, nunca dejamos de mirar el paisaje. Éramos los esclavos de Hitler que trabajábamos como esclavos, en toda la extensión de la palabra, y aun así, en medio de nuestra degradación, teníamos prohibido disfrutar de un momento de descanso. Cuando algún capataz o subalterno mandaba cruzar una calle a alguien, la orden era ejecutada a la carrera. Al encontrarse con algún portador del símbolo nazi, el judío tenía que quitarse la gorra, cuadrarse, identificarse por su número y declarar la naturaleza de la tarea que estaba desarrollando y su destino. En los mejores casos, tales encuentros terminaban con una patada en el trasero o una brutal bofetada. Otra forma de evitar que contempláramos el paisaje eran las hogueras diarias en Gorka Chujowa, que llenaban el aire con el hedor de la carne quemada y con nubes de humo asfixiante.

Hoy el campo está tranquilo. No hay martilleo, ni gritos ni maldiciones en alemán. La zona industrial está en silencio. Pero en aquellos días, cuando las ruedas engrasadas de la máquina de matar habían hecho picadillo a decenas de miles de judíos, previamente privados de cuanto poseían, en una carnicería inútil, en esos días vivía un sabio judío llamado Yitzhak (Isaac) Stern, quien, con la ayuda de Mietek Pemper y del ingeniero Sigmund Greenberg, sugirió al comandante Goeth que el campo podía jugar un papel constructivo en la marcha de la guerra. En vez de matar a los judíos, los alemanes podían usarlos a ellos y usar sus máquinas, almacenadas en el gueto, para hacer munición. La idea no contribuyó mucho al esfuerzo bélico alemán, pero salvó la vida de unos 20.000 judíos destinados a la muerte.

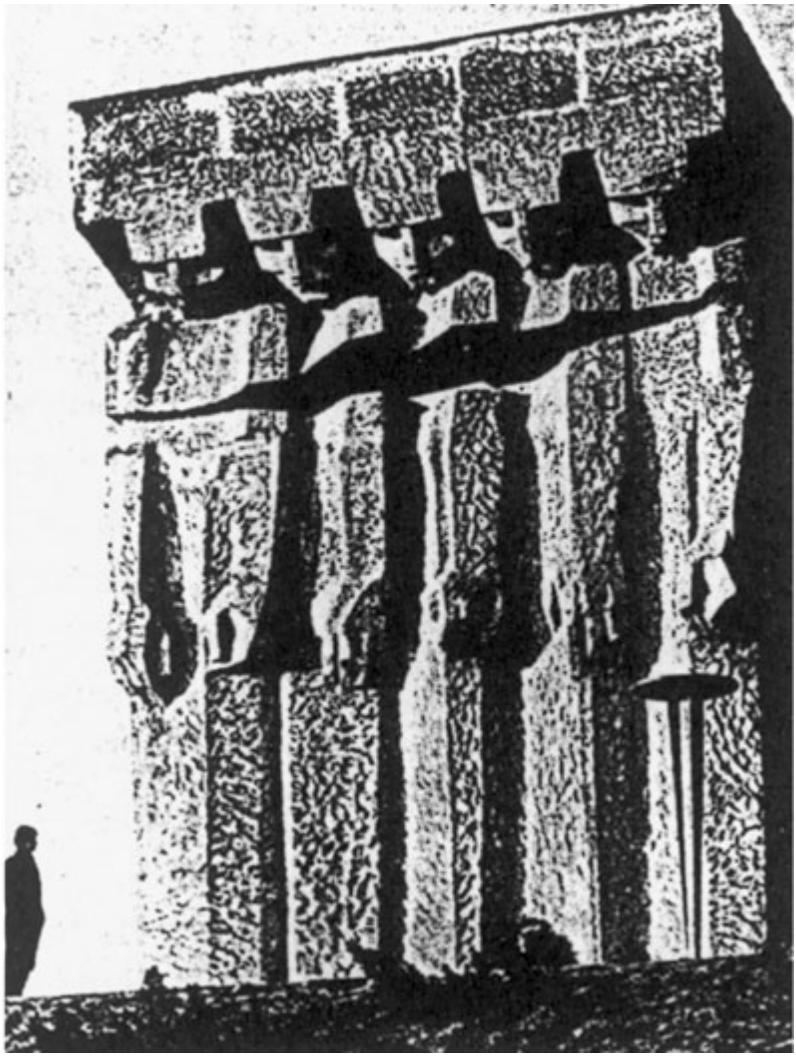
A fin de trazar los planos para los talleres que serían necesarios, los de la oficina de construcción trabajamos sin descanso durante varios días con sus noches. Las autoridades aceptaron el plan y encargaron suficientes materiales como para construir tantos talleres como ya estaban en pie. Aquí, en la primera fila, cerca de la calle Bergen, están la cerrajería y la hojalatería (84). A su lado se hallan la fundición (89), el almacén central (85), la fábrica de calzado (82), la relojería (83) y el taller

del electricista (87). Enfrente están los cobertizos del carpintero (91 y 94), la imprenta (92) y la fábrica de cepillos (95). Este polígono industrial fue posteriormente ampliado con diecisiete talleres de sastrería, peletería y tapicería.

Varios meses después se realizó una nueva ampliación. El campo de trabajo, donde el asesinato ya era desenfrenado, se convirtió en campo de concentración oficial, repleto de ingeniosas instalaciones para la destrucción de seres humanos. Fuimos transferidos de la tutela de las autoridades regionales a las manos de la policía alemana y de las SS, los expertos en exterminio masivo. El lugar recibió la denominación oficial de campo de concentración de Plaszow y se nos entregaron los uniformes rayados de los prisioneros normales. El puesto de comandante pasó a ser permanente, lo que libraba a quien lo ostentaba de servir en el frente. Los talleres también recibieron la aprobación oficial, de modo que ya no fue necesario ocultar su papel en el esfuerzo bélico.

Desde entonces, nuestros talleres realizaron tareas de mantenimiento para el campo, así como encargos privados para el personal de las SS y los oficiales de alto rango. Los sastres cosían uniformes a medida, mientras que los zapateros hacían o reparaban calzado para el comandante, sus amigos y sus subordinados. Los impresores publicaban literatura *underground,* presumiblemente para los provocadores, avisos de sentencias de muerte y todo tipo de documentos clasificados. El almacén central albergaba artículos de propiedad judía pulcramente ordenados (cámaras, relojes, dientes de oro, utensilios de cocina, etc.). También guardaba las pertenencias de antiguos humanos pasados «bajo la excavadora» o llevados a la cima de Gorka Chujowa.

Por este almacén y otros el comandante Goeth terminó encerrado en una cárcel alemana condenado por robo. De acuerdo con el dicho judío, debería haber sido absuelto, puesto que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón. No obstante, el alto tribunal alemán era de otra opinión: sostuvo que las propiedades judías saqueadas pertenecían al Estado. Al final de la guerra Goeth acabó en una cárcel polaca, y fue colgado tras un juicio rápido.



Monumento erigido en el campo de concentración de Plaszow. La inscripción no menciona que la mayoría de los prisioneros eran judíos.

Regresamos ahora a la avenida de las SS. Más arriba, a la izquierda, se hallan los chalés de los oficiales que ayudaron a Goeth en su carrera. En Villa Roja, su hogar, Goeth llenaba cajones de tesoros judíos. Detrás de Villa Roja están las jaulas de los perros (180), entrenados para atacar a personas vestidas de rayas y alimentados a diario con cane y sopa de fideos. Cuando un judío tenía que referirse a un perro delante de un alemán tenía que usar el nombre de la bestia precedido de la palabra «señor», mientras que él mismo era un número. Por ejemplo, hubiese dicho: «Hoy el

señor *Rolf* está aburrido en su jaula.» Los edificios situados detrás, a mano derecha, son los establos (138), los garajes (132), los laboratorios químicos (130 y 131), los almacenes de libros (133 y 134), las pocilgas (137) y los corrales de ocas (140) y de conejos (139). Volvemos a pasar por la Casa Gris, ubicada entre los barracones y las ruinas de la funeraria. Ahora nos aproximamos a la puerta principal y a la carretera que lleva al mundo libre, a nuestra realidad, de modo que cada uno puede recuperar su vida privada.

Esto es todo, damas y caballeros. Han recorrido ustedes todo el campo. Pero apenas hemos arañado la realidad, apenas hemos visto una gota en un mar de lágrimas. Describir el campo de Plaszow correctamente es una tarea equivalente a erigir un rascacielos con una sola mano, un edificio formado por el sufrimiento de miles de judíos.

¡Adiós! Están abandonando «mi Plaszow», tal y como lo tengo grabado en mi mente y en mis recuerdos, y que una y otra vez revivo en mis constantes pesadillas.

LA DESPEDIDA

Aunque nuestra vida juntos fuera muy corta,
ahora debo partir.
Me voy, triste y desolado,
hacia un destino dispuesto por estos tiempos desesperados,
por un camino sin señalizar.
Hacia un destino burlón.
Todo está preparado para darme la bienvenida.

Me voy, pero cuando las puertas se cierren tras de mí
y reine un silencio momentáneo,
cuando el tiempo erosione mis huellas,
no pienses en mí con pesar,
porque atrás dejo muy poco:
el corazón de un poeta chiflado,
unas cuantas cartas, algunas odas dedicadas a ti,
una flor marchita y los sueños que soñamos
sobre los días que pasaríamos juntos,
y planes que, ¡ay de mí!, no se hicieron realidad.
¿Recuerdas nuestra casa soñada,
la que nunca fue,
tu despacho y el mío?
Querido Dios, ¿por qué no puedes ser amable?

Pero si, como predije, las cosas cambian,
y si los recuerdos perviven en tu mente,
piensa en mí a menudo,
sin la pena que ahora nos abate.
Nuestros caminos volverán a cruzarse.
Entonces... ¿por qué lloras?
No llores más, no estés triste...
Porque, mira, yo también resisto...
Bueno, adiós, ¡hasta la vista!
Dame otro beso y otro abrazo
y cuídate,
mi amor querido y sagrado.

NOTA

El autor escribió este poema a su esposa cuando fueron separados durante el cierre del campo de concentración de Plaszow.

Fue Rebecca Bau quien consiguió un puesto para su marido en la lista de Schindler. Cuando Amon Goeth supo que Rebecca sabía hacer la manicura, la llamó para que se la hiciera. Le puso una pistola en el codo y le dijo que si le pinchaba o arañaba, le dispararía allí mismo.

Aunque Rebecca tenía miedo y algunas veces se escondía, se convirtió en manicurista. Gracias a este trabajo conoció a los miembros del gabinete de Goeth, entre ellos el secretario judío de éste, Mietek Pemper. Un día, Rebecca vio que un guardia nazi estaba a punto de disparar a la madre de Pemper. Intervino advirtiendo al guardia de que si Goeth se enteraba de a quién había matado, lo ejecutaría. La madre de Pemper se lo contó a su hijo, y cuando la lista de los judíos que Oskar Schindler podía llevarse a su fábrica de Checoslovaquia estaba siendo confeccionada, Rebecca fue a ver a Pemper y le recordó el favor que le debía. Cuando iba a poner el nombre de ella en la lista, Rebecca lo sustituyó por el de su marido. Muchos años después, cuando la película *La lista de Schindler* fue estrenada, le dijo a un periodista que ella tenía fe en su propia supervivencia, pero que temía por su marido: «Para mí, mi marido era más importante, y yo no tenía miedo.» Así fue como Joseph Bau se enteró de cómo se libró del calvario del campo de concentración de Gröss-Rosen.

Rebecca Bau fue enviada a Auschwitz, donde la escogieron tres veces para la cámara de gas, y otras tantas veces se salvó de una muerte cierta, la última gracias a su elocuencia. Durante una selección, Josef Mengele interpretó una mancha roja en su pecho como un síntoma de enfermedad y la escogió para la fila de los que tenían que ser gaseados. Rebecca se dirigió hacia la fila, pero se dio la vuelta y regresó al grupo de mujeres desnudas pendientes de examen. Tres veces se presentó y tres veces fue seleccionada para morir. La última vez, Mengele la reconoció y se puso furioso, pero Rebecca no se achantó.

Le dijo que no estaba enferma y que el grano le había salido porque estaba menstruando. Dubitativo, ya que según él en los campos las mujeres dejaban de menstruar, Mengele ordenó que una polaca le hiciera una prueba pasándole un trapo. Cuando la mujer verificó la versión de Rebecca, el «Ángel de la Muerte» tuvo

que rectificar y dejar que se uniera a la fila de los vivos.

Gracias a Oskar Schindler, el salvador de judíos, y al heroico Ejército ruso, las puertas selladas del campo de concentración de Brinnlitz, donde yo estaba internado, se abrieron para toda la eternidad. Nosotros, los presos liberados, aún con nuestros uniformes a rayas, nos dispersamos en todas las direcciones, no sin antes vaciar los almacenes de propiedades judías requisadas por los soldados alemanes. Me uní a un trío de camaradas y cada uno de nosotros llenó maletas enteras de cosas que habían sido nuestras cuando el mundo de sus custodios temporales se hizo añicos. No teníamos un objetivo concreto y desconocíamos la geografía del lugar donde el destino nos había colocado.

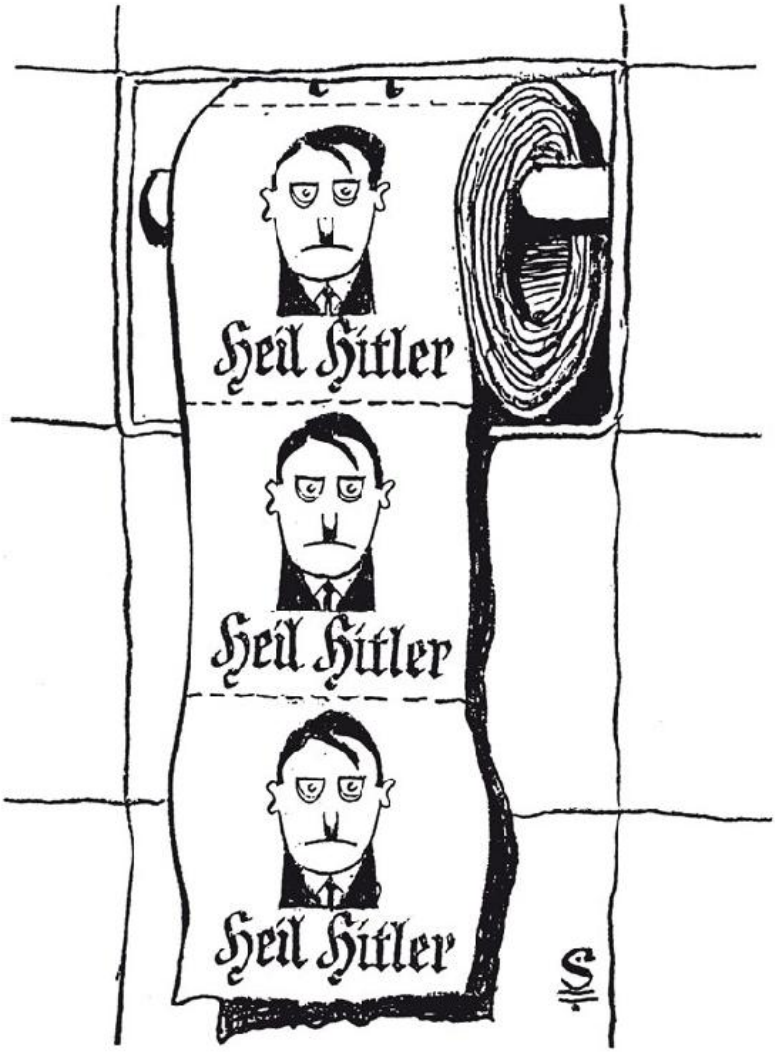
De pronto, divisamos en el horizonte un tren de carga que avanzaba por el paisaje desconocido. Ajeno al hecho de que, debido al hambre prolongada y a la deshidratación, apenas pesaba treinta kilos, me puse a correr con mi carga, que debía pesar al menos el doble que yo. De forma espontánea había tomado la decisión de dirigirme a mi ciudad natal de Cracovia, donde esperaba encontrar a mi familia esperándome con impaciencia, y

estaba ansioso por tomar el tren. Corrí por campos labrados, salté matorrales, vallas y traviesas hasta que, en un estado de absoluto agotamiento, alcancé el último vagón. Con mi último aliento, arrojé mi carga y mi persona sobre el tren justo cuando el convoy había decidido parar para tomarse un pequeño descanso. Cuando el tren se puso en marcha de nuevo, me di cuenta de que el vagón en el que estaba había sido separado del resto del tren. Me habían dejado atrás. Cuando mis compañeros me alcanzaron estaban maravillados de que hubiera conseguido adelantarme tanto, porque ellos no tenían fuerzas ni para seguir.

Otro tren de carga llegó esa noche. Sin preguntar al personal del ferrocarril adónde se dirigía, nos abalanzamos dentro de un vagón repleto de pasajeros y equipaje. En la más completa oscuridad y sacudidos por el movimiento del tren, tratamos de enterarnos por la gente más próxima dónde estaríamos a la mañana siguiente, pero las respuestas no hicieron sino aumentar nuestra confusión.

Sin embargo, desde la densa muchedumbre una voz se alzó para proporcionarnos la información que buscábamos. El que hablaba parecía un contrabandista que conocía bien la región. Nos recomendó bajar con él en la estación de Morawska Ostrowa, la posterior a la siguiente.

Desde allí podríamos ir caminando hasta la frontera checo-polaca. Resultó ser un buen consejo, pues enseguida llegamos a una alambrada vigilada por guardias. Nos registraron y revisaron nuestra documentación, así como todos y cada uno de los artículos de nuestro equipaje. Tras la inspección nos permitieron rehacer las maletas y cruzar la frontera. ¡Hurra! ¡Al fin estábamos en casa! Ya no necesitábamos intérpretes torpes porque las señales nos hablaban en polaco.



Nuestro «guía» desapareció, aunque a esas alturas ya no nos podía ayudar más. Los paisanos nos trataron amistosa y comprensivamente al enterarse de que éramos supervivientes del Holocausto. Unos cuantos milagros más ocurrirían antes de que llegásemos a Cracovia, pero cuando lo hicimos nos separamos apresuradamente, sin abrazos ni apretones de manos, y cada uno se dirigió hacia lo que había sido su casa.

Nervioso, corrí hacia la calle en la que había nacido, hacia la casa donde me había criado. Nada había cambiado, aunque nuestros antiguos vecinos, a quienes me encontré en el pasillo, me susurraron que en nuestro piso vivía el portero, que tenía un cuchillo a mano cerca de la puerta. Se había mudado cuando mi

padre le había entregado la llave, cuando los conquistadores alemanes nos habían obligado a entrar en el gueto. Los vecinos parecían contentos de verme con vida y se ofrecieron a alojarme en su casa hasta que el resto de la familia llegase. También me dieron la dirección de un comité judío donde podría hacer averiguaciones sobre el paradero de los míos. Me llevó algunas visitas y la lectura de todas las listas de supervivientes enterarme de que mi madre había muerto en Bergen-Belsen tras la liberación. Los soldados americanos se compadecieron de los prisioneros demacrados y les habían alimentado con enormes cantidades de comida nutritiva. Sin embargo, los estómagos menguados de los cautivos no habían sido capaces de digerir los manjares y, en un solo día, 10.000 de ellos habían muerto de empacho. Mi hermano Marcel estaba en algún lugar de Alemania. Mi esposa, Rebecca, había salido de Lichtwerden, el campo de concentración checo, pero había resultado herida cuando el carro en el que viajaba había volcado. Se encontraba en un hospital de Freudenthal.

Sin tomarme el tiempo de quitarme el uniforme rayado del campo, me procuré un permiso para ir a Checoslovaquia y ponerme a buscar a mi esposa. Viajando en un tren de carga, el método de transporte usual en aquellos días, volví a Morawska Ostrowa. En una mezcla de checo y polaco pregunté al jefe de estación cómo llegar a Freudenthal. El funcionario, ataviado con una gorra roja, señaló un tren que estaba saliendo en esos momentos y me dijo: «Tome este tren hasta Szwinow. Cuando llegue allí, salte del tren en marcha y tome un tren de pasajeros hasta Freudenthal.» Me senté en la puerta abierta de un vagón con los pies colgando fuera. Vencido por la fatiga, me quedé dormido en esa peligrosa posición. Cuando desperté, me di cuenta de que debía de haberme pasado del punto donde tenía que saltar. También resultó que el otro tren iba por la vía contraria, así que de todos modos lo hubiese perdido. Me bajé en la siguiente estación y pregunté a una cuadrilla de obreros cómo llegar a Szwinow. Su respuesta fue partirse de risa y decirme que estaba muy lejos, aunque me señalaron un tren que comenzaba a moverse justo en la dirección de donde yo venía. Esta vez escogí un vagón plano sin techo a fin de no pasarme de estación. Una mala decisión, porque comenzó a llover y a granizar. Estaba calado hasta los huesos cuando llegué a Szwinow y tomé un tren de pasajeros. Elegí un asiento de ventana y, hambriento y exhausto, me quedé dormido enseguida. De modo que cuando el revisor mandó a todos los pasajeros que bajaran yo seguía en mi sitio. De

su explicación en checo inferí que el tren que había perdido se había precipitado al río cuando cruzaba un puente. Nadie sabía aún cuántos pasajeros se habían ahogado ni si había algún superviviente. En cuanto a nosotros, un autobús nos llevaría a la otra orilla por la mañana.

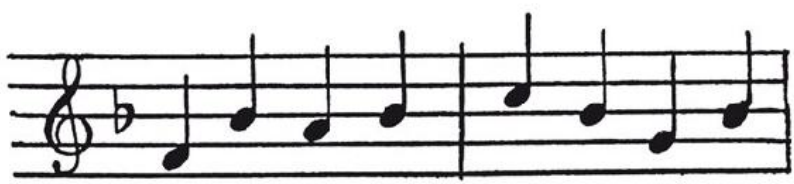
De repente, una mujer, reparando en mi uniforme rayado, me acusó de ser un alemán huido de un campo donde estaban detenidos los acusados de crímenes de guerra.

Mi contestación de que en realidad yo era un superviviente judío de un campo de concentración fue en vano. Ella siguió insultándome a gritos y me arrastró a la comisaría. El agente de servicio revisó mi documentación y, una vez convencido de que contaba la verdad, me preguntó en qué podía ayudarme. Le conté la historia de mi búsqueda de mi mujer, herida en accidente de carro.

—¿Sabes? —me dijo—, aquí en Opawa tuvimos un accidente parecido con un carro. De hecho, todavía hay varias chicas en el hospital.

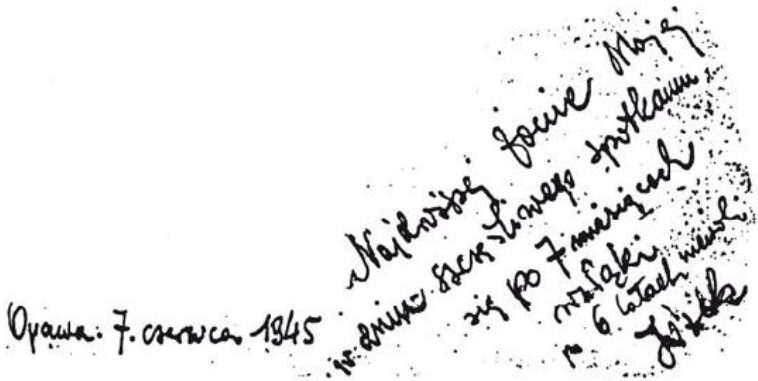
Le pregunté si conocían a mi esposa; posiblemente procedían del mismo campo. Respondió ordenando a un policía que me escoltara hasta el hospital. Así concluyó mi búsqueda... pues allí encontré a Rebecca.

He intentado describir nuestro encuentro, pero me faltan las palabras. ¿Cómo se puede retratar un milagro? He llenado docenas de páginas de recuerdos de ese día feliz, pero sigo corrigiendo frases y párrafos y volviendo sobre las correcciones. Nada de lo que pudiera decir sería suficiente. He intentado contar el incidente de la mujer checa que me arrastró a la comisaría debido a mi uniforme de rayas, lo que permitió que encontrara a Rebecca en Opawa en vez de seguir hacia Freudenthal tras el tren que se había caído en el río sin mí, o cómo entré en el hospital con el policía y silbé la melodía que habíamos usado para localizarnos en el campo de Plaszow...



No, no tengo palabras para describir aquel encuentro maravilloso, que desafiaba todas las leyes de la naturaleza. Dejaré

que usted, querido lector, imagine lo que ocurrió en esa noche portentosa del siete de junio de 1945.



«A mi preciosa esposa, en el día de nuestro feliz reencuentro tras siete meses de separación y seis años de cautividad.» Ésta es la dedicatoria que escribí en el libro de poemas que le regalé a mi esposa en nuestro reencuentro. El libro era del tamaño de un paquete de cigarrillos y lo había escrito a mano en el campo de concentración de Plaszow.

HAMBRE INTENSA

Mis pantalones remendados, ceñidos a una huesuda cadera por el cordón de un zapato,
esconden la silueta de lo que fue mi ombligo,
como un mendrugo de pan en un bolsillo andrajoso.

El hambre ha construido un nido en mis entrañas desiertas.
Ha fructificado y se ha multiplicado,
llenándome las tripas de
un hambre que quema.

¡Oye! ¡Destápame la boca!
Voy a engullir todos los graneros del mundo.
Desayuno... comida... cena...
Disfrutaré de un eterno banquete real.
Me atiborraré sin medida,
usaré las uñas como tenedores para trinchar carnes tostadas y grasientas,
sazonadas con ajo y eneldo,
las salsas picantes cuyo aroma hace unas cosquillas celestiales
los pasteles cremosos cubiertos de mantequilla derretida...
y más pasteles que me acaricien el paladar,
salsas de cebolla frita con ensaladas con mayonesa
y carnes asadas, guisadas, fritas y ahumadas.

Aquí llegan los aperitivos, el primer plato y el resto.
Millones de platos, carne y lácteos:
que mis oídos se agiten de gula
y que mis ojos sedientos se llenen de ansia;
que por la barbilla me gotee grasa espesa y pegajosa.
No me limpiaré ni con la mano ni con la manga.
Que mi lengua, en su capricho, haga su trabajo en las plazas de mil ciudades, con o sin «buen provecho».
Eeerup! Dejo escapar un sonoro eructo y reclamo:
«Damas y caballeros, sólo un poquito más, hasta quedar saciado.»

Mientras tanto, disfruto de comidas digeridas hace mucho

tiempo.

Clamo al cielo con las manos,
pido limosna, como todos los mendigos del mundo,
para que alguien me dé pan de la tierra,
aunque sea por medios taimados.

Querido Dios, ¿tú has pasado hambre alguna vez?

«Nunca había reparado en cuántos cojos hay en nuestra ciudad», me dijo un pariente que se vio obligado a usar muletas por un tiempo. Mientras sus piernas estuvieron sanas y funcionaron perfectamente, no reparaba en los desafortunados, los cojos y los renqueantes. Sólo cuando él mismo sufrió esa desgracia se percató de la de ellos.

Algunos años antes de la guerra, hubo en las cárceles de nuestro país muchos prisioneros de un régimen dictatorial. Una vez mi padre me llevó de paseo con él para abrir el apetito antes de la cena. Sucedió que pasamos por una prisión con barrotes en las ventanas.

—La gente que está ahí dentro no tiene nada que perder —me dijo mi padre—. Vamos a cruzar para evitar que nos hagan daño.

Obedecí sin preguntar lo que había querido decir con «la gente que está ahí dentro no tiene nada que perder».

No lo entendí, aunque, de no haber estado ahí, ¿hubiesen tenido entonces algo que perder? Traté de extraer la sabiduría escondida en sus palabras, aunque sin éxito.

La expresión me preocupó durante años, en unos momentos en los que comenzaba a saborear la vida por primera vez, antes de familiarizarme con el mundo. Sólo cuando los alemanes me

pusieron entre rejas comprendí lo que mi padre había querido decir con su advertencia, pero no estaba de acuerdo con él. Cuando yo mismo me encontré encerrado, muchos problemas hasta entonces irresolubles estaban claros como el día. Vestido con el uniforme de la prisión, contemplé el mundo de un modo diferente, aunque el mundo también me contemplaba con ojos distintos.

Una vez, después del pase de lista nocturno en el campo, al final de una de esas desdichadas jornadas que sufríamos, me quedé de pie con mi mujer ante la puerta de acceso a los barracones de las mujeres.

—Mira, el mundo guarda silencio. Aquí están matándonos sin pudor alguno y el mundo guarda silencio —me susurró mi esposa, y me miró como si esperara mi respuesta a una acusación tan grave. Su gesto de dolor atravesó mi delgada capa de esperanza, como si quienes compartían mi destino sufrieran por mi causa, como si mi aspecto desamparado jugara un papel crucial en aquel vergonzoso drama—. Bueno, ¿qué tienes que decir? —insistió, con la barbilla levantada y los labios fruncidos.

La respuesta de los servicios internacionales de información...

Intenté evitar sus ojos. Sabía que no se me ocurriría una respuesta aceptable, sabía que todos los buenos au

gurios con que la había estado alimentando en cantidades industriales a fin de animarla y fortalecerla caerían derrotados en

su batalla contra la realidad. Las últimas noticias de la radio clandestina, que prometían la creación un segundo frente y el final de la guerra, caerían como la línea Maginot. No tenía ninguna respuesta, pero me negaba a ondear la bandera de la derrota de mis creencias.

Mi situación era como la de un comerciante que ha vendido a su cliente un producto defectuoso y, en vez de tranquilizar su conciencia admitiendo que él mismo se ha dejado embaucar por una propaganda engañosa, sigue elogiando el producto y sus múltiples usos, sin reconocer que se le deshace en las manos y que las piezas se caen sobre el mostrador.

A esas alturas estábamos acostumbrados a las torturas y la muerte era un invitado frecuente en nuestros hogares. Nos habíamos resignado a nuestro amargo sino, decidido por una lotería internacional que ya nos había acarreado innumerables pérdidas, vergüenza y ridículo público. Ya no esperábamos que un poder milagroso, un Mesías, apareciera y nos sacara de allí. Habíamos comenzado a creer que tenía que haber una razón para que estuviéramos recibiendo la ración más mezquina en el reparto de los destinos. Cualquier modo de morir se convirtió en comprensible y aceptable. Por ejemplo, a Moshe, el carpintero, un agente de las SS le partió la cabeza con un martillo porque no le gustó la forma en que había cosido su número personal al uniforme. Al pelirrojo de la tapicería lo colgaron porque le encontraron una patata en el bolsillo. Sinceramente, ¿por qué Moshe se había cosido el número torcido? ¿Acaso desconocía la obsesión alemana por el orden y la limpieza? ¿Y cómo llegó la patata hasta el bolsillo del pelirrojo? Seguro que no la había comprado en una tienda ni encontrado en la calle. Tenía que haberla robado, y si la había robado, que le sirviera de lección. Más adelante dejamos de buscar razones o de preguntarnos los porqués. Los que querían seguir vivos vieron la luz. Decían «es el destino» y «no ganamos nada resistiendo. El Todopoderoso decidió, tras meditarlo largamente, librarse de nosotros y expedir un permiso para la destrucción de su Pueblo».

Repentinamente tomé la decisión de decirle a mi mujer por qué el mundo guardaba silencio y le respondí con una pregunta de las mías:

—Dime: antes de la guerra eras una persona libre y tu propia dueña, ¿qué hiciste por las víctimas de la opresión y la violencia? Por ejemplo, recuerdo una noche de *Sabbath* que en casa nos sentamos a la mesa con las velas encendidas. Realizamos el ritual entero, y después, sobre el fino mantel, apareció un pastel aromático lleno de cosas dulces y cubierto de azúcar glaseado. Mamá, que resplandecía de orgullo, comenzó a cortar su obra maestra con el ceremonial que merecía una obra de arte. Cada uno de nosotros emitió un «¡um!» de placer según recibía una gruesa porción. Papá, relamiéndose impaciente, abrió la boca, enseñando

unos dientes de oro brillante, y dio el primer mordisco.

»Justo entonces, interrumpió la música de la radio el locutor, que anunciaba: “Acabamos de saber que, de forma milagrosa, un testigo ocular, una víctima del régimen fascista del otro lado de la frontera liderado por un tirano cruel, ha escapado para contar su caso. Ha descrito las condiciones de vida inhumanas y las atrocidades cometidas contra ciudadanos inocentes, y apela al mundo libre para que ponga fin a los asesinatos y a las torturas sádicas. El pueblo rebusca en la basura para procurarse comida, hay cadáveres por todas partes y no hay agua potable... Se teme una epidemia... La comunidad internacional, con su indiferencia, se lava las manos e ignora este doloroso asunto.” »Durante la emisión, papá continuó con su trozo de pastel en la boca y nos lanzó una mirada de reproche, como diciendo: “Y vosotros que parece que nos hacéis un favor comiendo estas delicias. ¿Oís lo que está pasando ahí fuera?” Con la boca llena de tarta, cruzó una mirada con mamá... Aguzó el oído para oír mejor y unas arrugas se le marcaron en la frente. Pero la radio emitió de nuevo música de baile desenfadada, y papá comenzó a masticar a su ritmo, como Charlie Chaplin en una película. Todos nosotros continuamos comiendo ruidosamente, y pronto olvidamos aquella desagradable interrupción de nuestra cena de *Sabbath*. Y tal vez en ese preciso momento una pareja joven y hambrienta estuviera mirando cuerpos asesinados y ensangrentados, y la mujer estuviera diciendo desesperada: “Mira, como puedes ver, el mundo guarda silencio.” Mi esposa se ajustó el pañuelo que cubría su cabeza afeitada, se dio un puñetazo en la frente arrugada y dijo con vergüenza:

—Sí, en aquellos tiempos no sabía, no me podía imaginar, lo que significaba la destrucción de un pueblo, pero ahora me estoy llevando mi merecido. Por supuesto que me importa. Ahora sé lo que hay que hacer.

Desde entonces he agotado muchos calendarios, nuestro planeta ha completado docenas de órbitas alrededor del Sol, toneladas de tinta multicolor han registrado la historia que sigue avanzando y algunos Estados han dejado de existir mientras que otros nuevos han ocupado su lugar.

Desde aquella noche, cientos de sábados por la noche han llegado y pasado. Hace un par de días, estaba sentado a la mesa con mi esposa y mis hijos a la luz de las velas. Realizamos el ritual acostumbrado y un pastel relleno y cubierto de azúcar glaseado apareció sobre el fino mantel. Lo recibimos con júbilo. Mi mujer

resplandecía de satisfacción mientras lo cortaba en gruesas porciones con la ceremonia que merece una obra de arte. Me relamía ansioso mientras me llevaba el primer trozo a la boca.

Entonces, la música de la radio fue interrumpida por un anuncio: «Acabamos de saber que, de forma milagrosa, un testigo ocular, una víctima del régimen fascista del otro lado de la frontera liderado por un tirano cruel, ha escapado para contar su caso. Ha descrito las condiciones de vida inhumanas y las atrocidades cometidas contra ciudadanos inocentes, y apela a la conciencia del mundo para que ponga fin a los asesinatos y a las torturas sádicas. El pueblo rebusca en la basura para procurarse comida, hay cadáveres por todas partes y no hay agua potable... Se

teme una epidemia.» Miré a mi mujer mientras la tarta se me pegaba a la boca y vi su expresión asustada y avergonzada. Se encogió de hombros y gesticuló impotente.

De pronto, me la imaginé con su vestido de rayas, con un pañuelo blanco en la cabeza afeitada, mirándome con ojos tristes y vacíos. La luz se atenuó y unas sombras famélicas vestidas con uniforme de prisionero me rodearon de nuevo. El viento helado trajo un ruido de disparos desde la distancia y mis fosas nasales inhalaron el olor a carne quemada. Llevé la mano a la barbilla, abrí la boca y escupí sobre los dedos los trozos de piedra disfrazados de pastel de *Sabbath*.

La radio continuó emitiendo música de baile y los niños saborearon el pastel sonoramente. Pero yo permanecí una hora más en ese campo de concentración que se halla enterrado en lo más profundo de mi ser.

EL DISPENSARIO

Tumbados en sus literas, secos,
con rastros de brillante sudor,
cuerpos marchitos y moribundos, demasiado débiles para gemir,
ya no parecen humanos:
Han perdido la voluntad de vivir, estos cuerpos deformados,
creados una vez a imagen de Dios.
Una plaga devora lo que los piojos han dejado
en los esqueletos vivientes, saldos para la muerte.

La esperanza lleva uniforme de *Kapo*.
Con un delantal empapado de sangre y pus,
camina pesado, monótono,
a lo largo y ancho del barracón,
contando los últimos minutos de los que se van
y los lugares que dejarán vacíos.

Uno, dos, tres...
Éste aún no, ése todavía no...
Cuatro, cinco, seis...
Tal vez mañana el sexto...
Éste al amanecer...
Siete, ocho.
Esto es todo por ahora.
Ocho números tachados de la lista
y un comentario en una nota:
«Murieron por voluntad propia.»

En la fundición cercana,
almas fritas bailan
la *horah* de los vampiros dementes
con el negro humo,
almas fritas que apenas ayer
fueron dadas de alta del hospital.

KRANKENREVIER
BAU

El cielo, escondido tras una nube de arena, fingía indiferencia por los eventos de la Tierra. Desde la mañana, un ventilador cortaba la humedad del aire y la convertía en minúsculas partículas. Las puertas abiertas y las ventanas invitaban educadamente a alistarse, pero el viento seguía sesteando entre los árboles desmayados de la avenida. Un reloj cansado marcaba el tiempo, estirando las horas de trabajo hasta el límite. Ríos de gaseosa embotellada se vertían en las gargantas de los oficinistas, que se refrescaban la cara abanicándose con formularios oficiales. El calor monopolizaba todas las conversaciones y las discusiones. Como en estaciones pasadas, todo el mundo estaba de acuerdo en que ni siquiera los más viejos recordaban un *hamsin* como ése.

Por fin, el sol, enrojecido por el esfuerzo, concluyó su día de tórrido trabajo y se hundió en el horizonte para tomarse un descanso. La noche envolvió la ciudad, pero el *hamsin* prosiguió su asalto, como si estuviera trabajando horas extra porque el sol se había olvidado de llevárselo con él. Las calles estaban llenas de gente que en cada esquina inhalaba los restos de brisa que se las hubiera arreglado para eludir el *hamsin*. Los cafés de las aceras rebosaban de clientes. Hábilmente, los camareros se abrían paso

portando sus bandejas entre los que cotilleaban mientras engullían helado.

Según mi costumbre, en una noche así regresaba a casa directamente de la oficina. Tal y como hacía cada día de la semana, paré en la tienda para adquirir algunas cosas de la lista de la compra de mi mujer. El tendero perezoso no paraba de limpiarse la frente brillante con un delantal manchado de aceite y lentamente colocaba mis compras sobre el mostrador: un kilo de patatas, queso blanco, bolsitas de té, un kilo de manzanas rojas (¿tiene rojas pequeñas?... No, no nos gustan las Golden), café (éste no, mi mujer prefiere el descafeinado instantáneo), chocolate con almendras, pan (pero sólo el de centeno recién hecho con la corteza suave... Señor, ¿por qué me da pan duro de ayer?), velas, galletas (las crujientes, ni demasiado dulces ni demasiado cremosas; estamos a régimen).

Observaba mientras el tendero me atendía sin prisas, con poca energía... y mi atención vagaba por las estanterías, llenas de golosinas en paquetes elaborados, diseñados para engatusar los ojos de los clientes. Carteles llamativos hechos para incitarme a comprar más, incluso cosas que no necesitábamos. Cada cartel ensalzaba la calidad del producto que anunciaba, como si fuera un perro ladrando. Todos proclamaban con exagerada exactitud las virtudes de lo que se proponían vender, afirmando que era lo mejor del mundo, lo más barato, lo más sano, un producto de prestigio. Más aún, ofrecían regalos: un coche, un piso de lujo, un viaje a América.

Seguí mirando, pero de pronto recordé una tienda de otro tipo, la del gueto. En aquel negocio sobraba el barullo y faltaba la mercancía. Los carteles descoloridos lamentaban en silencio las delicias desaparecidas de nuestros menús de antaño. Productos disponibles como la sacarina, las cerillas, el jabón, la sal y el té *ersatz* (un líquido sospechoso con un sabor raro) no necesitaban publicidad.

En aquellos tiempos, algunas veces era posible obtener, a un cierto precio, una especie de barra pedregosa que llamábamos «pan». Un día de invierno, cuando una gran helada unió sus fuerzas a las de los nazis, se extendió el rumor de que ese pan estaría a la venta en la tienda al día siguiente. A las cuatro de la mañana ya estaba yo en la interminable cola de clientes hambrientos. Cientos habían llegado antes y se las habían arreglado para ocupar los mejores puestos. Tras de mí la cola seguía aumentando en la acera vestida de sueño mientras la gente

palpaba la oscuridad en busca de su final. Un viento helado atravesaba las bufandas y los harapos y pellizcaba los rostros martirizados. Para aguantar ese viento, capaz de helar los huesos, tuve que afianzar los pies en el barro congelado que cubría las aceras. Éramos como pequeños icebergs, abrazándonos para mantenernos calientes. Inhalaba el aliento vaporoso de las sombras pegadas a mí, en guardia contra cualquiera que quisiera colarse. De todas formas, con las primeras luces descubrí una nueva espalda introduciéndose entre el cojo que tenía delante y yo. Estaba demasiado cansado para discutir. La bufanda que me cubría las orejas, la boca y la nariz se había convertido en una capa de hielo y los dedos de los pies se habían emancipado de mi autoridad.

Por fin abrieron la tienda y los primeros de la cola se precipitaron dentro. Hubo quejas lastimeras de los que estaban siendo aplastados por la primera oleada. Se alzaron los puños y algunos ancianos resbalaron, cayeron y fueron apartados por la turba. Comenzamos a avanzar a paso de tortuga. Los afortunados apretaban barras de pan entre sus guantes raídos. Un olor agrio perfumaba el ambiente, pero para nosotros era tentador y se nos hacía la boca agua. Los zuecos emitían un sonido rasposo según avanzábamos palmo a palmo. Ya había pasado el ufano cartel: PRODUCTOS DE DEGUSTACIÓN Y BOLLERÍA. El cojo estaba dentro, apretando una barra contra su pecho, mientras el que se había colocado en mi puesto era atendido.

Justo entonces, el tendero cortó el aire con un: «Esto es todo, ya no hay más.» Para demostrarlo, agitó la cesta vacía en el aire, indicando que ni las lágrimas ni las súplicas valdrían. Con ademán autoritario, se puso a sacarnos de la tienda a empujones, hacia el firme muro de clientes decepcionados que todavía intentaban abrirse paso.

—No hay más. ¿No lo ven? ¡Váyanse al infierno, pirados! —gritó, rociándonos de saliva, atomizada por el enojo.

Entonces, en vez de pan comenzó a dispensar generosamente golpes y puntapiés entre los seres hambrientos y helados.

—¿Es todo, señor? —La voz del tendero de Tel Aviv me devolvió a la realidad. Frotándose la frente con su delantal grasiento me dijo—: Yo también estoy cansado y deseoso de volver a casa.

La tienda del gueto recuperó su lugar entre mis recuerdos, y yo volví a la tienda repleta de manjares en el bochorno del *hamsin*. Me aflojé el cuello de la camisa un poco más, tosí y le pregunté

con una sonrisa de disculpa:

—¿Cuánto le debo?

El tendero se sacó el extremo de un lápiz de detrás de la oreja y comenzó a echar cuentas en el margen de una hoja de periódico. Estaba siendo amable y educado, a pesar de que debía de haber sido un día duro para él. Pagué, recogí el cambio y, tras intercambiar los *shaloms* de despedida, salí a la calle con la bolsa de plástico llena de comida capaz de satisfacer el paladar más quisquilloso.

El mar de gente alborotada, la riada de luces de colores y el interminable flujo de automóviles demostraban que los días del Holocausto formaban parte de los libros de historia. Espanté mis terribles recuerdos y casi estuve de acuerdo con la opinión expresada por muchos de que el gueto es un asunto fenecido y que aquella época parecía exagerada, demasiado sádica y cruel para ser creíble hoy, en el supuesto de que hubiera existido... El reino de los altos hornos de hombres es algo que una mente razonable encuentra difícil de entender, incluso la de alguien que ha sido víctima de ellos. A veces contemplaba la época de la crucifixión en la esvástica como una simple pesadilla, libre de consideraciones humanas o morales. Pero con más frecuencia me parecía que el sueño verdaderamente delirante era la realidad presente y temía despertarme vestido con el uniforme de rayas en algún momento de la Segunda Guerra Mundial, cuando el mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo fue cruelmente abolido.

Un enorme cartel luminoso anunciaba una película, *Amor en el campo*. Me hizo recordar que había prometido a mi esposa llevarla al cine aquella noche. Comencé a caminar más rápido, abriéndome paso entre la masa apresurada y sudorosa. El *hamsin* seguía alimentando su sistema de calefacción central y el locutor de la radio amenazaba con la continuidad de la ola de calor y con unas temperaturas por encima de lo normal para esa época del año. Los clientes del café seguían abanicándose con periódicos en un intento de refrescarse y los taxistas agitaban pañuelos blancos en señal de rendición ante el *hamsin*.

El calor sacaba a la gente a los balcones y, los que permanecían dentro, se habían sacado la ropa, como si habitaran en el Jardín del Edén.

El semáforo en rojo paralizaba el tráfico y creaba un canal de peatones entre las compactas columnas de automóviles. Llegué al siguiente cruce y caminé por un callejón oscuro y por una gran plaza adornada con una fuente hasta otra avenida atestada, donde me detuve desconcertado ante una farmacia. Según recordaba, al lado de la farmacia había una relojería, ¡de eso estaba seguro! Cuando cada noche pasaba bajo el reloj que dictaba las horas desde su altiva percha, ponía en hora el mío, que no era el más preciso del mundo. Junto a ella había una zapatería con un cartel de neón. ¡Espera un minuto...! Recordaba haber comprado aspirinas dos días antes. El farmacéutico —sí, el mismo que ahora estaba detrás del mostrador, alto y barbudo, con gafas de montura dorada— no tenía cambio para mi billete, así que fui donde el relojero para pedirle cambio. Sí, el farmacéutico y el relojero eran vecinos. Sus escaparates respectivos eran como hermanos siameses. Pero la tienda que vendía relojes de marcas como Omega, Tissot y Seiko estaba justo allí, donde la acera daba al callejón oscuro. ¿Cómo era posible?

No, decidí que el calor me estaba afectando... Seguramente había una farmacia parecida más abajo, y junto a ella una relojería y una zapatería. No me había dado cuenta antes; tenía que familiarizarme más con la zona.

Miré otra vez con mucha atención la farmacia, a fin de comparar al farmacéutico y las características de la tienda con los datos almacenados en mi memoria. Llegué a la conclusión de que ambas debían de estar decoradas igual.

Mi curiosidad levantó las sospechas del farmacéutico, que salió

y me preguntó:

—¿Busca algo, señor?

—No, nada —balbuceé como si me hubieran pillado en una fechoría, y crucé apresuradamente hacia la callejuela adyacente.

Sin duda, esa calle recordaba la fundación de la ciudad. Las casas eran vetustas y el pavimento estaba desgastado. Comparada con la rebosante avenida, la oscuridad era total. Una cosa me intrigaba: un viento frío soplaba en ella, al parecer procedente del mar. Consulté el reloj. Me quedaba una hora para ir al cine. Escogí el callejón, no sólo para evitar las sospechas del farmacéutico o tomar un atajo, sino también para satisfacer mi espíritu aventurero y disfrutar del aire fresco.

Las viviendas eran evidentemente viejas, construidas en estilo antiguo. Entorné los párpados en la tenue luz para distinguir los detalles, pero fue imposible. Sin embargo, las fachadas me recordaban casas similares de mi ciudad natal de Europa. Seguramente el frescor del ambiente, la penumbra y la tranquilidad se adueñaron de mi imaginación. Mis pensamientos se desbocaron, porque la similitud me causó temor y malestar. Se me hizo un nudo en la garganta y mi corazón se aceleró. Todo tipo de recelos, fruto de mis experiencias del pasado, salieron a la luz, y con ellos un profundo sentimiento de hastío nacido en aquellos días. Miré desconfiado hacia atrás. No muy lejos, en la vía principal, el flujo de personas proseguía, enmarcado por viviendas profusamente iluminadas y carteles de neón parpadeantes.

Aliviado, seguí avanzando. Podría haber desandado mis pasos, pero me preocupaba no llegar a casa a tiempo. Enseguida llegaría al bulevar y, desde allí, estaría a unos pasos. Mientras tanto, la brisa fresca aumentaba y le rompía el espinazo al *hamsin*. No era la primera vez que los sabios hombres del tiempo nos llevaban por el camino equivocado. Tuve que admitir que nunca había confiado en sus predicciones, transmitidas por la radio y la televisión para engañarnos. Volví a abrocharme el cuello de la camisa y levanté la bolsa de las compras para protegerme el torso. De no haber sabido qué día era, hubiese dicho que el invierno estaba llegando. En cualquier caso, me dije, sería mejor que lleváramos jerséis al cine.

Tras las puertas cerradas de algunas casas vislumbré pálidos parpadeos de luz amarilla. Me hice consciente de mis pasos, que producían un eco en la calle desierta. La gente me lanzaba miradas desde las ventanas oscuras; caras preocupadas y ojos miedosos vigilaban mis pasos. Me paré y miré atrás. La avenida iluminada quedaba muy lejos y me planteé regresar. Intenté acostumbrar los

ojos a la oscuridad hasta que localicé una farola entre los árboles. El bulevar tenía que estar cerca, a pocos metros, así que decidí continuar. Una oleada de falsa entereza me subió a la garganta y me urgió a proseguir. Aprensivo, proseguí a grandes zancadas hasta que vi la tienda con el engañoso rótulo: PRODUCTOS DE DEGUSTACIÓN Y BOLLERÍA. El escaparate vacío exhibía un gran cartel en letras burdas: HOY SE DESPACHA PAN, CUPÓN L Nº 9. Bajo mis pies, la acera estaba cubierta de barro helado. Aterrorizado, traté de dar marcha atrás, pero entonces la puerta de una vivienda cercana se abrió y una mano desconocida me agarró por la manga y tiró de mí hacia dentro. La bolsa de la compra se rompió y algunos artículos se desparramaron por la acera mientras la puerta se cerraba.

—¿Qué haces en la calle después del toque de queda? ¿No sabes que, si te atrapan, todos nosotros lo pagaremos? En todo caso, ¿quién eres? ¿Eres judío? —Todo esto me dijeron en yidis sombras arrebujadas en harapos ajados que me amenazaban con los puños y me regañaban en un coro ruidoso. Asustado, me tapé la cara con las manos, esforzándome en despertar para convencerme de que aquello no era más que un sueño documental demencial. Intenté batirme en retirada, pero, como en una pesadilla real, tropecé con la bolsa y su contenido, en parte derramado.

—¿Qué queréis de mí? ¡Dejadme salir! —grité.

—¿Estás chalado? ¿Adónde quieres ir?

—No vivo lejos de aquí y prometí a mi mujer llevarla al cine hoy. Está en casa esperándome.

—¿Al cine? —resonaron las voces de mis captores al unísono.

Tras deliberar en yidis en voz baja, uno de ellos se me puso delante y me preguntó, suspicaz:

—Perdone señor, ¿no es usted judío?

—Por supuesto que lo soy, ¿y usted?

—Si es usted judío, ¿dónde está su brazalete con la estrella de David? —dijo, señalando la que decoraba su manga.

Entonces vi que todos tenían el mismo brazalete en el brazo, que habían alzado durante la discusión. De pronto, aquellos brazos quedaron petrificados en el aire y todos se quedaron boquiabiertos y en silencio. Un ruido rítmico traspasó la puerta cerrada, cada vez más alto y más cercano. Era como el estrépito de los engranajes de alguna extraña máquina. Enseguida lo identifiqué como el sordo tableteo de los zuecos de madera mezclado con el cortante chasquido de las botas de punta de acero y las roncas instrucciones: «Izquierda, izquierda, izquierda...» El sonido de pies corriendo y los portazos sordos pusieron fin a mi encuentro con los actores de aquella reconstrucción improvisada de los días del Consorcio del Asesinato de un Pueblo, pero sobreviví. De un solo brinco alcancé la puerta, corrí el cerrojo oxidado y abrí. Y ahí me quedé, helado.

A la pálida luz de la luna, un grupo de lo que habían sido seres humanos normales avanzaba por la calle, un recuerdo vívido de aquellos días. Los hombres de las SS, con sus cascos de acero y blandiendo ametralladoras cargadas, escoltaban la falange de esqueletos consignados por sus uniformes rayados a un destino cruel... Por un momento, mis sentidos, desligados de la realidad, me llevaron a suposiciones erróneas. Estaba viendo una película que había alquilado en el Yad Vashem, el museo del Holocausto de Jerusalén, pero ¡maldita sea!, ¿acaso no había comprado entradas para ver una comedia aquella noche? Sí, una comedia. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba mi esposa? ¿Dónde estaba el cine lleno de gente?

De pronto, uno de los que marchaban vestidos de cebra salió de la fila, recogió algo con un movimiento rutinario y regresó a su lugar. Un nazi, fiel a su nombre, paró la columna con un grito rabioso y sacó a empujones de la fila al infractor con la culata de su rifle. Mientras el alemán le golpeaba brutalmente, el hombre, cuyo rostro adquirió una palidez mortal, sacó de sus harapos rayados una barra de pan de centeno y una barra de chocolate con almendras. Tras una diatriba en la que acusaba al judaísmo internacional de terrorismo y conspiración contra el Tercer Reich, el nazi disparó un solo tiro. La víctima se abrazó el pecho y cayó al

suelo. Mientras tanto, la reata de antiguos humanos permanecía de pie, indiferente.

El rayo de luz de una linterna barrió la acera de la casa en la que me escondía. Me tumbé en el oscuro pasillo, detrás de la puerta principal, y me pegué a la pared. Un agente de las SS que llevaba una lata de café y un paquete de galletas irrumpió en el portal, corrió escaleras arriba y atacó la puerta del primer piso que encontró con la culata de su rifle. Oí gritos, súplicas y el llanto de niños. Dentro, cristales rotos y muebles volcados. A continuación un sonoro rugido, el sonido de una metralleta y un gemido desesperado. Después, la luz de la linterna enfocó la puerta del apartamento de enfrente y la historia se repitió. Una aparición —¿era hombre o animal?— se materializó en las escaleras agarrando una bolsa llena de manzanas rojas, una caja de té y algunas patatas. La perseguía el agente de las SS, que descerrajó una ráfaga en su espalda. El hombre apenas pudo gritar « *Shmah Yisrael*», «óyeme, Israel», mientras rodaba escaleras abajo y aterrizaba como un saco al lado de mi escondite. Su mano rozaba mi zapato, como diciéndome algo. El asesino agarró la bolsa, saltó sobre su víctima y se desvaneció fuera de la casa en medio de la noche. Una sonora orden, «Marchen», activó el arrastrar de los zuecos de madera. Nuevamente se oyó el «izquierda, izquierda, izquierda». Incapaz de reaccionar de un modo razonable, me quedé de pie escondido tras la puerta, temblando de miedo. Una vez más había suspendido la amarga prueba. Todas las historias de coraje y heroísmo pertenecían al mundo libre, que estaba muy lejos de allí. Enfrentado al peligro mortal, había respondido exactamente igual que entonces, con impotencia absoluta. La atmósfera de terror me había convertido en un ser dependiente de los milagros, preocupado únicamente por salvar el propio pellejo. El lema de aquellos días era: «Coloca servicial la cabeza bajo el hacha o sálvate por cualquier medio, incluso a costa de otros.» A pesar de años de polémicas y juramentos de desafiar a los agresores, simplemente decidí huir.

Salté sobre el cuerpo que yacía sobre un mar de su propia sangre, me aseguré de que fuera seguro abandonar mi escondite y miré suplicante hacia la concurrida avenida, que al final del callejón brillaba como una estrella rutilante, llena de promesas. Animado por el completo silencio, intenté avanzar, pero mis pies tropezaron con la trampa de un judío que había pagado con su vida una barra de pan de centeno y una barra de chocolate con almendras.

De camino al bulevar, ignoré las reglas del juego, la necesidad de aplicar los primeros auxilios a las heridas sangrantes, y no presté atención al insistente rumor de mi conciencia. Iba a toda velocidad, con el viento soplándome en las orejas, apenas rozando el suelo con los pies. Había perdido la manga derecha y mi camisa rota se agitaba en el aire. Mi cabello oscurecía la calle resplandeciente, que se aproximaba rápidamente. Intenté apartarlo de un manotazo de mi frente húmeda, pero se obstinaba en cumplir con su perverso deber. A mi espalda, una advertencia de que me parase. Una bala pasó silbando a mi lado, luego otra. No frené, no volví la vista. «Los cabrones me están disparando; ¡pues que disparen! Les demostraré que el mundo lo sabe todo de ellos. La seguridad está muy próxima. Cada segundo me acerca a ella.» Mientras el aire se volvía más y más cálido, yo me iba empapando de humeante sudor. El *hamsin* regresó. Los disparos continuaron, pero sonaban distantes y las balas ya no silbaban sobre mi cabeza.

El siguiente sonido que llegó a mis oídos fue la bocina de un coche y el ruido de la gente derretida por el calor del *hamsin* en la calle llena de luces y de parpadeos de neón. Vi la tienda. Un esfuerzo más, unos pasos más...

Me caí en la acera en medio del gentío. Todos los nervios de mi cuerpo sudoroso me abandonaron. Cabezas curiosas planeaban sobre mí... más cabezas. Me enclaustraban en una jaula sin aire. Los buscadores de emociones preguntaban: «¿Que le pasa? ¿De dónde sale? ¿Está borracho? ¿Drogado? ¡Que alguien llame una ambulancia! ¡Que le den agua o se morirá! ¡Debe de estar sufriendo un ataque cardiaco!» Poco a poco recobré el ánimo y torpemente me puse en pie. Tartamudeando, intenté despertar en la gente el sentido de la moralidad:

—¡Oigan! En esta ciudad hay un gueto. Acabo de ver con mis propios ojos cómo agentes de las SS están matando a gente. ¡Las calles se inundan con la sangre de los inocentes! ¡Vengan a ayudar! ¡Llamen a la policía! —¿Dónde ha visto eso? —me preguntaron—. ¡Debe de estar loco, eso es imposible! —Sí, es evidente que este hombre está loco. Lleva un rato deambulando por aquí —explicó el farmacéutico barbudo—. Hace unos minutos me estaba observando de un modo sospechoso.

—¡Escuchen, por favor! Estoy completamente cuerdo. Miren en el callejón, a la vuelta de la esquina. ¿No lo ven?

El círculo a mi alrededor se abrió. Asustados por mis palabras, se apartaron.

—Miren en el callejón, al lado de la tienda. Es ahí...

Mi mano se encontró con el escaparate del relojero.
La otra, paralizada, aún sostenía la bolsa llena de comestibles.

* En árabe, «viento venenoso». Este fenómeno atmosférico primaveral, típico de Egipto y algunas zonas de Oriente Medio,

puede elevar las temperaturas por encima de los cincuenta grados y levantar inmensas nubes de arena que oscurecen el sol y reducen la visibilidad. La Biblia achaca el comportamiento extravagante del rey Salomón a este viento bochornoso. (N. del T.)

MONUMENTOS

Han erigido un monumento de palabras
construido con los mejores ladrillos dorados.
Han puesto a los héroes de las revueltas
sobre pedestales de basalto.
Sus nombres han sido grabados en el mármol con lágrimas de huérfanos
para anotar lo que los alemanes nos hicieron.

En las conmemoraciones,
los cantores entonan cantos de consuelo y elogio,
y los alumnos actúan en representaciones adecuadas.
En cuanto a nosotros, graduados de los campos,
prometemos dinero para salvar las almas.
Y las nuevas generaciones, que no conocieron la calamidad,
visitan la Cámara de los Horrores de Auschwitz
para aprender lo que los alemanes nos hicieron.

Poco basta para hacerme recordar:
el olor de la leche hirviendo al fuego me devuelve
a los hornos devorando judíos a millones.
Un camión manchado de sangre del matadero cercano
me recuerda los camiones cargados de víctimas inmoladas
por los alemanes en los altares de sus dioses bárbaros.

La calavera y las tibias cruzadas de los venenos me traen a la memoria
las calaveras que me observaban con odio manifiesto
desde las gorras de los hombres de las SS.

Aquí, un montón de recuerdos
condenados a ser chatarra
tirada en un día de limpieza,
o una barra de pan negro,
o un par de pijamas rayados, aunque no numerados,
una cucaracha que busca refugio en la grieta de una pared,
el chirrido cercano de frenos de automóvil.
Éstos son mis monumentos, y así recuerdo
lo que los alemanes nos hicieron.

Un desfile de párvulos así siempre camina
convertido en monumento armado
vestido con el uniforme verde de un soldado alemán.

Y cada mujer desnuda es un monumento viviente
a los montones de mujeres desnudas
presas de los caníbales de la estirpe alemana.

Antecedentes

En febrero de 1971, mi esposa y yo recibimos invitaciones del gobierno de Austria para testificar en el juicio contra el agente de las SS Gruen, acusado del asesinato de miles de prisioneros de los campos de concentración tras someterlos a viles torturas. Mi padre Abraham, bendita sea su memoria, fue una de sus víctimas.

Al cabo de veinticuatro horas nuestros amigos y conocidos ya estaban al corriente de nuestra misión. Una y otra vez tuve que explicar a los envidiosos, que venían a desearnos un feliz viaje, que no era un viaje de placer. Seguramente Viena estaría cubierta por un manto de nieve, y no sabía si aguantaríamos las heladas invernales después de veintidós años de tórrido *hamsin*. Aún más, temía el efecto que aquel maestro de asesinos tuviera sobre nosotros cuando pasara del mundo de las pesadillas a la vida real. Además, y éste era el obstáculo más importante para nuestro viaje, el *B'rith Milah*, la ceremonia de la circuncisión de nuestro primer nieto, cuyo nacimiento nos había llenado de gozo, coincidía con el día del juicio.

Mi esposa preguntó en la embajada de Austria si, debido a circunstancias familiares especiales, podíamos posponer el viaje al menos diez días. La respuesta, en alemán, fue un categórico no. Los billetes de avión habían sido expedidos y los hoteles estaban reservados; si no partíamos el día previsto sería demasiado tarde y podría influir en el resultado del juicio e incluso ocasionar un error judicial. Nuestros amigos, los buenos y los no tanto, nos instaban a aprovechar aquella oportunidad de vengar la sangre de nuestros hermanos: «Es vuestro deber despertar la conciencia del mundo. ¿Acaso no recordáis cuánto habríais dado por salir del campo con vida y ver a los alemanes derrotados? ¿No sabéis que los nuevos Hitler están propagando la mentira de que los campos de concentración sólo existieron en la imaginación enferma de los judíos, que inventaron la historia a fin de extorsionar a los alemanes y sacarles una indemnización? Debemos mostrar al mundo la verdad sobre los neonazis, que siguen los pasos de sus padres e intentan tergiversar los hechos.» Y después, con un guiño y un susurro, añadían que ésa podía ser nuestra última oportunidad de viajar al extranjero a costa de los austriacos. Si éramos avispados, incluso podríamos arreglárnoslas para ahorrar unos cientos de *schillings*, que no era moco de pavo.

La decisión crucial

Después de considerar los pros y los contras de una cruzada contra la cruz torcida —también algunas serias advertencias proféticas de amigos de que no nos fuéramos—, alcanzamos una solución de compromiso. Iríamos a Viena, pero estaríamos allí sólo lo necesario para testificar; regresaríamos a casa en cuanto hubiese un veredicto.

Así cumpliríamos con nuestro deber sagrado y nos apresuraríamos a volver para disfrutar de nuestro nieto.

Antes de partir, mi esposa fue al hospital para poner al pequeño y a su madre al corriente de nuestro plan: la solución a un profundo conflicto interior. Esperaba que el asunto le llevara unos minutos, pero no llegó hasta bien entrada la noche.

Preparando el viaje

Puesto que el general Invierno todavía estaba al mando en Viena en febrero, mi esposa y yo nos embarcamos en el proyecto

de «preparar el cuerpo para la helada».

Para empezar, estuvimos hurgando entre las reliquias de nuestro pasado lejano, durante la diáspora. Desde que habíamos recibido nuestros «libros *oleh*» (documentos de inmigración) en la vieja-nueva Tierra Prometida, de clima semitropical, no habíamos vuelto a necesitar ropa de invierno. La ropa vieja seguía sin usar y aquejada de complejo de inferioridad en algún rincón. Los años habían borrado su rastro, así que, por ejemplo, no pudimos recordar dónde estaban nuestras flamantes botas impermeables, que habían probado la nieve sólo una vez. Las necesitábamos. ¿Dónde encontraríamos los dos pares de mitones que habíamos traído de nuestro último viaje al continente? ¿Y las orejeras que mi abuela había tejido, vistas por última vez entre los útiles de costura, en un cajón? Tampoco encontrábamos la ropa interior térmica que detestaba, pero que me hubiese alegrado tener. ¡Ojalá fuera posible convencer a todos los trastos para que salieran de sus escondites! Quién sabe dónde podría encontrar mi gorro de piel, que habíamos usado una vez en *Purim* para disfrazarnos de esquimales. Tampoco era probable que diéramos con las parkas, que habían desaparecido sin dejar dirección de contacto. Así que metimos en la maleta unos impermeables de confección nacional, que reforzamos con bufandas de colores. Habíamos traído todo tipo de equipamiento polar sin utilidad en Israel, donde ni siquiera aparecía en la última edición del diccionario. Y durante nuestros comienzos en la Tierra Prometida, sólo habían sido motivo de ridículo. Por otra parte, evidenciaban la negligencia de los emisarios sionistas, que no habían sido capaces de familiarizarnos con la geografía del país.

Restauramos las maletas cubiertas de polvo mohoso y telarañas, hurgamos entre los montones de antigüedades retiradas de la vista de los invitados; buscamos en los armarios y en las estanterías. Todo lo que encontramos fueron cosas que habíamos añorado cuando éramos más jóvenes. Un álbum de fotos amarillentas de nuestro pasado volvió a ver la luz del día y nos mostró el aspecto que teníamos frente a las cámaras antiguas. Desenterramos el contrato de arrendamiento de nuestro primer piso, cuya desaparición nos hizo perder la mitad del depósito al que mi esposa pensaba que teníamos derecho cuando nos mudamos. Y claro, encontramos una llave oxidada que llevaba una década eludiéndonos y cuya pérdida nos había obligado a romper y sustituir la cerradura de la caja fuerte. Pero las orejeras de lana de mi abuela, las botas impermeables, los calzoncillos térmicos, los

mitones y los gorros de piel se las habían ingeniado para escapar.

—Querida, seamos razonables, ¿necesitamos tanta ropa para tan sólo tres días? —le dije a mi mujer. No nos vamos a la selva. Podemos comprar cualquier cosa que necesitemos.

Pero tuve que enfrentarme a su rígida oposición. Según su alma profética, uno nunca sabe lo que puede ocurrir. Aquello no era una escapada a Petach Tikvah, sino un viaje al extranjero. Así que llenó las maletas, que reabría continuamente para añadir alguna cosa más que se me antojaba superflua. Al fin pude cerrar las infladas maletas, meter etiquetas con nuestro nombre en las ventanitas de plástico y anunciar triunfalmente que los preparativos para el viaje habían concluido.

La tensión del viaje

La salida del vuelo 457 de El Al estaba prevista para las siete en punto de la mañana. Esto quería decir que teníamos que estar en el aeropuerto a las seis. Así que debíamos levantarnos como muy tarde a las cuatro y salir de casa alrededor de las cinco, lo que significaba que teníamos unas tres horas para dormir, ya que hice los cálculos a la una. Tres horas de sueño no merecían que nos pusiéramos el pijama. Podríamos echar una cabezada en el sofá hasta la hora de salir. Sin embargo, la opinión de mi esposa era diferente. Yo sostenía que vestirse y desvestirse era una pérdida de tiempo, y que sería más probable que algo se nos olvidara, Dios no lo quisiera. Por su parte, ella decía que sólo los hombres de las cavernas dormían vestidos, un hábito que favorece la proliferación de bichos. Así que se desvistió, se puso el pijama y se fue a la cama como siempre, como si aquélla fuera una noche más, como si no hubiera límite de tiempo, como si, llegado el caso, el avión nos fuera a esperar.

Oponiéndome a las elegantes ideas de mi mujer, yo traté de hacer lo que se precisaba con urgencia. Cuando nos despertáramos no tendríamos ni siquiera tiempo de cepillarnos los dientes, así que lo mejor sería dejar aquello resuelto. Para probar mi teoría, me metí en los bolsillos los documentos imprescindibles: pasaportes, pasajes, confirmación de reservas de hotel, una cartera llena de dólares y *schillings* y una lista de direcciones de Israel a las que enviaríamos bellas y tentadoras postales... ¡que se murieran de envidia! Puse el despertador... lo que resultó baladí, porque no pegué ojo.

Al aeropuerto

Tomamos un taxi hacia el aeropuerto. Mi esposa murmuró una bendición: «Que sea en una hora propicia.» Estrujado entre las maletas y unas cuantas bolsas de mano, busqué mi brazo izquierdo a fin de comprobar «la hora propicia» en mi reloj. Con la voz tensa de preocupación, anuncié:

—Las seis menos cuarto. ¿Te parece que podremos saltar al avión cuando esté preparándose para el despegue?

La respuesta de mi mujer fue dirigirse al conductor:

—Señor, tenemos prisa. ¿Puede pisar un poco más el acelerador?

Y sin comprobar si su petición había sido atendida, se puso a hacer una lista de las cosas que habíamos olvidado:

—Fotografías de los niños, la caja de medicamentos, la agenda de direcciones y algo muy importante que ahora mismo no recuerdo.

—¿Te gustaría regresar a casa un momento? —murmuré.

Comenzaba a sentirme incómodo con dos calzoncillos, una camisa de lana de manga larga, una corbata de colorines y un abrigo forrado. A pesar de lo pronto que era, el *hamsin* ya estaba calentando, y me consolé pensando que cuando llegara a su cenit nosotros ya estaríamos lejos. Mientras tanto, las gotas de sudor en mi frente bastaban para probar que nuestro vestuario invernal improvisado no era el apropiado para aquel país. ¿Sería el adecuado para el invierno vienés?

—Quítate el sombrero —me ordenó mi esposa—, aflójate la corbata y trata de sacarte el abrigo. Estás sudando a mares.

—Primero debería salir de este montón de maletas.

Además, me gustaría guardar algo de calor para los días que nos esperan —contesté desobediente.

Buscando en el pasado

«Estamos sobrevolando Grecia —dijo la azafata mientras nos ofrecía caramelos. Enseguida serviremos el desayuno. ¿Cómo desea los huevos? ¿Duros, pasados por agua o en tortilla?» Ambos optamos por la tortilla. Tenía mucha hambre y las prisas y la tensión previas al vuelo no me habían dejado tiempo para comer.

Mi esposa estaba preocupada con un asunto más importante, mi comparecencia ante el tribunal:

—No olvides que es muy necesario decir que viste con tus propios ojos cómo Gruen mató de un tiro a tu padre. Estabas cerca y lo recuerdas con claridad.

—Pero eso no es exacto. Sólo vi a Gruen llevarse a mi padre y luego oí un disparo. Luego, a lo lejos, vi a mi padre caer sobre la arena.

Hablaba despacio, leyendo con dificultad las páginas gastadas de mi memoria latente.

—No importa cómo pasó. Nadie lo puede negar. Simplemente di que lo viste; si no, tu testimonio será inútil.

—Se trazó un pequeño círculo con el índice sobre la frente para indicar que estaba hablando con un imbécil—. Probablemente el juez dictaminará que quien mató a tu padre fue otra persona, o que nadie lo mató. ¿Me entiendes?

—Pero yo no puedo cambiar los hechos —insistí mientras desplegaba la mesa para recibir la bandeja de comida que la azafata sostenía sobre mi cabeza.

Mi mujer comenzó a comer al momento, pero yo retrocedí al pasado, que yacía enterrado bajo casi treinta años de otros acontecimientos.

Así es como ocurrió: una día de primavera, diseñé unos carteles para la policía judía y, como recompensa, recibí un huevo. Se me había olvidado qué hacer con él, cómo comérmelo. Viendo mi indecisión, uno de los policías me ayudó. Rompió la cáscara y vertió su contenido directamente sobre la plancha de la estufa que había en el centro de la habitación. Después recogió el huevo sucio y chamuscado con una cuchara y me lo entregó sobre un trozo de hoja de periódico:

—Come, come, es muy bueno —dijo—. *Bon appétit*.

A pesar de mi hambre de lobo, no toqué el manjar tentador. Corrí al barracón de mi padre para invitarle, pero no lo encontré. Pregunté al viejo del barracón:

—¿Dónde está mi padre?

Él respondió:

—Se ha ido.

—Perdone, ¿se ha ido adónde? ¿Cuándo volverá?

Mis preguntas ingenuas enojaron al honorable caballero, que me gritó:

—¿No sabes lo que significa «se ha ido»? Se ha ido y punto. —Luego añadió en un tono más suave—: Gruen se lo ha llevado hace

un minuto, ya sabes adónde.

El huevo se cayó del papel y sentí cómo se estrellaba contra mi zapato. Salí corriendo tras mi padre, en su viaje final en la Tierra. Vi de lejos cómo Gruen lo empujaba cuesta abajo, apuntándole la espalda con el rifle. Seguí corriendo y gritando desesperado:

—Mátame a mí también, mátame a mí también.

Mientras caminaba hacia su muerte, la espalda encorvada de mi padre no me dejaba verlo. No sentía ni el camino lleno de baches bajo mis pies ni las piedras afiladas. Tampoco vi a la gente que me miraba compasiva. Ni siquiera era consciente de que estaba ondeando sobre mi cabeza el periódico manchado de huevo. Mis gritos se convirtieron en un bramido ronco e inhumano. Me estaba acercando, pero de pronto alguien me apartó, me agarró la cabeza y rodeó mi cuello con sus brazos, atenazándome. Oí el conocido chasquido y todo terminó. Cuando el hombre liberó mi cabeza de su abrazo, me quedé paralizado, incapaz de levantar los pies. Vi a Gruen patear el cadáver de mi padre hasta que lo hizo caer en un agujero del suelo y una excavadora lo cubrió de tierra. El hombre que me obligó a seguir con vida era mi amigo Isaac Stern. Me consoló diciendo que así lo quería el destino, y añadió: «Suponte que te mata también a ti. Entonces tú serías una víctima más. Pero si vives, y si los tiempos cambian, tal vez seas capaz de vengar la muerte de tu padre.» La azafata recogió la bandeja con la tortilla fría, el café y los bollos, todo intacto, y me preguntó:

—¿Está usted enfermo? ¿Llamo a un médico?

—No, gracias. Se me pasará. Sólo recordaba un suceso triste y he perdido el apetito. —Miré por la ventana redonda la extensión del cielo, en el que el brillante sol estaba incrustado. Me volví hacia mi esposa—. Mira, el mismo cielo que el nuestro, y el mismo sol. Puedes ver el reflejo del *hamsin* en su cara. Nos escoltaba en el aeropuerto y nos ha estado siguiendo. El invierno vienés no puede durar mucho.

La despedida del sol

Nuestro sol, que nos había acompañado durante todo el camino, se quedó arriba, entre las nubes hinchadas, mientras nosotros nos deslizábamos a través de una densa niebla hacia el triste y pesado invierno. La megafonía nos preparó para el frío recibimiento que nos aguardaba en Viena. La temperatura era de

quince grados bajo cero y el tiempo excepcionalmente tempestuoso para la época del año. El invierno esperaba tras la ventana redonda; parecía como si llevase esperándonos veinte años. Un viento nervioso zarandeaba los árboles desnudos erguidos en los remolinos de nieve sobre el terreno helado. Nos miraban como viejos conocidos inoportunos que habían venido a darnos la bienvenida —a los invitados del país de la primavera— con un gesto de vil desprecio en el rostro.

Al salir del avión, fui asaltado por una ráfaga de viento frío y hostil. Me llenó la cara de perdigones de hielo, me pellizcó las orejas y se alojó dentro de mi abrigo tembloroso. Los restos del *hamsin*, que prometían mantener mi corazón templado, retrocedieron hasta el avión, que enseguida despegaría rumbo a casa.

Fuimos al hotel en tranvía, recorriendo calles grises flanqueadas de casas grises, bajo cielos grises y en un estado de ánimo también gris. Viena me recordada Cracovia, donde mi juventud se halla sepultada entre las víctimas de la guerra. Enormes edificios con fachadas de estilo antiguo, gente siempre con prisas vestida con pieles y exhalando nubes de vapor. Una capa de nieve intentaba con bravura ocultar a los ojos de los turistas la fealdad que evocaban en mí los inviernos que aún perduraban en mi memoria.

El sonido del alemán y los caracteres góticos de las señales y los carteles conducían mi mente en una dirección conocida. Un policía se montó en una de las paradas. Parecía una réplica exacta de un policía de la época de Hitler —la misma gorra, el mismo uniforme, la misma hebilla del cinturón, incluso la misma expresión facial—. En cuanto lo vi, me fui hacia la salida, pero mi mujer me devolvió a la realidad:

—¿Es que te has vuelto loco? ¿O finges ser idiota?

—me riñó en polaco.

Esto atrajo la atención de algunos presuntos nazis.

—Tengo miedo. Tengo la sensación de que estamos de vuelta en el gueto y en el campo —susurré—. ¿Volveremos alguna vez a sentir el *hamsin* israelí?

La vuelta del pasado

Esa tarde salimos del hotel para inhalar el aire invernal de la metrópoli. A mis pulmones les costaba respirar en un ambiente

helado. Como tenían poca memoria, habían olvidado incluso el frío más severo. Me sentía torpe dentro de una ropa que nunca se había acostumbrado al invierno. Me dolían las orejas y la nariz, que soplaba vapor. Traté de bajarme el sombrero sobre la cabeza congelada y engañar el cuello con la bufanda, pero fue en vano.

Estaba en el congelador de una nevera. Lo único que me confortaba era el pensamiento de que en casa había *hamsin* y que los sudorosos ciudadanos de Tel Aviv estarían sentados en los cafés, disfrutando de todo tipo de dulces y helados sabrosos de colores. Mi alma expiaba todas las maldiciones contra el sol abrasador, los autobuses llenos hasta lo imposible y el tórrido *hamsin* sin parangón incluso para los más viejos del lugar.

Caminábamos por la calle principal, la Maria Hilfe, envuelta en una densa niebla. Tras los cristales, decorados con muñecos de nieve blancos, la vida continuaba.

Cada vez que una puerta se abría, era como si alguien destapara una olla hirviendo para dejar escapar el vapor, que de inmediato desaparecía en el frío.

A falta de otra alternativa, entramos en un supermercado, como un par de muñecos de nieve, para descongelarnos. Nos entretuvimos con las tarjetas postales que retrataban la ciudad disfrutando del sol del verano, cuando no había nieve.

Una dependienta rubia, modelo de educación y cortesía aprendida, se ofreció a ayudarnos. Su dialecto gótico y sus ojos azules despertaron en mí el recuerdo dormido de la agente de las SS encargada del barracón de mujeres. Di un paso atrás para calmar mi conciencia, que exigía atención. Pero ahí estaba, disfrazada de encargada de la tienda, una espigada agente de las SS aficionada al asesinato. La misma papada, la misma nuca afeitada y peinada con esmero, el mismo corte de pelo y la misma frente baja. Muerto de miedo, salí disparado hacia la puerta, abierta por un gordo rufián cuyas gafas de cristales sin montura tenían la obvia intención de esconder la fría crueldad de su rostro. El invierno esperaba fuera, con su nieve pura soplando perdigones helados en mi cara, el mismo invierno de antaño, otrora aliado de los nazis.

Cuando mi mujer salió de la tienda con un paquete en la mano, yo era un auténtico muñeco de nieve, rematado con una nariz de zanahoria rojiza y unos guijarros grises por ojos.

La primera noche

La calefacción de nuestra habitación estaba en huelga. El recepcionista había prometido enviar un técnico y no podríamos cambiar de habitación hasta el día siguiente, ya que el hotel estaba lleno.

—Acabo de recordar algo muy importante que se me olvidó traer —dijo mi esposa mientras salía de la cocinita—. El calentador eléctrico de agua. Podríamos habernos calentado con un poco de té. Me dijiste que no trajéramos nada.

—Y me parece que si hubieras traído el hervidor, el calentador y una lata de queroseno, no sólo habríamos disfrutado de una taza de té, sino que también habríamos calentado la habitación. Si no arreglan el radiador, me voy a la cama con el abrigo, el sombrero y los zapatos.

—No se te ocurra bromear sobre una cosa así. Pensarán que venimos directamente de la jungla —dijo mi mujer tiritando en el sillón envuelta en dos mantas—. Enseguida vendrán a arreglar el radiador.

El técnico no llegó hasta pasada la medianoche. Media hora después la habitación se calentó. Sin embargo, cuando nos

desvestimos y nos fuimos a la cama, el radiador antisemita se negó a dejarnos dormir. Chillaba, silbaba y daba golpes, y cuando se cansó de incordiarnos, el calor se desvaneció también. El invierno volvió a adueñarse de nuestra habitación mientras nosotros yacíamos en la cama, amenazando con congelar a quien se atreviese a poner un pie en el suelo sin su permiso.

Camino al tribunal

El gerente del hotel sugirió que fuéramos al tribunal en taxi:

—En un día así, su vida peligra en la calle —dijo marcando el número de la compañía de taxis.

Cuando oímos el sonido del claxon, contuvimos la respiración y saltamos dentro del automóvil, que porfiaba en medio de la tormenta de nieve. Mi mujer dio las señas al taxista en la lengua que una vez había servido a los amos: «¡Al Palacio de Justicia!» El taxi comenzó a moverse por las calles cubiertas de aguanieve gris derretida. No sólo se agitaba el coche; nosotros también temblábamos de frío y miedo.

De pronto sentí calor, un calor terrible, como si una lava hirviente se hubiera escapado de un volcán de nervios y hubiese invadido mi cuerpo helado.

—Mira por el retrovisor —susurré a mi mujer en un esfuerzo por pasarle algo de calor—. ¿A quién se parece, con ese bigotito y el flequillo sobre la frente?

Ella abrió los ojos y la boca y soltó sin disimular:

—¡A Hitler! El taxista volvió hacia nosotros su cabeza hitleriana y le agradeció el cumplido.

El juicio

Los ojos fríos y serios de Su Señoría el juez me observaban desde debajo de un pájaro gigantesco de acero que se cernía en la pared central de la sala dedicada a la balanza de la justicia. Acostumbrado a un símbolo nacional en forma de *menorah* sobre fondo azul, quedé hipnotizado por el águila austriaca, obviamente de la familia del emblema vampiresco de los nazis. Se parecían: ambas eran rapaces y tenían el mismo pico curvo, las mismas garras afiladas y el mismo único ojo fijo en su presa.

Los miembros del jurado, sentados a la derecha, me miraban

fijamente intentando dar una impresión de rectitud. A la izquierda estaba el asesino de mi padre, que había matado sin pizca de piedad a miles de personas cuyo único pecado era ser judías. Me armé de valor para mirarle a la cara, algo que sólo pude hacer cuando el juez me preguntó:

—¿Reconoce el testigo al acusado?

Me giré hacia él con el miedo y la indecisión de un graduado en campos de concentración. Y entonces mis ojos vengativos taladraron los ojos suplicantes de aquel despojo que una vez había sido una bestia salvaje y sedienta de sangre.

—Sí, éste es el hombre que asesinó a miles de judíos en el campo de concentración de Plaszow, incluyendo a mi padre Abraham, bendita sea su memoria —declaré en una voz que paulatinamente fue ganando fuerza.

El intérprete siguió traduciendo mis experiencias, que relaté en hebreo, aunque me vi obligado a recurrir a expresiones en alemán cuando no encontraba traducción para vocablos como *SS, Transport, Aktion, Selektion, Appellplatz, Kapo, Lager* («campo») y *Fassung* («compostura»), términos de creación alemana conocidos internacionalmente en nuestros días, pero que sólo son eficaces en su contexto original.

Describí la carrera empapada de sangre del agente de las SS Gruen, el terror y el miedo que inspiraba cuando aparecía en el Patio Central o iba a caballo por el Distrito Nuevo, las diversas atrocidades que dirigía. Hablé de la forma en que mató a mi padre, del huevo frito, de mi deseo de morir junto a él y del modo en que mi amigo Isaac Stern me salvó. Mi testimonio no pareció conmover al jurado. Uno de sus miembros me preguntó:

—A fin de probar la verdad de lo que está diciendo, ¿podría el

testigo mencionar la fecha de la muerte de su padre, esto es, el mes, el día y el año del suceso?

—Estimado señor —le dije—, ¿no sabe usted que los alemanes cambiaron los nombres de los prisioneros judíos por números que tatuaron en sus brazos? Les afeitaron la cabeza, los vistieron con uniformes rayados y los convirtieron en criaturas anónimas, carentes de derechos y de personalidad. Este procedimiento estaba en vigor cuando nos mantuvieron encerrados en los campos de la muerte por medio de alambradas electrificadas. Los relojes y los calendarios fueron retirados para que los días de la semana se convirtieran en un solo período de duro trabajo cuyos turnos eran marcados por el sonido de las cornetas. No había ni días ni medidas de tiempo. Por tanto, nuestro tiempo no podía ser medido por los medios usuales, que se nos habían negado. Sólo puedo decir que mi padre fue asesinado por Gruen en una mañana de primavera, poco después de nuestra llegada al campo de concentración. Ni siquiera conozco la fecha en que, una vez al año, debo encender una vela en su memoria.

Entonces, otro experto se levantó y preguntó:

—¿Cuántos metros separaban al testigo del lugar donde presuntamente Gruen disparó a su padre?

—Hoy no soy capaz de calcular la distancia. En aquel momento yo era pequeño, de modo que entonces las distancias se me hacían mayores.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Tenía veintitrés años.

—¿Se puede considerar a una persona de veintitrés años «pequeña»? —preguntó el miembro del jurado con desdén, esperando pillarme en una mentira.

—Señor, si usted viviera cuatro años bajo dominio nazi, tampoco crecería debido a la malnutrición. Sólo crecí, gracias a un tratamiento médico, a la edad de veinticinco, cuando pude seguir una dieta normal.

No hubo más preguntas, así que cumplí mi misión. Pero ésta no sería sino la primera de un conjunto de circunstancias misteriosas. Cuando mi esposa entró en la sala, yo era la única persona sentada en la zona del público. Durante su declaración, se dirigió a Gruen directamente en alemán:

—Usted participó en las «acciones» junto a otros hombres de las SS. Usted mató a miles de personas sin razón. Usted es el hombre que...

Gruen se levantó de su asiento, alzó su bastón como si fuera una pistola, apuntó al juez y, ofendido, protestó:

—Eso es mentira, eso es mentira. Nunca disparé a ningún judío. Siempre apuntaba hacia otro lado o disparaba al azar, así...

Entonces se dio la vuelta y me apuntó con el bastón.

Sentí una puñalada en el corazón, como si en ese momento Gruen estuviera cumpliendo el deseo que yo le había expresado veintiocho años antes.

¿Volvemos a casa?

El miedo irrefrenable que desde la guerra yacía adormecido en los pliegues de mi subconsciente se liberó de golpe, un miedo que me había atenazado desde que pisara suelo austriaco. Inocentemente, esperaba que tras aquella prueba decisiva regresara voluntariamente a su escondite en mi memoria, a la sección de pesadillas de juventud ocupada por la conquista nazi. Pero por mucho que lo intentase, no podía librarme de él. Al contrario, comenzó a acosarme. Temblaba, me castañeteaban los dientes y perdí el equilibrio espiritual. La inquietud y la inseguridad se apoderaron de mis pensamientos. Los manjares europeos dejaron de apetecerme. Los famosos museos e incluso la televisión en color, nueva en aquellos días, que se alzaba orgullosa en la recepción del hotel, no me entretenían. El desfallecimiento me zumbaba en los oídos y mis venas suministraban latidos al corazón, uno a uno.

Por la noche, se me nubló la vista. Cada ojo trabajaba de manera independiente y yo veía doble. Me frotaba las gafas, pero no era culpa suya. Mi voz me sonaba distante, como si los sonidos fueran pronunciados por una boca ajena. ¿Se me habían tapado los oídos? El encargado del hotel nos trasladó a una habitación climatizada, pero no pude librarme de una sensación extraña.

—¿Ves? —le dije a mi mujer—, soy la última víctima de Gruen, que realiza mis deseos de entonces.

—¿Estás desbarrando? ¿Acaso crees en esas supersticiones tontas? —intentaba reconfortarme, pero me miraba con una preocupación creciente.

Por la mañana estaba casi demasiado débil para levantarme. Me vestí con gran dificultad y los pies se negaron a obedecerme. Apoyado en mi esposa, tomé el ascensor a la planta baja, donde nuestro equipaje estaba listo para el «transporte» al aeropuerto. La

«acción» comenzó mientras ella pedía un taxi. Fuera, la gente se arrastraba en la nieve entre maletas desparramadas, cadáveres y llantos de niños.

Gruen estaba de pie en medio de todo aquello, disparando su pistola. Entonces se acercó a la entrada del hotel y me apuntó directamente. El viento silbaba con el sonido de un *shofar* en *Rosh Hashanah*, el Año Nuevo judío.

Alguien me llevó por encima del suelo temblequeante a una habitación de paredes temblorosas y llamó a un médico. Otra persona me masajeaba la frente cuando el «señor doctor» entró en la habitación que giraba como un torbellino, me tomó la presión y dijo en alemán:

—Por favor, espere un momento —y salió apresuradamente.

El secuestro

Mi mujer se hallaba junto a la ventana cuando dos hombres altos ataviados con uniformes de las SS y gorras de plato verdes con cordones me agarraron por debajo de los brazos y me arrastraron hacia la salida. Mi esposa, asustada, comenzó a gritar en alemán:

—¿Adónde se llevan a mi marido? ¿Adónde se llevan a mi marido?

Intentó bloquear la puerta, pero una mujer rubia vestida con un abrigo negro de cuero, el de las SS, la sujetó y le dijo en tono imperativo:

—Él se viene con nosotros, pero tú te quedas aquí.

Los dos agentes de las SS me empujaron por el pasillo, tan rápido que mis pies apenas tocaban el suelo. En lugar del taxi que tenía que llevarnos al aeropuerto, había una furgoneta verde grande con un rótulo en letras góticas bajo el símbolo de la Cruz Roja —¿o era una esvástica?—. La silueta de mi esposa se iba desvaneciendo en la niebla que parecía envolver el mundo entero. Traté de defenderme, de protestar, pero las fuerzas me fallaron. Mi mujer gritaba a la furgoneta mientras ésta arrancaba y luego se detenía. Entonces ella entró y se sentó a mi lado. Su rostro y su abrigo estaban salpicados de aguanieve sucia.

«Me llevan al campo de concentración», pensé. Me aseguré de ser capaz de recitar en alemán mi número de prisionero, el 69084.

El hospital

En su primera visita, el médico echó por tierra mis delirios y me devolvió a la realidad. Más allá de cualquier duda, estaba seguro de que los nervios de los últimos días habían provocado un pulso errático y elevado mi presión sanguínea a 21/13, que es una presión altísima. Esta circunstancia era la causa de mi sensación extraña, de mi trastorno óptico y de las alteraciones auditivas, que habían hecho necesario traerme con urgencia al hospital.

—Doctor —pregunté cauteloso—, los dos hombres y la mujer de las SS que me raptaron en el hotel, ¿también fueron un producto de mi imaginación enferma?

Con la mayor cortesía, el médico me explicó que, tras la guerra, miles de uniformes habían sido abandonados en los almacenes militares. Hubiera sido una pena destruirlos. Por tanto, y después de algunas ligeras modificaciones, se les asignó un buen uso.

—Por razones comprensibles, usted es sensible a ciertas imágenes —añadió—. Sugiero que vea a un psiquiatra cuando regrese a su país. Mientras tanto, evite excitarse o preocuparse. Aquí le estamos tratando sólo por presión arterial alta, lo que llevará cierto tiempo.

Ese «cierto tiempo» sonaba a un mes entero. En mi habitación había otros cinco pacientes. Mi esposa permaneció en el ala femenina durante dos semanas debido a la tensión que le habían causado mi enfermedad y los agentes imaginarios de las SS.

Una visita al enfermo

Tras intentar agarrarme a un clavo ardiendo, llegué a la conclusión de que había caído en una trampa y que nada podría ayudarme. Me sometí a una prueba que yo mismo me administré y saqué una nota de cuatro puntos acompañada de cuatro signos de exclamación. Mi única posibilidad era resignarme a un destino no precisamente prometedor. Durante dos días había estado tendido en un lugar extraño, entre gente rara que hablaba un idioma que yo no entendía.

Tras esos dos días de dudas corrosivas, un hombre que llevaba un elegante traje y una corbata negra con un alfiler de diamante se acercó a mi cama y me preguntó en un hebreo no demasiado elegante: «¿Qué quieres de mí?» —Perdone, señor —respondí con manifiesta alegría—, le diré lo que puede hacer por mí si me dice

quién es.

El visitante misterioso abrió la boca enfadado:

—¿Quién soy? ¿Quién eres tú para importunarme mientras trabajo? ¿Acaso crees que no tengo nada mejor que hacer que visitarte?

En mi confusión, me figuré que la hipertensión me estaba haciendo ver fantasmas de nuevo. Me aferré a mí mismo para evitar perder mi precario equilibrio, y le pregunté sorprendido:

—¿Señor, es usted de la embajada de Israel en Viena?

El médico dijo que les informaría de que dos de sus ciudadanos estaban ingresados en este hospital. ¡Eso es todo! Puesto que ya está usted aquí, ¿le puedo pedir que comunique a mi familia que ya hemos testificado en el juicio y que...

El cónsul no me dejó concluir mi petición, tal vez la última de mi vida, y me riñó furioso:

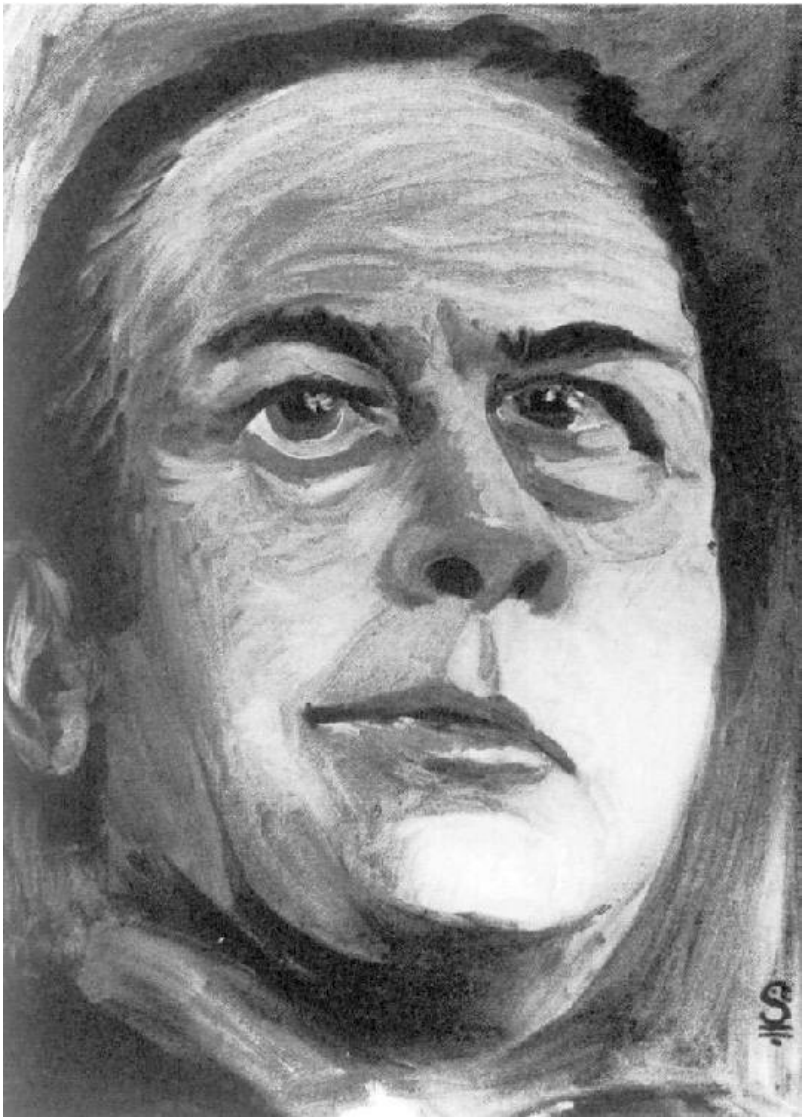
—Tenemos asuntos mucho más importantes de los que ocuparnos y no tenemos tiempo para pesados que se dedican a deambular por el planeta. No nos moleste con sus problemas.

Dicho esto, se fue sin desearnos una pronta recuperación ni pronunciar un indiferente *shalom*.

Eso fue todo. Estábamos solos en el fin del mundo, sin ayuda, dinero ni esperanza. Mientras tanto, nuestro nuevo nieto nos esperaba para su *B'rith Milah* y nadie sabía cómo ponerse en contacto con nosotros.

Un visitante más amable fue Oskar Schindler, que apareció de repente con una gran bolsa de comida y una amplia sonrisa. El señor Schindler, que vivía en Viena, se tomó la molestia de venir a vernos al menos dos veces.

Fue él quien informó de nuestro paradero a nuestra familia en Israel.



Oskar Schindler

El tratamiento

Todas las mañanas una enfermera me tomaba la tensión y la temperatura, me interrogaba sobre mi flujo intestinal y trazaba líneas aquí y allá sobre la tabla que pendía sobre mi cabeza. Una vez a la semana me hacían un electrocardiograma, un análisis de sangre y una radiografía. Cada tarde, otra enfermera llamaba a los pacientes en voz alta y, tras recibir un «¡Presente!» por respuesta,

buscaba las instrucciones del Señor Doctor en un cuaderno manoseado. Después sacaba un vial o un pastillero de la bandeja vieja que llevaba y se ponía unas cuantas píldoras en la palma de la mano, que pasaba después a una hoja de papel. Un paciente que ya se podía mover repartía el resto de los medicamentos sin explicar cómo tomarlos y sin que le importara si se los tomaban.

La comida era la misma para todos, daba igual la edad o el tipo de enfermedad. La servían a cucharones de una olla de acero y en raciones iguales, sin que hubiera forma de comer otra cosa. Una vez, tras probar lo que me habían servido, me quejé de que tenía demasiada sal, que yo tenía prohibida. El auxiliar se llevó el plato, me lanzó una mirada desagradable y, sin pronunciar palabra, lo dejó en la mesa de otro paciente. No recibí nada a cambio.

Cuando por fin me permitieron levantarme de la cama, tenía que hacer cola de pie para lavarme en el único lavabo de la habitación, sin que importase si había mujeres. Nosotros mismos nos hacíamos la cama, y cambiaban las sábanas una vez a la semana. Cuando teníamos que usar el váter, que sólo funcionaba cuando las cañerías no estaban congeladas, teníamos que envolvernos en una manta para no enfriarnos. La mayoría de los médicos, que venían de vez en cuando, no me prestaban ninguna atención. Uno hablaba polaco y venía a verme de forma furtiva, bien por la noche o a primera hora de la mañana.

Conociéndonos

Mi mujer me visitó por primera vez cuando llevaba diez días en el hospital. Para mí fue como ver la luz al final del túnel. Hasta entonces, había estado desesperado, como una roca incapaz de moverse. A partir de entonces comencé a sentirme humano.

Empezamos a considerar formas de salir de aquella situación. Mi esposa habló con mis compañeros de habitación, con quienes yo sólo podía comunicarme de forma no verbal debido a mi incapacidad para hablar su idioma. A pesar de los heroicos esfuerzos de mi profesor de alemán en el instituto, ese idioma siempre se había negado a permanecer en mi cerebro. Ni mis buenas intenciones, ni las súplicas de mis padres, ni siquiera la amenaza de un suspenso habían surtido efecto. Aunque mi vida dependiera de ello, no podía aprender el idioma de mis amos. Obviamente, le lengua alemana también me despreciaba a mí, y su uso se convirtió en un ejercicio de desdén mutuo para el que no hubo solución.

Durante las conversaciones con mi esposa cada uno de mis vecinos abrió su particular caja de Pandora. Ninguno trató de ocultar su pasado sádico en la época de Hitler. Todos habían sido miembros de las SS en los campos de concentración y en otros complejos penitenciarios. Hablaban con nostalgia de aquellos «viejos días de gloria». Elogiaban al gran *Führer* y expresaban su creencia de que no todo se había perdido, de que su verdad sería restablecida y que dominaría el mundo, y después... Ja, ja, ja.

Por fin me preguntaron quiénes éramos, y entonces mi esposa les abrió los ojos.

—Somos de Israel y hemos venido a testificar contra un nazi tristemente célebre.

Esto acabó con nuestros contactos con ellos para siempre. Trataron de ocultar su pasado y justificaron su conducta diciendo que cumplían órdenes. Pero nada podía disfrazar sus mentes corruptas; ningún perfume podía esconder el olor a podrido de sus almas.

Comprendí que había caído en un nido de escorpiones y serpientes. Mis temores resurgieron. ¿Regresaríamos alguna vez a Israel?

Volviendo a casa

Fui dado de alta con la advertencia de que aún no me había recuperado por completo y de que requeriría más tratamiento hospitalario en Israel. Pasé dos días más en cama, en el hotel, y luego me fui al aeropuerto.

No lamentábamos irnos de Viena. En el autobús mantuve los ojos cerrados para evitar mirar las calles nevadas y a los policías y soldados con los uniformes de las SS que quedaron después de la guerra. En mi corazón veía cómo los vieneses envueltos en pieles esperaban con paciencia el próximo verano y vislumbraban en los cielos la vuelta del régimen nazi. Unos cielos ocultos para nosotros tras la Solución Final, entonces y en el futuro.

El avión de El Al iba lleno. Me pareció que la tripulación simbolizaba la cortesía sincera, y el resto de los pasajeros se me antojaban incluso más próximos que los miembros de mi propia familia. Después de un mes en la diáspora, agarré ansioso el periódico en hebreo, impreso en alfabeto hebreo y dedicado a temas hebreos. Tenía su gracia que nunca antes me hubiera interesado la información del tiempo, aunque ahora la leía palabra

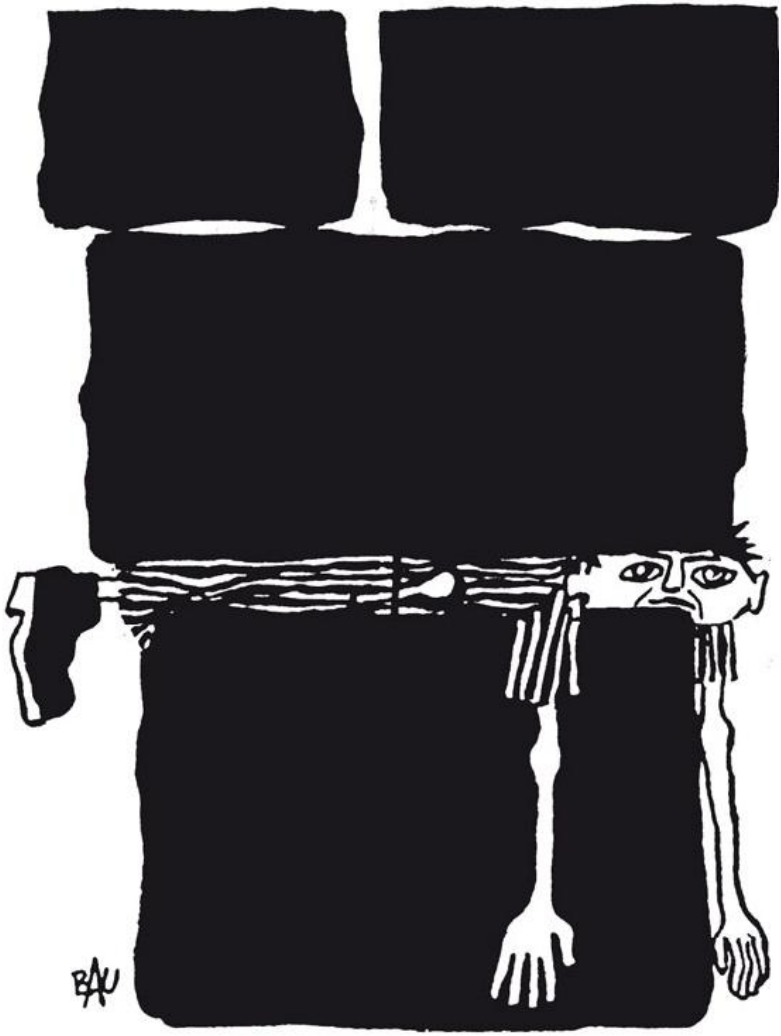
por palabra.

—Mira, hoy hay *hamsin* y hace más calor de lo normal. ¿No te parece bonito? Por fin podremos calentarnos —le dije a mi esposa.

El avión sobrevoló una pista cubierta de nieve y granizo gris, giró sobre el sombrío edificio de la terminal, sobre las casas viejas con sus fachadas vetustas, sobre las agujas de las iglesias y los tejados afilados ocultos bajo mantas de nieve. Perforamos el cielo de aquel mundo triste y atravesamos una sucia capa aislante, y entonces —¡hop!— ya estábamos en un mundo de luz cálida, bajo el sol sonriente colgado en el cielo azul. Quise abrir la ventana para inspirar el aire tórrido, para sentirme en casa. Mi esposa trató de calmarme con una suave tos, se señaló el pecho izquierdo y me susurró al oído:

—El corazón, cuidado con el corazón. No olvides lo que dijo el médico.

Tomamos un taxi de vuelta a casa. Era una agradable noche primaveral. Pero el aire *made in Israel* me pareció demasiado denso. Mis pulmones tendrían que acostumbrarse de nuevo. Ni siquiera bajando la ventanilla del coche y desabrochándome el cuello de la camisa pude recuperar el aliento. Abría la boca pero el aire no entraba. Mi esposa le contó al taxista nuestras aventuras en Europa, siempre usando el tiempo pasado: vimos, oímos, sentimos, temimos. Mientras, yo me sentía recorriendo mi propia Vía Dolorosa, siempre en el presente: veo, oigo, siento, temo. Sentía un molesto zumbido en los oídos, alteraciones en la visión, arritmia. Todos los síntomas que había traído camuflados sin una declaración de aduanas comenzaron a importunarme de nuevo.



Dos días después, en plena noche de *hamsin*, me llevaron al hospital Beilinson en una ruidosa ambulancia.

El médico de guardia en urgencias anotó una presión de 21/13 y pulso irregular.

Cerrando el círculo

No pude dormir. Todo gritaba dentro de mí. Comencé a preguntarme si había sido prudente asistir al juicio. Sin tener ninguna obligación, me había sometido a una serie de experiencias inhumanas que permanecían irresueltas y que me habían hurtado un mes de vida. ¿El dolor había valido la pena?

De no haber ido a Viena, me hubiera librado de las molestias y las incomodidades, pero en tal caso el hecho de que un hijo se hubiera negado a vengar la muerte de su padre me habría perseguido. Mi padre se me habría aparecido en mis sueños para reñirme y regañarme. Ahora que había cumplido con mi deber, ¿influiría mi testimonio en la decisión del tribunal? ¿Me había comportado de forma apropiada? ¿Conllevaría esto cerrar un círculo?

Cada vez que me obligaba a cerrar los párpados, éstos volvían a abrirse solos y mis ojos se centraban en una pequeña zona del techo iluminada por la tenue lámpara de la mesita de noche.

Por la mañana, las sonrientes enfermeras venían a darnos los buenos días a aquellos cuyo destino los había llevado allí. Nos traían sábanas y pijamas limpios. Entonces comenzaba la lucha diaria contra la voluntad de la naturaleza. Una de ellas, llamada Raquel, me servía una taza de té y luego leía la tabla y se disculpaba de no haber visto antes que yo tenía que estar en ayunas. Vaciaba el contenido de la taza en el lavabo y regresaba para sacar la botella de debajo de la cama y preguntar:

—¿Por qué no me da una muestra para el análisis de orina?

—Soy nuevo aquí y no lo sabía, nadie me lo ha dicho.

Todo está tan limpio y esterilizado que no me atrevía. Me siento confundido porque vengo de un hospital triste y deprimente. Su calor y cordialidad, sus ánimos y su ayuda son asombrosos. Me temo que todavía no he recuperado el equilibrio emocional tras mis experiencias en el extranjero.

Me regaló una cálida sonrisa, me dio una palmadita en la mano y me dijo tranquila, con una voz sedosa:

—Vale. Hizo bien yendo allá y es bueno tenerlo de vuelta. Se recuperará por completo.

Tras decirme estas palabras salió. En ese momento supe que mi cuenta final en el cielo se beneficiaría de lo que había hecho por la memoria de mi padre. Mi sufrimiento no era sino una expiación y un autosacrificio en el altar de la justicia. Sentía que mi salud, perdida en un ataque de nervios, regresaba para llenar mi ser.

Cuando el médico vino a hacer la ronda, le mostré los frascos de pastillas rojas y amarillas que me habían dado.

—No podemos continuar con el tratamiento vienés.

Nosotros seguimos el sistema americano y el suyo es el europeo —me explicó.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté, y enseguida lamenté la

pregunta, pensando que estaba a punto de someterme a otra lección de medicina.

—En Europa usan medicamentos compuestos. Como puede ver, aquí dice que las pastillas contienen tres ingredientes, uno de ellos librium, que puede perjudicarle. En este país, cada medicamento es puro. Espero que nuestras medicinas le bajen la presión arterial en tres o cuatro días.

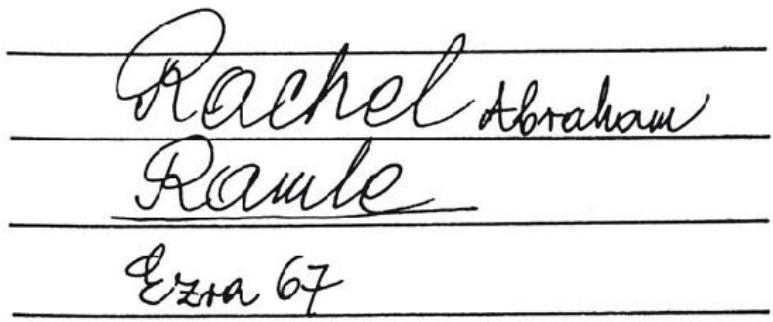
Así ocurrió, y al quinto día pude regresar a casa. El día antes de recibir el alta, cuando mi enfermera trajo el almuerzo prescrito por el doctor, le dije:

—Gracias, enfermera Raquel. Usted me ayudó con unas palabras que nunca olvidaré: «Hizo bien yendo allá y es bueno tenerlo de vuelta. Se recuperará por completo.» Son las palabras que mi padre hubiese dicho. He escrito en mi cuaderno todo lo que sé de usted, que su nombre es Raquel y que vive en Ramala. ¿Podría por favor anotarme aquí su dirección y su apellido? Me gustaría escribirle cuando regrese a casa.

La enfermera Raquel tomó un bolígrafo y escribió «Abraham» como apellido y «calle Ben-Ezrah 67» debajo. Cuando terminó, vi cómo la sonrisa de sus labios se convertía rápidamente en una mirada de preocupación.

—¿Qué le pasa? Se ha puesto pálido. ¿No se encuentra bien? Llamaré al médico.

—No, no, no es necesario —protesté—. Sólo me he puesto nervioso cuando ha escrito su apellido. Mi padre se llamaba Abraham.



Im Namen der Republik

10 Os 134/71-10

Der Oberste Gerichtshof hat am 16. November 1971 unter dem Vorsitz des Senatspräsidenten des Obersten Gerichtshofes Dr. Mayer, in Gegenwart der Hofräte des Obersten Gerichtshofes Dr. Reiter, Dr. Billek, Dr. Obauer und Dr. Racek als Richter sowie des Richteramtsanwärters Dr. Schaider als Schriftführers in der Strafsache gegen Franz G r ü n wegen des Verbrechens des Mordes nach den §§ 134, 135 Z. 4 StG. über die von Franz Grün erhobene Nichtigkeitsbeschwerde und Berufung und die von der Staatsanwaltschaft erhobene Berufung gegen das Urteil des Geschwornengerichtes am Sitze des Landesgerichtes für Strafsachen Wien vom 3. März 1971, GZ. 20 Vr 3144/65-220, nach öffentlicher Verhandlung, nach Anhörung des Vortrages des Berichterstatters, Hofrates des Obersten Gerichtshofes Dr. Obauer, der Ausführungen des Verteidigers Dr. Rudolf Pippan, und der Ausführungen des Vertreters der Generalprokuratur, Generalanwaltes Dr. Schmied, zu Recht erkannt:

Die Nichtigkeitsbeschwerde wird verworfen.

Beiden Berufungen wird nicht Folge gegeben.

Gemäß dem § 390 a StPO. fallen dem Angeklagten auch die Kosten des Rechtsmittelverfahrens zur Last.

G r ü n d e :

Mit dem angefochtenen Urteil wurde der am 5. Oktober 1902 geborene Pensionist Franz G r ü n auf Grund des Wahrspruches der Geschwornen des Verbrechens des Mordes nach den §§ 134, 135 Z. 4 StG. schuldig erkannt, begangen dadurch, daß er in der Zeit vom Frühjahr 1943 bis August 1944 als ehemaliger SS-Angehöriger der Lagerwache des Zwangsarbeits- bzw. Konzentrationslagers Plaszow durch Abgabe von Schüssen gegen Menschen, insbesondere jüdischer Abstammung, in der Absicht, sie zu töten, auf eine solche Art gehandelt hat, daß daraus deren Tod erfolgte, und zwar

A) als Alleintäter der Ermordung der Rachel Altscher, des Abraham Bau, von 8 Männern des "Strauch-Kommandos", von 2 bis 3 Jüdinnen (die im Freien genächtigt hatten), des Chaskjel Anisfeld, einer Frau Salz-Sack sowie eines arbeitenden Häftlings und eines 1 1/2-jährigen Kindes;

ferner

B) als mittäter mit unbekannten Wachmannschaften und Gestapoleuten der Ermordung von 60 Häftlingen der "Bonarka-Gruppe" auf der Exekutionsstätte "Chujowa Gorka" (S.319 bis 321 VIII. Bd.).

.....daß über ihn eine zeitliche Freiheitsstrafe in der Dauer von 9 Jahren verhängt wurde, obwohl bei der Bemessung der Strafe gemäß dem § 265 StPO. auf Urteil des Wojewodschaftsgerichtes in Krakau vom 8. Dezember 1953, Zahl K 107/53, Bedacht genommen wurde, mit dem er zu einer lebenslangen Freiheitsstrafe verurteilt worden war.

En nombre de la República

10 Os 134/71-10

El alto Tribunal de Justicia, formado por su presidente, el doctor Mayer, los doctores Reiter, Billek, Obauer y el doctor Racek como su secretario, se reunió el 16 de noviembre de 1971 para deliberar sobre el expediente criminal contra Franz Gruen, acusado del delito de asesinato conforme a los artículos 134 y 135 del Código Penal, en respuesta al recurso presentado por Franz Gruen contra la fiscalía y la sentencia, que solicitaba la anulación del veredicto del jurado del distrito judicial de Viena por las causas criminales del 3 de marzo de 1971, legajo número 3144/65-220. Tras una audiencia pública y el dictamen del juez Obauer, la defensa del doctor Rudolf Pippan y la acusación del fiscal del Estado, el doctor Schmied, el tribunal decide:

Desestimar la petición de anulación de la sentencia,

desestimar los dos recursos,

condenar al autor del recurso al pago de las costas del juicio, según el artículo 390 de la ley de Procedimiento Penal.

Considerandos:

En la sentencia recurrida, el pensionista Franz Gruen, nacido el cinco de octubre de 1902, fue condenado por un jurado por el delito de asesinato, según los artículos 134 y 135 del Código Penal, cometido entre la primavera de 1943 y agosto de 1944 en su condición de agente de las SS y guardia en el campo de trabajo, es decir, el campo de concentración de Plaszow, mediante disparos a personas, especialmente de origen judío, con el propósito de matarlas, y de causarles la muerte por otros modos.

Gruen es directamente culpable del asesinato de Rachel Altscher, Abraham Bau, ocho hombres de los Strauch Comandos, dos o tres judías que dormían al raso, Cheskjel Anisfeld, una tal Frau Salz-Sack, uno de los prisioneros trabajadores, un niño de año y medio de edad, y de otros.

Es cómplice del asesinato llevado a cabo por guardias sin identificar y por agentes de la Gestapo de sesenta prisioneros del grupo Bonarka en el lugar de ejecución del Gorka Chujowa (pp. 319-321 VIII bd).

... que fue condenado a una sentencia de nueve años de prisión, aunque, al dictarla, según el artículo 265 del Código Penal, se tuvo en cuenta que el 8 de diciembre de 1953, expediente nº 107/53 del tribunal del distrito de Cracovia, había sido sentenciado a cadena perpetua.

EL ANHELO

Sucedió una tarde,
cuando el aire comprimido en mi pecho
convirtió los segundos en lapsos de eternidad.

Medí tu silueta con la mía,
conté tus pestañas con la punta de la lengua,
y, hambriento de ti, recité tus virtudes de memoria.

El mundo hablaba desde lejos con la voz en sordina de una radio,
repicaba a través de un muro un piano insonoro,
y corría un ancho telón detrás de mí.

Soy un péndulo enardecido,
he construido altas torres de florido lenguaje, en voz baja, en voz baja.
Mis labios temblorosos deambulan por los tuyos,
tus rizos me acarician la garganta
rezan una oración anhelante.

Ahora mi mano ya está cerca de las tuyas
y una sonrisa experta se mueve nerviosa
entre las cejas.
Y la radio ordena el tiempo de mañana,
y detrás del muro el pianista toca, frenético, y la luna palidece y así se atreve y alza el telón.

Un fisgón metomentodo
susurra: ¿qué pasará esta noche,
qué se ha desvanecido?

Name: Bau Cyla Knk. Nr. 7175/22

Arbeitszwang

Die Gültigkeit wird verlängert bis

Passiererlaubnis

Arbeitsamt Krakau

STADT KRAKAU

Kennkarte Nr. 07175

für den Juden - die Jüdin (dla żyda - żydówki)

Die Kennkarte ist nur gültig, wenn sie die zeitlich richtigen Gültigkeitsbestätigungen auf Seite 4 enthält.

Dienstsiegel und Unterschrift der polizeilichen Meldestelle

Pieczęć i podpis policyjnego biura meldunkowego

Aufenthaltsgenehmigung im Ghetto Krakau laut Berufserfassung anerkannt.

Der SS- und Polizeiführer im Distrikt Krakau

Der Kommandeur der Sicherheitspolizei und des SD. im Distrikt Krakau

Arbeitsamt Krakau

Nebenstelle: Jüdischer Wohnbezirk

Die Kennkarte ist gültig bis

Die Gültigkeit wird verlängert bis

Passiererlaubnis